LUCAS, EVANGELISTA DE LA TERNURA DE DIOS

DIEZ CATEQUESIS PARA DESCUBRIR AL DIOS DE LA MISERICORDIA

Francesc Ramis Darder



La Casa de la Biblia





Francesc Ramis Darder



LUCAS, EVANGELISTA DE LA TERNURA DE DIOS

Diez catequesis para descubrir al Dios de la misericordia

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1998

Participaron en la elaboración de las fichas de trabajo:
Rocío García y Emilio Velasco.

Corrección de estilo: Eduardo Carrasco.

Dibujos: Miren Sorne

Avda. de Pamplona, 41. 31200 Estella (Navarra)

ISBN 84 8169 216 6

Fotocomposición: Editorial Verbo Divino
Impresión: GraphyCems, Morentin (Navarra)

Depósito legal: NA. 2.730-1997
Impreso en España

PRESENTACIÓN

Profeta es aquel que percibe su existencia forjada por la fuerza de la Palabra de Dios. Cuando el Señor llamó a Jeremías le confió una misión difícil: ser testimonio del amor de Dios por su pueblo en tiempos difíciles. Ante esa llamada, el profeta experimentó la debilidad y el límite de la naturaleza humana. Entonces, el Señor, volvió a hablarle y se le reveló como un almendro. Cuando los demás árboles duermen el sueño del invierno, el almendro con sus flores blancas y abiertas, vela y cuida el sueño de los otros árboles. Así debería ser la vida de Jeremías: ser testigo del amor de Dios en tiempos difíciles, pero con la certeza de que el Señor, al igual que un almendro, es quien cuida nuestra vida y otorga vigor a nuestro testimonio.

También nos corresponde hoy, a nosotros, ser testigos de la misericordia de Dios en tiempos difíciles, y sabernos guardados por el Dios de la ternura. Estas páginas que comentan el evangelio de Lucas nacieron de esa experiencia: el deseo de vivir la misericordia del Señor y la decisión por transparentar la ternura de Dios en nuestro tiempo.

En pequeñas comunidades cristianas nos fuimos reuniendo para escuchar la voz, a la vez cálida y exigente, del Dios de la ternura, para después vivir en nuestra existencia cotidiana la intensidad de la misericordia divina. La *lectio divina*, propuesta en estas páginas, fue el método que nos condujo a vivir la fuerza de la Palabra entre los avatares de nuestra vida.

Francesc Ramis Darder
15 Mayo 1997

INTRODUCCIÓN

Lucas es el evangelista que mejor nos describe la ternura y la misericordia de Dios. El objetivo de estas páginas es recorrer el itinerario de la misericordia de Dios con sus amigos, con la finalidad de decidirnos por el seguimiento de Jesús. Para llevar a término nuestra tarea comentaremos algunos fragmentos propios del tercer evangelio; en esos episodios es donde Lucas ha descrito mejor la ternura y la misericordia del Señor.

Comenzaremos explicando, en líneas generales, la estructura y los grandes temas del evangelio. En esta primera parte pondremos de manifiesto el núcleo de nuestra reflexión: Jesús es el Señor que actúa en nuestra vida mediante la misericordia. Seguidamente leeremos la parábola del hijo pródigo y descubriremos el rostro del Dios de la ternura.

En un segundo momento nos haremos una pregunta: ¿cómo actúa el Dios de la misericordia? Responderemos a esta cuestión comentando dos pasajes: la narración de Zaqueo (Lc 19,1-10), y la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19). El primer fragmento nos presenta la misericordia de Dios convertida en perdón y el segundo nos describe la ternura de Dios hecha curación.

La tercera parte de nuestro estudio también comienza con una pregunta: ¿Dónde puedo encontrarme yo con el Señor de la misericordia? Un creyente descubre la proximidad de Dios en cualquier acontecimiento de su vida. Pero nos encontramos, de manera privilegiada, con el Señor de la misericordia, en dos momentos: durante la celebración de la Eucaristía y en nuestra clara opción por los pobres. La narración de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) nos describe la Eucaristía. La parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37) nos comenta la opción por los pobres.

La cuarta parte de nuestra catequesis nos plantea, igualmente, un interrogante: ¿Qué actitudes debemos tener para percibir en la Eucaristía y en los pobres al Dios de la misericordia? Las actitudes son dos: la humildad y la plegaria. La humildad nos la presenta la narración del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14); la actitud de plegaria la encontramos descrita en el episodio del buen ladrón (Lc 23,39-43).

Finalmente, en un quinto apartado, nos formulamos otra cuestión: ¿Dónde me lleva el encuentro con el Dios de la misericordia? La respuesta es también sencilla: el encuentro con el Dios de la misericordia me impulsa a seguir en mi vida el proyecto de Jesús. Describiremos el episodio de la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-22) en el que Jesús nos presenta su proyecto de vida. Propondremos, como ejemplo de seguimiento de Jesús, a María (Lc 1-2). Ella es la mujer que con la humildad y la plegaria, hizo posible el nacimiento de la misericordia de Dios entre los hombres.

Mediante diez catequesis intentaremos aproximarnos al tercer evangelio y descubrir al Dios de la misericordia. La exposición de cada uno de estos temas se realiza mediante una estructura determinada: introducción, situación del episodio en el conjunto del evangelio, lectura del texto, elementos de la narración, síntesis final, propuesta de trabajo en grupo y reflexión personal.

Finalmente ofrecemos una breve bibliografía que nos permita profundizar en algunos aspectos del evangelio.

Recordemos que el evangelio no se estudia sólo para conocer a Cristo mejor. El evangelio se lee y se estudia para seguir a Cristo mejor. Tan solo desde el seguimiento fiel de Jesús podemos llegar a conocer bien al Dios de la ternura.

METODOLOGÍA

1. PARA LA LECTURA

La vida cristiana reposa en dos certezas esenciales: la conciencia de que estamos "en buenas manos", las manos de Dios, y el compromiso de vivir en nuestra vida cotidiana el amor que Dios nos ha entregado primero. Por tanto, al acercarnos a la lectura del evangelio debemos tener claros estos dos aspectos: es necesario conocer bien el evangelio, es decir, saber cómo son las manos de Dios que nos sostienen. Y es imprescindible vivir el evangelio en la existencia humana, o sea, poner en actuación la misericordia de Dios.

La lectura de Lucas, que presentamos en estas páginas, tiene el objetivo de ayudarnos a entender la misericordia de Dios y a actualizarla en el ámbito de nuestra vida. Cada uno de los temas se divide en dos partes. La primera constituye lo que podríamos denominar, en cierto sentido, un estudio del evangelio. En ella se explican los elementos teóricos que pueden ayudarnos a una comprensión más lúcida de la Palabra. La segunda parte presenta una lectura del texto con el objetivo prioritario de encarnar en nuestra propia vida el evangelio. Ofrecemos una doble propuesta metodológica: la lectura personal y la comunitaria.

a) Lectura personal

La lectura personal tiene dos momentos: un momento de estudio y otro de interiorización:

* *Momento de estudio*: Nos ponemos en silencio ante el Señor y le pedimos que nos permita acercarnos a la Biblia entendiéndola como Palabra de Dios. Después leemos despacio el texto del evangelio elegido. Seguidamente leemos la exposición teórica del tema, propuesta en este libro, con la finalidad de captar mejor el sentido del texto y, a la vez, para saber dar razón de nuestra esperanza a quien nos pregunte (1 Pe 3,15).

* *Momento de interiorización*: Al estudiar el texto hemos podido captar su sentido más genuino. Ahora, en esta segunda ocasión, llega la hora de interiorizarlo. Para ello proponemos el método de la lectura creyente de la realidad. (Al final de esta introducción ofrecemos el esquema detallado de la lectura creyente de la realidad).

b) Lectura comunitaria

La lectura de Lucas que ofrecemos está pensada para la duración de un curso. Presentamos una introducción y después nueve fragmentos del evangelio para poder leer uno cada mes. El grupo bíblico puede reunirse dos veces al mes, cada quince días. La primera reunión se dedica preferentemente al estudio del evangelio, y en la segunda se insiste sobre todo en la aplicación a la vida. El grupo necesita un moderador que dirija el trabajo y coordine a los diferentes miembros.

1. La reunión de estudio puede presentar el siguiente esquema:

- Una vez reunidos los miembros del grupo se comienza con una breve plegaria. El moderador de grupo se encarga de realizarla.
- Después se lee el texto del evangelio que se ha elegido. Se puede realizar la lectura directamente desde la misma traducción de la Biblia, pero para este momento proponemos leer la traducción que ofrecemos.
- Seguidamente se leen las páginas de formación teórica que presentamos, intentando comprender bien todos los puntos. Es esencial un buen entendimiento del texto para después poder vivirlo y anunciarlo con claridad a los demás. Es importante que el moderador del grupo haya leído la explicación con anterioridad, y pueda así resolver algunas dudas. También es bueno que los miembros del grupo hayan leído en casa la explicación teórica.
- La reunión concluye con una plegaria final.

2. Aplicación a la vida: La *lectio divina*

Al cabo de una quincena, el grupo vuelve a encontrarse de nuevo. Entonces se realiza la *lectio divina*, como método que nos permite aplicar el evangelio a nuestra vida. (Al final de esta introducción ofrecemos una metodología precisa de la *lectio divina*, y al final de cada uno de los capítulos aparece una propuesta, concreta y sistematizada, para aplicar la *lectio divina* a la reunión de grupo).

OBSERVACIONES

1. Cuando presentamos dos reuniones de grupo –una propiamente de estudio y otra preferentemente de *lectio divina*– debemos comprender que es una división puramente metodológica. No puede separarse el conocimiento del evangelio de su vivencia concreta. Por tanto, notaremos que, al realizar el estudio del evangelio, van saliendo muchas aplicaciones a la vida, que después se sistematizan en la *lectio divina.* Y cuando se practica la *lectio divina* surgen, a la vez, interrogantes teóricos acerca del texto estudiado.

2. La lectura del material teórico es importante y no debe descuidarse. Todo cristiano tiene obligación de saber dar razón de su esperanza. Para ello es esencial comprender bien los detalles del texto (costumbres judías, leyes, geografía, etc.) y los contenidos teológicos (misericordia, fe, humildad, etc.). Debemos aprender a explicar el contenido de nuestra fe a quien nos pregunte y acostumbrarnos a revisar con el grupo nuestro compromiso cristiano en la vida.

3. Durante los tiempos fuertes del año litúrgico (Adviento, Cuaresma, Pascua), es bueno que el grupo se reúna para la celebración de la Palabra o de la Eucaristía.

4. Las reuniones deben realizarse en un clima de oración y compromiso. De ahí la importancia de cuidar la plegaria al principio y al final de cada reunión.

2. PARA EL TRABAJO EN GRUPO: *LECTIO DIVINA*

La *lectio divina* es un antiguo itinerario para la lectura cristiana de la Biblia. Los padres de la Iglesia pusieron los fundamentos y los monjes medievales desarrollaron los diversos pasos de que consta. El siguiente método de lectura de la Sagrada Escritura está inspirado en la *lectio divina* y consta de los siguientes pasos.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración: "Habla Señor, que tu siervo escucha" (1 Sm 3,10). Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1er Paso: Lectura atenta del texto *(lectio)*

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál fue el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura.* Se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio.* Todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia. (Las notas de la Biblia están al final de cada página).

c) *Compartir.* Los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto *(meditatio)*

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social, etc.

a) *Lectura.* De nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio.* Cada uno lee el texto en silencio, preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad. Conviene fijarse en alguna palabra, en alguna acción de Jesús, en la situación de algún personaje, etc.

c) *Compartir.* Los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura.* Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

b) *Silencio.* Cada uno ora personalmente expresando a Dios aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere, y buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social, etc.

c) *Compartir.* Cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común (Padrenuestro u otra oración conocida por todos). También podemos elegir como conclusión un salmo relacionado con el texto leído. En esta plegaria pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso que hemos asumido.

3. PARA EL TRABAJO PERSONAL: "LECTURA CREYENTE DE LA REALIDAD"

1. Nos ponemos en silencio en presencia de Dios y le pedimos que ilumine nuestra vida.

2. A la luz de Dios miramos nuestra existencia y la realidad de nuestro mundo. Nos fijamos en alguna situación personal, o en algún problema o esperanza de nuestra mundo.

3. Leer: ¿Qué dice la Palabra?

Leemos un texto de la Palabra de Dios, despacio. Intentando comprender lo que dice el texto y ayudándonos con las notas de la Biblia.

4. Rezar: ¿Qué me dice el texto?

Volvemos a leer el pasaje bíblico lentamente. Ponemos nuestra atención en alguna palabra o en alguna frase. Después vamos repitiendo en nuestro interior, pausadamente, esta palabra o esta frase de la Escritura.

5. Actuar: ¿Qué le respondo a la vida?

Esta palabra o actitud en que nos hemos fijado, ¿qué aspecto de nuestra vida ilumina?, ¿cuál es el compromiso concreto y realizable que puedo adoptar desde esta plegaria?

6. Acabamos con un momento de silencio. Pedimos al Señor que esta Palabra que hemos meditado fructifique en el quehacer de nuestra vida.

I
EL TERCER EVANGELIO

El objetivo de esta primera parte consiste en esbozar los grandes trazos del tercer evangelio. Comenzaremos –a modo de introducción– intentando discernir qué es un evangelio y, seguidamente, procederemos a la descripción del evangelio de Lucas y a la explicación de su mensaje.

¿QUÉ ES UN EVANGELIO?

La palabra "evangelio" procede de la lengua griega y significa "buena noticia". Pero no una buena noticia cualquiera, sino una buena noticia muy especial. Denota un acontecimiento que por su propia naturaleza, tiene fuerza suficiente para transformar la vida de quien lo percibe. El "Evangelio" es "Buena Noticia" en el sentido de que quien lo lee con los ojos de la fe y lo entiende, encuentra en él la misma fuerza transformadora de Dios.

En la literatura profana antigua, el término "evangelio" denotaba el sacrificio ofrecido con ocasión de un gran acontecimiento. Servía, también, para designar el anuncio de una victoria militar. Cuando nació el emperador Augusto en el año 9 a.C., en una lápida encontrada en la ciudad de Pirene (Asia Menor) puede leerse: "El día del nacimiento del dios Augusto, ha sido para todo el mundo el comienzo de la buena nueva (evangelio) recibida gracias a él".

De este modo la palabra "evangelio" designaba, para la gente que vivía en la ciudad de Pirene, un acontecimiento especialmente importante. Implicaba un cambio sustancial en el modo en que iba a desenvolverse la vida de los habitantes de aquella ciudad. Con el advenimiento del emperador Augusto llegaron, ciertamente, tiempos de paz y prosperidad que propiciaron una mejora importante en las condiciones de vida.

La mayor parte del Antiguo Testamento se halla redactado en lengua hebrea. En los albores del siglo II a.C. la lengua más conocida y utilizada en el Próximo Oriente era el griego. Las conquistas

de Alejandro Magno (357-323 a.C.) habían extendido el conocimiento del idioma griego en todos los ámbitos del saber. Entonces se constató la necesidad de traducir el Antiguo Testamento a la lengua griega.

Esta traducción se conoce con el nombre de traducción de "los Setenta". En dicha versión aparece algunas veces el término "evangelio". La "buena noticia" se refiere a la próxima llegada del "reino de Dios". Este reino no es otra cosa que la experiencia cotidiana de vivir amando. Por eso ese reino es una buena noticia, un evangelio; vivir amando implica un cambio total en nuestra forma de existir.

En el Nuevo Testamento se cumple la gran promesa del Antiguo, la llegada del reino de Dios. Jesús de Nazaret es el amor de Dios entre los hombres. Esta buena noticia de la presencia del amor de Dios entre nosotros la llamamos evangelio.

Por tanto la palabra "evangelio" significa "buena noticia"; pero una buena noticia con la suficiente fuerza para cambiar radicalmente nuestra vida. Para los cristianos la verdadera buena noticia, el verdadero evangelio, es la misma persona de Jesús. Los cristianos no somos seguidores de ningún libro, ni siquiera de alguna moral especial. Los cristianos somos seguidores de una persona: Cristo Jesús. Él es la "buena noticia" capaz de transformar definitivamente nuestra existencia.

EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS

En los albores del Renacimiento, Dante Alighieri definía a Lucas como el "evangelista de la ternura de Dios" (*scriba mansuetudinis Christi*). Y, ciertamente, es así. Lucas, como todo evangelista, nos expone la salvación de Jesús y nos invita a seguir sus pasos. Al hablarnos de Él, Lucas, nos lo presenta con el rostro de la ternura y la misericordia de Dios. A lo largo de esta breve introducción intentaremos situar el evangelio de Lucas en su propio contexto histórico y cultural.

1. La comunidad de Lucas

Si nos atenemos a la opinión de numerosos especialistas deberemos datar la redacción definitiva del tercer evangelio entre los

años 80-90. Los estudiosos del texto de Lucas sitúan su redacción en la provincia romana de Acaya. Dicha provincia, geográficamente, se ubica en el sur de Grecia. Dos son los argumentos que han llevado a los exegetas a situar la redacción de la obra lucana en la provincia de Acaya y datarla entre los años 80-90:

1) Por una parte, cuando se analizan las características del texto griego de este evangelio, puede constatarse que el estilo literario y el vocabulario son semejantes a los utilizados en el sur de Grecia en aquellas fechas.

2) Por otra parte, disponemos del testimonio de algunos autores antiguos que hablan de la situación en la que se escribió este evangelio. Tanto la obra de Ireneo de Lyón, como el llamado "Prólogo antimarcionita", y un minúsculo manuscrito antiguo conocido con el nombre de "Fragmento Muratoriano" nos dicen que la obra de Lucas vio la luz en la provincia de Acaya.

¿Dónde está y cuáles son las características de la provincia romana de Acaya?

Como decíamos antes, se encuentra en la zona sur de la península Helénica. Su geografía nos descubre ciudades importantes como son Corinto y Atenas. En tiempos antiguos había sido el centro del mundo y el foco de la cultura clásica. Los grandes filósofos, Platón y Aristóteles, habían expuesto allí su pensamiento. También allí, Jenofonte escribió su historia. La provincia de Acaya, en sus mejores tiempos, había contemplado la obra de los más eximios arquitectos (La Acrópolis, El Partenón). Había admirado las obras escultóricas de Fidias y Praxíteles y venerado el genio militar de Pericles. Sin ninguna duda, aquella zona había constituido el centro cultural del mundo clásico.

Pero, ¿qué quedaba en el siglo I de todo aquel esplendor cultural?

Prácticamente no quedaba nada. Los romanos habían conquistado aquellas tierras y las habían incorporado a su naciente imperio. En la mente y el sentir de las gentes únicamente restaba el recuerdo borroso del pasado. Recordaban la obra de sus antiguos filósofos y escritores, y admiraban la obra de sus artistas, pero ahora ya no eran el centro del mundo. Se limitaban a ser una provincia remota en un lugar empobrecido del Imperio Romano. La gente vivía sin esperanza. "Antes éramos el centro del mundo y ahora nos hemos convertido en nada", tal vez estas palabras, anidadas en el corazón de los hombres, los hundieran cada día más en la desesperación.

La desesperanza engendra siempre la angustia y el miedo. Y con el miedo no se puede vivir. Los habitantes de Acaya necesita-

ban sobrevivir, pero observaban que ya no les quedaban fuerzas para sacar su vida adelante. En su abatimiento pensaban que tan sólo alguien venido de fuera podía salvarlos. Para sobrevivir no les quedaba otra alternativa que servir a los pequeños señores (los tiranos) que, de una manera semejante al régimen feudal, administraban aquella zona empobrecida y remota.

Interiormente pensaban que nada ni nadie podía cambiar. Lentamente iban depositando su confianza y su vida en las manos de aquellos pequeños reyezuelos, implorándoles que, dejando caer unas "migajas de pan", les permitieran seguir viviendo.

En este ambiente social y cultural nació la primitiva comunidad cristiana de Acaya. Pablo, el apóstol de los gentiles, habría anunciado en aquellas tierras el Evangelio de Jesús. Los cristianos de aquella primitiva Iglesia procedían del paganismo y estaban imbuidos en la cultura popular griega.

La predicación cristiana anunció a aquellas gentes un acontecimiento fundamental en su existencia: *Cristo es el único Señor de la vida.* Ya no era necesario mendigar "migajas de pan" a los pequeños señores –los tiranos–, para conseguir sobrevivir. Cristo era el *único Señor*, solamente de Él brotaba la misericordia que hacía de la existencia humana una realidad digna de ser vivida.

2. ¿Quién es Lucas?

No estamos en condiciones de reconstruir la biografía precisa de nuestro evangelista, pero basándonos en los datos de la arqueología, en el testimonio de algunos autores antiguos y en el mismo texto evangélico, podemos esbozar algunos trazos que perfilen su figura.

Lucas viviría en la provincia romana de Acaya y participaría de la situación sociocultural del resto de la gente. También en su interior habría echado raíces la desesperanza que anidaba en el corazón de sus convecinos. Algún misionero cristiano –tal vez Pablo o algún discípulo suyo– le anunciaría la buena noticia del Evangelio de Jesús.

Ante el anuncio evangélico, Lucas se siente seducido por Cristo y se decide a seguirlo. Nuestro autor ha encontrado lo único que es importante descubrir en la existencia humana: *Cristo es el único Señor de la vida.* Lucas abandona la esclavitud que supone la dependencia de los pequeños señores, y se dispone a emprender la gran aventura de su existencia: seguir los pasos del Cristo Vivo.

La tradición cristiana nos cuenta que Lucas era médico y compañero de Pablo. Cuando leemos el tercer evangelio, apreciamos la pluma de un escritor erudito. Un buen conocedor de la lengua griega y un excelente estilista. Al analizar el vocabulario de su texto, apreciamos que unas 400 palabras reflejan una terminología propia del lenguaje de la medicina.

Una vez incorporado a la comunidad cristiana, Lucas se propone escribir un evangelio. Tal vez, en su corazón, se dijera a sí mismo: "Yo he experimentado la salvación de Jesús y me siento liberado por Él. Escribiré un libro en el cual contaré a mis hermanos mi experiencia de liberación. Les anunciaré gozosamente que Cristo es el *único Señor*. No vale la pena malbaratar la vida para sobrevivir al servicio de pequeños señores".

Observemos bien este detalle. Lucas no se propone realizar una descripción ni una biografía de Jesús. Lucas cuenta a sus condiscípulos una experiencia de fe: "He descubierto que *Cristo es el Señor*, y quiero anunciaros que tan solo Él libera". Lucas escribe un evangelio. No nos presenta a Jesús para que lo admiremos de lejos, nos presenta al Señor de la misericordia para que nos decidamos a seguirlo llevando la cruz de cada día.

El Evangelio no se estudia para conocer mejor a Jesús o para conocer más datos referentes a su persona. El Evangelio se estudia para seguir a Cristo mejor; y siguiéndolo mejor es como se lo conoce en profundidad.

3. ¿Cómo redacta Lucas su evangelio?

Ateniéndose a los datos literarios, los grandes comentaristas afirman que el texto de Lucas vio la luz entre los años 80-90. Hacía ya bastante tiempo que había transcurrido la vida pública de Jesús en Palestina. Lucas pretendía transmitir a sus lectores una experiencia de fe: la salvación que Jesús ha otorgado gratuitamente a todos los hombres y mujeres. Pero no podía inventarse los datos de la historia de Jesús. Por eso necesitó informarse bien antes de proceder a la redacción de su escrito.

En el prólogo de su obra (1,1-4), nos dice que para confeccionar su evangelio ha tenido en cuenta los escritos elaborados por otros autores: "Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros ... he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo...".

¿En que escritos podría haberse basado Lucas para redactar su evangelio? La investigación literaria sostiene que el autor del "evangelio de la misericordia", habría recogido tres grupos de escritos diversos: el Evangelio de Marcos, la llamada fuente "Q", y algunas narraciones que se transmitían en el seno de la propia comunidad de Lucas. Describamos sucintamente cada uno de estos tres bloques de escritos:

a) El evangelio de Marcos

Según el parecer de los estudiosos, el evangelio de Marcos vio la luz por el año 70, y tal vez fuera compuesto en la ciudad de Roma. Con toda seguridad es el primer evangelio escrito.

De todas las cosas que podríamos comentar acerca de dicho evangelio nos fijaremos tan solo en una. Al leer el texto de Marcos notamos que tiende a contarnos, preferentemente, lo que Jesús *hacía*. Las "Bienaventuranzas" que nos transmiten los textos de Mateo y Lucas (Mt 5,1-11; Lc 6,20-23), y el "Padrenuestro" (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4), tan importantes para la vida cristiana, no aparecen en el texto de Marcos. Ocurre algo semejante con otros dichos y palabras de Jesús. Con ello no pretendemos afirmar que el texto de Marcos no nos diga en absoluto las cosas que Jesús *decía*. Tan solo deseamos indicar que de manera preferencial nos relata la actividad de Jesús.

b) La fuente "Q"

Durante el siglo pasado, fueron los investigadores alemanes quienes más se dedicaron al estudio del NT. Cuando compararon los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), apreciaron dos detalles significativos:

- Prácticamente todas las cosas que nos narra el evangelio de Marcos, nos las cuentan también los textos de Mateo y Lucas.
- Existe un bloque importante de elementos de la predicación de Jesús que únicamente nos lo presentan Mateo y Lucas, pero que el evangelista Marcos no nos refiere.

Este conjunto de textos de la predicación de Jesús que nos han transmitido conjuntamente Mateo y Lucas, pero que no nos describe el texto de Marcos se denomina *fuente "Q"*.

¿A qué se debe un nombre tan extraño: fuente "Q"? En lengua alemana la palabra "fuente" se escribe "Quelle", la primera letra de la palabra "Quelle" es una "Q". Y como fueron los estudiosos alemanes quienes notaron la existencia de textos comunes a Mateo y Lucas que no aparecían en Marcos, dieron a este grupo de escritos

un nombre en su propia lengua alemana: "Quelle", que habitualmente se abrevia con la letra "Q". Tiende a contarnos –preferencialmente– lo que Jesús *decía*: los discursos y las sentencias del Señor.

Es difícil dilucidar dónde y cuándo tuvo su origen el texto denominado *fuente "Q"*. Muchos investigadores modernos afirman que nació en Palestina alrededor del año 80. Tanto el estilo literario como el vocabulario que presenta dicha fuente tienden a confirmar esta hipótesis.

c) Narraciones de la comunidad lucana

La comunidad de Lucas conocía algunos episodios de la vida de Jesús que no aparecen ni en el evangelio de Marcos ni en la *fuente "Q"*. Nuestro evangelista, desde el seno cálido de su comunidad, ha aprendido esas narraciones y decide transmitirlas en su evangelio.

Estos escritos no son muy numerosos pero son especialmente significativos. Quizás sean los que mejor reflejan la misericordia y la ternura de Dios en favor de los hombres: los episodios referentes a María (Lc 1-2); parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37); parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-31); purificación de diez leprosos (Lc 17,11-19); Jesús y Zaqueo (Lc 19,1-9); los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35); parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14); el buen ladrón (Lc 23,39-44); etc.

Lucas, en su evangelio, se propone transmitirnos un mensaje de fe: Jesús es el Señor; el único que libera y el único al que merece la pena servir. Para redactar su obra se ha informado detalladamente. Ha recogido tres bloques de escritos: *El evangelio de Marcos, la fuente "Q" y las narraciones que celosamente conservaba su comunidad.* Ahora viene el momento de otorgar una forma coherente y clara a todo este material. ¿Cómo llevará a cabo Lucas esta delicada tarea?

4. La obra del evangelista Lucas

El texto de Lucas muestra tras de sí a una persona de gran cultura y erudición. El griego de su evangelio es el más elegante de todo el NT. Al observarlo con detención, apreciamos que 373 de las palabras que utiliza son propias de su escrito. La erudición literaria de nuestro autor se manifiesta en muchos otros rasgos. Sitúa los acontecimientos dentro la historia universal de su tiempo:

enmarca el nacimiento de Jesús en la época de César Augusto (Lc 2,1-3), y la predicación de Juan el Bautista en tiempos del emperador Tiberio (Lc 3,1-2). Se aprecia igualmente que escribe desde un ambiente urbano: donde Marcos nos presenta la típica casa palestina cubierta con arcilla (Mc 2,4), Lucas nos describe la casa de la ciudad cubierta mediante tejas (Lc 5,19).

Lucas dispone de numerosos elementos: la experiencia de su fe, la integración en una comunidad cristiana concreta, numerosos datos sobre la persona de Jesús que ha recogido en diversos ambientes, y finalmente una inmensa cultura. Con todos estos elementos nuestro autor se propone escribir una gran obra teológica. En ella explicará la salvación que Dios, a lo largo de la historia, ha ido revelando a todos los hombres. Esta gran obra de Lucas podemos dividirla en tres grandes bloques:

a) El tiempo de Israel

Dios nos ha hablado desde siempre. El Antiguo Testamento nos relata la historia de la relación de Dios con los hombres antes de la llegada de Jesús. Dios crea la Humanidad (Gn 1), y luego la acompaña a través de un largo proceso iniciado con Abrahán (Gn 12,1-3). La relación de Dios con los hombres pasa por la liberación y el perdón. El Señor libera a Israel de la esclavitud de Egipto y le otorga la Ley del Sinaí, tal como nos cuenta el libro del Éxodo. Mediante la presencia de los profetas, el Señor motiva constantemente a su pueblo a la conversión y a la Alianza fiel con Él.

La época de Israel corresponde al tiempo de las promesas proclamadas por Dios en el AT, pero: "el tiempo de la Ley y los Profetas ha durado hasta Juan" (Lc 16,16). El período de la revelación de Dios en el AT lo resume nuestro evangelista en la genealogía de Jesús (Lc 3,23-28). La genealogía es un texto curioso que nos describe la ascendencia de Jesús remontándola a Adán. En esta lista de nombres, no debemos ver un intento de facilitarnos la identidad de todos los antepasados de Jesús. Esta genealogía es una forma peculiar de resumir toda la revelación de Dios a lo largo del AT.

b) El tiempo de Jesús

El tiempo de Jesús es, para el pensamiento cristiano, el centro del tiempo y de la Historia. El tiempo de Jesús nos lo describe Lucas a lo largo de los veinticuatro capítulos de su evangelio. Durante la vida de Jesús halla cumplimiento la profecía del AT y todas las esperanzas de la Humanidad. El estudio del evangelio de Lucas, es decir, el estudio del tiempo de Jesús es el objetivo de este trabajo. Por tanto, no nos detendremos aquí a explicar la

estructura global de este evangelio, sino que lo haremos en un apartado especial.

c) El tiempo de la Iglesia

La cultura y la pretensión teológica de Lucas es muy amplia. No se ha limitado a escribir un solo libro al que denominamos *Evangelio según Lucas*. Nuestro autor ha escrito además otra obra: *Los Hechos de los Apóstoles*, que es continuación del mismo Evangelio.

¿Por qué se decide Lucas a redactar una segunda obra continuación de la primera?

Notemos que el evangelio nos ha presentado, en un breve fragmento, el tiempo de Israel (Lc 3,23-28). En aquella breve genealogía aparecía resumida la historia del pueblo judío hasta el nacimiento de Cristo. El resto de los capítulos de su evangelio constituyen el tiempo de Jesús, aquel periodo en el que llegan a su plenitud, en la persona de Cristo, las promesas del AT.

Hay un grupo de personas que, por expresa revelación de Dios, tienen la experiencia de la Resurrección de Jesús (Lc 24). El Señor no es un recuerdo utópico del pasado, es alguien vivo y presente entre nosotros. Ese grupo de creyentes en la Resurrección de Jesús constituyen la Iglesia. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos narra el tiempo de la Iglesia. El periodo en que la Palabra de Dios, gracias a la predicación de los apóstoles, se extiende por todo el mundo: desde Jerusalén hasta Roma, y desde la Ciudad Eterna a los confines de la Tierra.

El plan que nuestro autor otorga a esta segunda obra es el que subyace tras unas palabras de Jesús: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). De ese modo podemos dividir el Libro de los Hechos en tres grandes secciones:

1ª La Iglesia de Jerusalén (1,3-8,1)

El texto se mueve alrededor de los acontecimientos de Pentecostés y nos describe los cuatro grandes ejes en que se estructura la Iglesia: *celebración, misión, catequesis y diaconía.* Pedro es el protagonista de la mayor parte de acontecimientos narrados.

2ª La Iglesia se expande hacia Palestina y Siria (8,1-12,23)

El martirio de Esteban desata la persecución contra la Iglesia, lo que obliga a muchos a huir de Jerusalén. Pero esta persecución permite expandir el Evangelio en toda Judea y también a las regiones limítrofes.

3ª La Iglesia llega a los confines de la tierra (13,1-28,31)

El texto comienza presentándonos a la comunidad de Antioquía de Siria. De allí partirán los misioneros que llevarán el Evangelio por tierras de Asia y Grecia. La Palabra de Dios llega a Roma, centro del mundo antiguo, y desde allí se expandirá a los confines del orbe. Pablo, mediante sus viajes apostólicos, se convierte en el protagonista de esta última sección.

Cuando Lucas redactó su evangelio se documentó bien y utilizó diversas fuentes: el evangelio de Marcos, la fuente "Q" y los relatos propios de su comunidad. Al escribir el Libro de los Hechos, el evangelista, ha utilizado fuentes de información distintas. ¿Qué fuentes ha utilizado? Es difícil dar una respuesta clara a esta pregunta, pero en la lectura del texto, al observar las narraciones y los discursos, observamos diferencias notables entre ellos. Esas diferencias se deben a los diversos documentos de los que se ha valido nuestro autor.

Nuestra curiosidad puede formular una pregunta: si el libro de *Hechos* es una continuación del evangelio, ¿por qué estas dos obras se hallan separadas en el Nuevo Testamento? Se separaron las dos obras cuando los cristianos desearon disponer de los cuatro evangelios en un mismo códice. Esto debió ocurrir muy pronto; tal vez antes del 150. Es posible que el título "Hechos de los Apóstoles", se confiriera a este libro siguiendo la moda de la época que conocía ya "Hechos de Aníbal", "Hechos de Alejandro", etc.

Toda la obra de Lucas gira alrededor de Jesús. El AT prepara su venida. En el evangelio se cumple la promesa. En el tiempo de la Iglesia se expande la Palabra de Jesús hasta los confines de la Tierra.

5. Estructura del evangelio según Lucas

Como decíamos antes, la obra de Lucas comprende dos libros: el *Evangelio* y *Hechos de los Apóstoles*. El evangelio corresponde al *tiempo de Jesús*. En él se verifican las promesas del AT, a la vez que se prepara el *tiempo de la Iglesia*, descrito en el libro de *Hechos*. Este apartado tiene por objeto presentar, brevemente, la estructura del *Evangelio*. Realizaremos una presentación sencilla, que nos permita ubicar en el conjunto del evangelio los pequeños fragmentos que vamos a estudiar después. Atendiendo a la opinión de algunos comentaristas, el *Evangelio de Lucas* se divide en tres grandes apartados:

a) Anuncio del reino a todo Israel empezando por Galilea (4,14-9,50)

Jesús inicia su ministerio exponiendo su proyecto en la sinagoga de Cafarnaún. En aquella ciudad comienza a predicar, realiza las primeras curaciones y llama a sus primeros discípulos. La acción y la palabra no pasan desapercibidas. Jesús comienza a experimentar las primeras confrontaciones con los fariseos y con los garantes del sistema vigente. Elige a los *Doce* y con ellos comienza predicar a las multitudes. Las palabras de Jesús se convierten siempre en misericordia para con todos: La misericordia de Jesús se manifiesta como curación y perdón.

Los *Doce* reciben el encargo de salir a los caminos para predicar la Palabra y expulsar demonios. Jesús se transfigura ante sus discípulos, y ellos se entusiasman al contemplar la auténtica identidad de Jesús. El Señor les advierte que seguirlo a Él es un camino duro, su senda conduce a Jerusalén, lugar de persecución y muerte.

b) El gran viaje de Jesús a Jerusalén (9,51-19,28)

Jesús emprende, juntamente con sus discípulos, el largo viaje hasta Jerusalén. Todo el tiempo de este camino constituye una gran catequesis de Jesús a sus discípulos. De alguna manera podríamos decir que Jesús, en esta sección del evangelio, se transforma en "Palabra". Una palabra que va instruyendo profundamente a sus seguidores y los prepara para el *tiempo de la Iglesia*. Subiendo a Jerusalén, el Señor recuerda a sus amigos las exigencias de la vocación apostólica, y les indica el premio de la tarea evangelizadora: "Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo" (10,20).

La enseñanza de Jesús recorre todos los campos de la existencia cristiana: oración, sinceridad, pobreza, servicio, conversión, misericordia, renuncia, humildad, corrección fraterna, responsabilidad, y sobre todo, el gran mandamiento del amor (10,27). Esta enseñanza la expone con numerosos discursos y parábolas, poniéndola en práctica con algunos milagros.

La palabra de Jesús no es neutra, engendra conflicto. Con rapidez crece la oposición a Jesús en todos los círculos que detentan el poder: fariseos, maestros del la Ley y, en definitiva, todos aquellos que viven apegados a las riquezas.

c) La narración de la Pasión y Resurrección de Jesús (19,29-24,53)

Jesús entra triunfalmente en Jerusalén, pero ese gozo se trastoca rápidamente en sufrimiento. Enseguida comienza la confrontación con el Templo y sus instituciones. Durante el día enseñaba en el Templo y salía a pasar la noche en el monte de los Olivos; y todo el pueblo madrugaba para ir a donde Él estaba y escucharle (cf. 21,38).

Los dirigentes no pueden soportar la liberación que las palabras de Jesús suscitan en las masas. Después de celebrar la Pascua con sus discípulos, Jesús se dirige al monte de los Olivos. Allí es detenido y conducido ante el Sanedrín, y después ante Pilato y Herodes. El Procurador romano lo condena a muerte, y Jesús emprende el camino del Calvario. Jesús muere en la cruz y es enterrado en un sepulcro próximo.

La muerte de Jesús no significa la última palabra en su existencia. El primer día de la semana las mujeres van al sepulcro con los aromas que habían preparado. Pero encontraron retirada la piedra que cubría la entrada de la tumba. Entraron en el sepulcro pero no hallaron el cuerpo de Jesús. Se presentaron ante ellas dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?; no está aquí, ha resucitado" (cf. 24,1-5). Jesús resucitado se aparece a los discípulos y, después de darles las últimas instrucciones, asciende al Cielo.

Esos tres grandes bloques van precedidos de dos fragmentos a modo de preludios:

– Los relatos de la infancia de Jesús (1,5-2,52)

Los dos primeros capítulos de la obra de Lucas constituyen una especie de prólogo a todo el evangelio. El autor concentra en esta sección un buen resumen de las características personales de Jesús: Él es el Señor que actúa desde la misericordia. Pero su vida no va a ser fácil ni triunfal ante los ojos humanos; las profecías de Simeón y Ana prefiguran el sufrimiento que le aguarda por proclamar el reino.

El personaje más significativo de esos capítulos es María, la madre de Jesús, desde cuya mirada se contempla el auténtico origen y el futuro ministerio del Señor. Al narrarnos los acontecimientos de la infancia, el texto los va contraponiendo a los sucesos que acaecen en la vida de Juan el Bautista. Destacando que Juan es el precursor del Señor, y mostrándonos a Jesús como el que lleva a término la plena voluntad de Dios.

– La predicación de Juan Bautista
y las tentaciones de Jesús en el desierto (3,1-4,13)

Podríamos afirmar que esta breve sección tiene un triple significado:

a) Nos presenta la figura de Juan Bautista (3,1-22). El profeta que llama a la conversión y prepara el ministerio de Jesús.

b) Mediante una genealogía (3,23-38) nos resume el *tiempo de Israel*: los avatares del pueblo judío a lo largo del AT y su espera anhelante del Mesías.

c) Las tentaciones de Jesús en el desierto (4,1-13) adquieren significación programática. Durante el siglo I los habitantes de Palestina esperaban la pronta llegada del Mesías, el enviado de Dios que pondría remedio a los males que aquejaban al pueblo.

Las gentes esperaban que el Mesías prometido actuaría bajo un triple aspecto: sería alguien deslumbrante que ejercería su función mediante el poder y la riqueza. En definitiva es el Mesías que deseamos todos, y el que, sin darnos cuenta, anhelamos en nuestro interior: el afán de poder, el ansia de tener y el deseo de aparentar.

La narración de las tentaciones nos indica que Jesús es el Mesías; pero no va a actuar con las características mesiánicas que la sociedad de su tiempo esperaba. Jesús ejercerá su mesianismo desde la humildad, la actitud de servicio y la experiencia de una vida compartida con todos.

6. La persona de Jesús en el evangelio de Lucas

Cada uno de los cuatro evangelistas tiene un modo peculiar de presentar a Jesús. Mateo nos lo muestra como el *Mesías* prometido en el AT. Marcos –en el principio y final de su texto– nos lo describe como *Hijo de Dios*. Juan, en el poético prólogo de su obra, nos lo presenta diciendo que es la *Palabra*. Lucas nos muestra a Jesús como el *Señor*. El término aparece en todo el texto lucano, desde los relatos de la infancia (2,10-11) hasta las narraciones de apariciones (24,3-34).

¿Qué sentido tiene llamar a Jesús el *Señor*?

Los habitantes de la provincia de Acaya buscaban la salvación en el servilismo dirigido a los pequeños *señores* que gobernaban aquel pobre y perdido territorio del sur de Grecia. Cada vez aumentaba su desesperanza y su certeza en la imposibilidad de salir del creciente desaliento. Lucas les dirá que Cristo es el verda-

dero *Señor*. El único en quien vale la pena creer, el único que salva; el único que en la situación desesperada de sus vidas puede dar sentido a su existencia.

Jesús es el Señor que salva y libera. Aparece aquí un segundo aspecto de Jesús: Él es el Salvador. En todo el evangelio se observa la salvación que Jesús ha venido a otorgarnos. Jesús es el Señor que salva. Pero su salvación no se realiza desde el poder ni desde el tener, ni tampoco desde la apariencia deslumbrante. Jesús es el Señor que salva actuando desde la misericordia y la ternura con los pobres y los débiles.

El Dios misericordioso ha sido considerado como el tema fundamental en este tercer evangelio. Basta echar una rápida ojeada a las parábolas de la misericordia (Lc 15) y a todas las escenas de perdón. Pero nuestro vocabulario cotidiano confunde, habitualmente, el significado de dos palabras: "misericordia" y "lástima". Ambas voces tienen un significado muy distinto. Convendría distinguirlas antes de proseguir nuestro estudio.

La palabra "misericordia" se origina en la lengua latina y es el resultado de la suma de dos términos distintos: *Miser* que significa "pobre", y *corda* que traducimos por "corazón". La "misericordia" es la capacidad de entregar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano. Así actúa siempre Jesús: al corazón pobre de la pecadora, Jesús le entrega el perdón; a la mirada deshecha de Pedro en las negaciones, Jesús la llena con el consuelo; el sufrimiento desesperado del buen ladrón en la cruz lo colma el Señor con la certeza de reino. La misericordia pasa siempre por el esfuerzo de arrancar algo de mí, para que sirva al crecimiento humano del otro.

¡Qué distintas son la lástima y la misericordia! La lástima implica darse cuenta de la pobreza del otro y sentir, por qué no, remordimiento ante el dolor del hermano. Pero la lástima acaba siempre por pasar de largo ante el sufrimiento del prójimo y tolerar que el estado de opresión se mantenga de manera permanente. La misericordia, recordémoslo, es algo muy distinto: entregar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano para que éste crezca en humanidad. La misericordia es una gran virtud, la lástima no pasa de ser un triste defecto.

Cristo, el Señor que libera desde la misericordia, se caracteriza –especialmente en este evangelio–, por una actitud constante de plegaria: el contacto permanente y fiel con el Padre. En los momentos cruciales de su vida el texto muestra a Jesús en actitud de profunda oración: en el bautismo (3,21); durante la predicación (5,16); al elegir a los Doce (6,12); antes de exigir a los discípulos una opción radical (9,18); durante la transfiguración (9,28-29); la

relación filial de Jesús (11,1); Getsemaní (22,39-46); etc. A la vez que es ejemplo de actitud orante, Jesús recomienda la oración a todos sus seguidores (11,5-8; 18,1-8).

Así como Jesús es el gran protagonista del evangelio, el Espíritu Santo lo es del libro de los Hechos. Pero también en el evangelio se halla presente la acción del Espíritu. Destaca la relación del Espíritu con la persona de Jesús (4,1.14.18; 10,21); y también con la comunidad creyente (1,15.41.67; 2,25-27; 3,16; 11,13).

7. Actitudes para poder comprender desde la fe el evangelio de la misericordia de Dios

La razón nos mueve a buscar la verdad pero quien realmente la encuentra es el corazón. El Evangelio necesita ser comprendido y vivido desde la fe. La actitud de fe es la que nos permite experimentar a Jesús como el Señor que actúa en nuestra vida desde la misericordia, y nos permite conocerle a través de la plegaria constante.

Los evangelios están poblados de personajes que son ejemplos para la comprensión de la salvación que Jesús nos otorga. En el Evangelio de Lucas podríamos hablar de muchos de esos personajes, pero nos fijaremos solamente en dos, especialmente significativos: Teófilo y María.

a) Teófilo

El nombre propio "Teófilo" significa en griego "amigo de Dios". Nuestro autor nos lo sitúa al inicio de su evangelio (1,1-4) y, en el comienzo del libro de los *Hechos* (1,1-5). De ese modo y bajo el aspecto literario, la obra de Lucas aparece como una larga carta que el autor remite a su compañero Teófilo.

Además de su implicación literaria, el nombre "Teófilo", adquiere también una fuerte connotación religiosa. Para comprender el evangelio es necesaria la actitud interior de desear ser "amigo de Dios". Recordemos que "ser amigo de Dios" no es otra cosa sino seguir a Jesús cargando la cruz de cada día. El evangelio no se estudia únicamente para conocer mejor a Jesús, se profundiza para seguirlo mejor. Sólo desde el seguimiento radical de Jesús puede conocerse el verdadero rostro de Cristo. La amistad es la forma más privilegiada del amor, porque es aquella relación que brota de la libertad.

Tengamos eso muy presente: el Evangelio de Jesús no es nada si no significa el todo en la vida. El estudio del Evangelio que no implica una vida de oración y una constante práctica de la misericordia llevando la cruz cotidiana, se convierte en un aprendizaje de "datos" sobre Jesús que, a la larga, vacían nuestra vida de la auténtica existencia a la que está llamada.

b) María

Los relatos de la infancia de Jesús (1,5-2,52) colocan ante nuestra mirada el rostro de numerosas personas: María, Zacarías, Isabel, José, Simeón, Ana. En ellos se encarna ejemplarmente la fe y la esperanza de Israel y la redención de Jerusalén (2,25.38). Ellos esperaban con pasión la llegada del verdadero Mesías libertador de su pueblo. De todos estos personajes el más importante es, sin duda, María. Así como Teófilo es el símbolo de la necesaria amistad con Dios, María es el ejemplo de la humildad y de la pobreza necesaria para captar el sentido profundo del Evangelio.

Una de las oraciones más bellas del NT es el *Magníficat* (1,46-55). Son muchos los elementos que podríamos destacar de este cántico, pero nos fijaremos en dos frases de María:

- (1,48): "...porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava".
- (1,52): "...a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos".

La primera frase destaca la actitud de la humildad y la segunda insiste en la pobreza. Sin una clara opción por los pobres y sin una existencia humilde, no es posible el seguimiento de Jesús.

Cuando hablamos de humildad tenemos, a veces, una idea distorsionada de lo que significa. Pensamos, a menudo, que ser humilde consiste en recorrer la vida teniéndonos por poca cosa, o considerándonos continuamente como inferiores a los demás. Eso es una actitud paralizante que nos impide crecer en humanidad, porque perdemos la vida comparándonos con los demás. No es verdad que seamos nada, la verdad es que somos hijos de Dios.

¿Qué es verdaderamente ser humilde? El término humildad es una voz que se origina en la lengua latina *humus, humilis* y significa "tierra". Humilde es aquella persona que está sobre la tierra, que "está con los pies en el suelo". Es decir es humilde aquel que sabe mirarse a sí mismo, a los demás y a las cosas, como realmente son, y no como le gustaría a él que fueran. Humilde es aquel que mirándose a sí mismo no tiene miedo de su persona y sabe discernir qué es aquello de lo cual ha de convertirse y qué es aquello en lo que debe aceptarse.

Sólo la verdadera humildad permite el desapego de las riquezas y la determinante opción por los pobres. Aquel que no es humilde tiene necesidad de apegarse a muchas cosas para poder vivir, y esas cosas hacen difícil la opción por el reino de los Cielos.

Esos dos personajes, María y Teófilo, nos han sintetizado las virtudes imprescindibles para vivir el Evangelio: la amistad con Dios, la humildad y la opción por los pobres. Sin esas tres actitudes el Evangelio deja de ser "Buena Nueva" y se convierte en una obra más de las que se editaron en el siglo I referida a un destacado personaje histórico. Vamos a acercarnos a la lectura del evangelio de Lucas con los ojos de la fe y con la confianza de ser miembros de la Iglesia. Solamente eso podrá suscitar en nosotros la humildad y el espíritu de plegaria, imprescindibles para comprender nuestro relato como "Buena Nueva".

II
EL DIOS DE LA MISERICORDIA

EL ROSTRO DEL DIOS DE LA MISERICORDIA

1 PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO
Lucas 15,11-32



Lucas es el evangelista de la ternura de Dios. El autor que con más delicadeza nos presenta las entrañas del Padre: Dios es misericordia. En estas páginas, comentaremos la *Parábola del hijo pródigo* e intentaremos deslindar el rostro del Dios de la ternura.

1. Situación del episodio en el conjunto del evangelio

Las palabras de Jesús son, todas ellas, muy importantes; pero también es muy significativo el lugar que ocupan en el evangelio. El texto de Lucas, tal como lo presentábamos en la introducción, se divide en tres secciones. Nuestra parábola se halla en la segunda: el viaje de Jesús con sus discípulos desde Galilea hasta Jeru-

salén (9,51-19,27). Es la sección central del evangelio; y, además, la más extensa.

Si consideramos con detenimiento el conjunto de la sección, observaremos que Jesús se dedica principalmente a comunicar enseñanzas a sus discípulos. Es cierto que también lleva a cabo diversas tareas, pero su cometido prioritario es *enseñar* a sus amigos las características del verdadero discípulo: la oración, el amor, la justicia, la misericordia, el perdón, etc. De alguna manera, en esa segunda sección, Jesús se hace *Palabra.* Una Palabra que siembra en el corazón de los apóstoles la fructífera semilla del reino.

Hagamos, ahora, una segunda observación. La parábola (15,11-32) está, más o menos, en la parte central de la segunda sección (9,51-19,27). No está exactamente en el centro, pero ocupa una posición bastante central. Advirtamos ese detalle: la segunda sección describe las peculiaridades del auténtico discípulo, pero en la zona céntrica, se encuentra la *parábola del hijo pródigo* que nos explica la naturaleza más íntima del Dios de Jesús: la ternura y la misericordia. Jesús, durante el viaje, enseña a sus seguidores a ser buenos discípulos, pero en el centro de su enseñanza coloca la descripción del rostro de Dios.

Si nos fijamos, veremos que el auténtico protagonista no es el *hijo pródigo,* sino el *padre.* Viendo como actúa el padre percibimos la manera de ser de Dios. El objetivo de esta narración es hacernos descubrir la más íntima naturaleza del Dios de quien somos hijos: Padre de ternura y de misericordia.

El episodio pertenece al género literario de las *parábolas.* Una parábola es un fragmento del texto en que se confrontan elementos muy desiguales: en la parábola del grano de mostaza (Lc 13,18-19) se compara la pequeñez de la semilla con la magnitud del arbusto; en la de la levadura (Lc 13,20-21) se parangona la nimiedad de la levadura con la gran cantidad de harina que hace fermentar. Nuestra parábola confronta la actitud tierna y misericordiosa del padre, con la actitud mezquina del hijo mayor y la traición del hijo menor.

Pero una parábola no se limita a confrontar elementos diversos. Obliga a quien la escucha, a darse cuenta de la enorme diferencia que hay entre las situaciones confrontadas, e inclinarse en favor de la mejor. Nuestra narración parangona la actitud del padre (ternura y misericordia) con las de los hijos (mezquindad y traición). Nos obliga a percibir la desemejanza entre ellas y a adherirnos a la del padre. Esta parábola, mostrando la trivialidad de la perspectiva humana (mezquindad y traición) nos hace discernir mejor la profundidad de la mirada de Dios (ternura y misericordia). La miseri-

cordia de Dios es infinitamente más poderosa que la fuerza del pecado y la estrechez de los hombres.

En el largo camino hacia Jerusalén, Jesús explica a sus amigos las cualidades que debe tener todo discípulo, y en esta parábola les muestra la intimidad de Dios. Pero también sabe muy bien que los proyectos humanos suelen ser geniales e ilusionados, pero que las respuestas son, muchas veces, tan sólo mediocres. Jesús no se conforma con presentar a Dios como un Padre de misericordia, sino que matiza, certeramente, la forma en que el Padre ejerce la ternura. Los discípulos se alejarán del camino propuesto por Jesús y abandonarán la senda del amor. Pero a pesar del pecado humano, Dios –igual que el padre de nuestra parábola– siempre permanecerá a la espera del retorno de sus hijos y, sin que ellos lo sepan, velará la senda de su regreso.

Nuestra parábola está precedida de otras dos que nos permiten contemplar a Dios como el Padre que siempre espera y perdona. La parábola de la *oveja perdida* (15,1-7) nos presenta al Dios de la ternura yendo en busca de aquel discípulo que se ha salido del camino. La *dracma perdida* (15,8-10) nos recuerda la preferencia del Dios de la misericordia por los pequeños y por todos aquellos que se "pierden". El *hijo pródigo* nos muestra al Dios Padre que acoge siempre, espera siempre y perdona siempre sin imponer condiciones.

2. Lectura del texto (Lc 15,11-32)

Dijo (Jesús):

–Un hombre tenía dos hijos y el menor le dijo a su padre:

–Padre, dame la parte de la fortuna que me corresponde.

El padre les repartió los bienes. No mucho después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra y empezó él a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los habitantes de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos pero nadie se las daba. Recapacitando entonces, se dijo:

–¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a casa de mi padre y le diré: "Padre he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, lo vio su padre y se le conmovieron las entrañas; salió corriendo, se le echó al cuello y lo besó afectuosamente. El hijo le dijo:

–Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus criados:

–Traed aprisa el mejor vestido y vestidlo, ponedle un anillo en su mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.

Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas, y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. Él le dijo:

–Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano.

Él se encolerizó y no quería entrar en casa; pero el padre salió e intentó persuadirlo. Pero él, respondiendo, dijo a su padre:

–Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, y nunca me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos, y ¡ahora que ha vuelto ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el ternero cebado!

El padre le respondió.

–Hijo, ¡tú siempre estás conmigo y lo mío es tuyo!, pero era necesario celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.

3. Elementos del texto

Desde el aspecto literario nuestra historia constituye una parábola. En ella aparece la confrontación de dos actitudes opuestas: la de los dos hermanos y la del padre.

3.1. La actitud de los dos hijos

3.1.1. El hijo menor

a) La decisión de dejar la casa del Padre

La regla fundamental, en el derecho israelita, es que solo los hijos varones tienen derecho a la herencia. Entre ellos, el mayor tiene una posición privilegiada y recibe el doble que los demás en la distribución de los bienes paternos (Dt 21,17; metafóricamente 2 Re 2,9). Sin embargo, en nuestro texto, es el hijo menor quien pide al padre la parte correspondiente de la heredad.

El menor, el que tenía menos derecho, pide a su padre un lote de la fortuna familiar. No se limita a "pedir", sino que "exige". La palabra "dame" figura en imperativo. No se dirige a su padre mediante una súplica, o una solicitud; lo hace exigiendo una prerrogativa. El padre respeta la libertad de su hijo; y, sin replicar nada, reparte los bienes entre los dos hermanos. Después, el hijo menor, reuniendo todo lo suyo, abandona la casa paterna y se encamina a un país lejano.

b) La experiencia de una vida que se destruye

Lejos de la casa del padre y en una tierra extraña, las condiciones se vuelven adversas. Para explicarnos plásticamente el estado de abandono que padece, la narración se vale de frases muy duras:

- *Se ajustó con uno de los habitantes de aquel país*

Aquel hijo que, tal vez, había abusado de su derecho al obligar a su padre a repartir la herencia, ahora tiene que "ajustarse" a las condiciones que le impone un desconocido en un país extranjero y en tiempo de hambre. Todos hemos experimentado, en nuestra vida que la existencia se hace más dura cuando debemos adaptarnos a las leyes del mundo por haber abandonado los preceptos de Dios.

- *... lo mandó a sus campos a guardar cerdos*

Guardar cerdos era, desde la perspectiva de la religión judía, una actividad degradante e inaceptable. La misma legislación israelita prohíbe comer carne de cerdo, y el Antiguo Testamento considera el cerdo como un animal impuro (Dt 14,8). El Nuevo Testamento, destacando la repugnancia judía hacia los cerdos, nos cuenta la curación del endemoniado de Gerasa (Lc 15,26-39): los demonios que salen de aquel enfermo penetran en el cuerpo de los puercos, en lo más inmundo. La situación del hijo menor es peor que la de los mismos cerdos. Éstos pueden comer algarrobas, pero él ni siquiera puede saciarse con esta comida. Desearía comer el alimento de los puercos, pero nadie se lo da.

c) La decisión por rehacer la vida

Cuando la situación de este hombre no puede ser más desesperada, decide volver a la casa del padre. Pero fijémonos, con atención, en las razones que le impulsan a regresar al hogar paterno.

- La primera motivación, la más profunda y también la más real, es el hambre. La primera razón por la cual piensa volver no es por amor a su padre, ni para reconstruir la unidad familiar. La actitud de fondo por la que decide retornar es porque "no tiene donde caerse muerto" (como diríamos en un lenguaje coloquial): "Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí estoy muriéndome de hambre".
- Una vez que ha padecido el dolor del hambre y el abandono, aparece una segunda reflexión: "He pecado contra el cielo y ante ti". La expresión "pecar contra el cielo" equivale a "pecar contra Dios". Durante el siglo I, los judíos no citaban el nombre de Dios. Únicamente lo pronunciaba con voz temblorosa el Sumo Sacerdote cuando, una vez al año, entraba en el recinto más sagrado y recóndito del Templo. En el habla cotidiana los judíos sustituían la palabra "Dios" por el término "cielo"; así, la realidad divina permanecía envuelta en el misterio.

  Esa segunda reflexión es crucial. El hijo menor se da cuenta de que él ha pecado. Su situación no es fruto de la casualidad ni de la mala suerte. Él mismo ha desordenado y arruinado su vida. Precisamente eso es el pecado: romper nuestra propia vida; hacer añicos el proyecto de Dios para con nosotros y destrozar la relación con los hermanos. La "cornada" del hambre le hace descubrir que él ha malbaratado su propia existencia y, a la vez, arruinado el proyecto de su padre en favor suyo.

- Consciente de su pecado, no se deja hundir en la desesperación, sino que toma la única decisión lúcida: "Levantándose, volvió a su padre". El pecado ha dejado secuelas en su vida, ya no se sentirá ante su padre como "hijo", se presentará como "jornalero". En su interior percibe la angustia de la ruptura que ha alterado para siempre la relación con el padre y, de igual modo, su manera de ser. El hijo menor vuelve, pero ya nada será como antes, tan solo aspira a sobrevivir, a ser un asalariado más. Pero ignora lo más importante: la misericordia del padre está muy por encima del pecado y la traición que él ha cometido.

3.1.2. El hijo mayor

Necesitaremos apreciar las características de este hijo al contraluz de la forma de vida del hermano menor.

a) *Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa...*

El hijo mayor es el que tenía, según la legislación de Israel, la preferencia en los derechos de herencia. En cambio constató cómo era el hermano menor quien exigía sus privilegios y se marchaba de casa con la mitad de los bienes. Él siguió trabajando en las duras tareas del campo, mientras su hermano -en un país lejano- dilapidaba la fortuna viviendo licenciosamente. Durante largos años sirvió a su padre sin desobedecer una sola orden, pero nunca disfrutó de un cabrito con el que celebrar una fiesta con los amigos. Ahora ve cómo el hermano menor, que ha devorado la hacienda con prostitutas, es festejado con un ternero cebado.

La historia del hijo menor es la experiencia de una vida truncada por el orgullo y la traición; pero la vida del hijo mayor describe la rutina de una existencia triste y cerrada a la bondad del padre.

b) *Él se irritó y no quería entrar*

El hijo mayor se ha mantenido fiel a los mandatos de su padre. Desde la perspectiva puramente externa ha obrado con justicia y rectitud. Seguramente debía exigir en los demás la misma rigidez por la que él mismo tanto se esforzaba. Cuando se presenta el menor y el padre lo acoge con un amor intenso, el hermano mayor no puede entenderlo.

El odio hacia el hermano menor es inmenso. Dice a su padre: "...ese hijo tuyo"; una frase que denota una gran dosis de rabia, pero que refleja, sobre todo, la ruptura del hermano mayor con el menor. Observemos que el mayor no dice "...ese hermano mío"; esa frase denotaría aún una relación entre hermanos. La otra locución "...ese hijo tuyo" nos indica que el mayor quiebra la relación con el menor; éste ya no es su hermano, es solamente hijo de su padre. El hermano mayor siente la ira que le corroe por dentro y la manifiesta negándose a entrar en casa.

3.2. La actitud del padre

a) La relación con el hijo menor

El hijo menor vuelve a casa con el amargo sabor de la derrota y la mala conciencia del pecado. Él ha destruido su vida y ya sólo aspira, con suerte, a ser un jornalero más. Pero la actitud del padre con ese hijo es completamente distinta. El evangelio destaca en el padre una actitud interna: "se le conmovieron las entrañas", y dos actitudes externas: "celebremos una fiesta", y "le besó afectuosamente". Comentaremos escuetamente cada una de estas disposiciones del ánimo.

- *...se le conmovieron las entrañas...*

El hecho de "conmoverse las entrañas" refleja el aspecto maternal del amor y la ternura. A una madre, en el momento de dar a luz a su hijo se le conmueven las entrañas. Es el mismo sentimiento de Jesús en situaciones importantes del evangelio. Cuando contempla la aflicción de la viuda de Naín ante el féretro de su hijo, se le conmueven las entrañas y dirigiéndose al cadáver exclama: "¡levántate!", y entrega el hijo vivo a su madre (Lc 7,11-17). Jesús se hace plenamente solidario de aquella mujer; al Señor "se le conmueven las entrañas" ante el padecimiento de la madre desconsolada.

El padre de nuestra parábola siente en su seno la experiencia del amor maternal. También a él "se le conmueven las entrañas"; y recoge de nuevo en su regazo al hijo perdido. Fijémonos en el texto evangélico: "Lo vio de lejos, salió corriendo, se le echó al cuello, lo cubrió de besos". De alguna manera, todas estas acciones "vuelven a introducir en las entrañas del padre" al hijo que se fue y ahora regresa desangelado.

- *...celebremos una fiesta...*

La actitud interior de "conmoverse las entrañas" tiene un intenso correlato externo. En todos los gestos externos se manifiesta el amor paternal con el hijo. El padre le vuelve a otorgar la categoría correspondiente en el seno de la familia. El traje, los criados que lo visten, el anillo en el dedo, las sandalias en los pies, describen cómo el padre restituye a su hijo la dignidad perdida.

- *...le besó afectuosamente...*

Cuando hablábamos del amor "maternal" del padre por su hijo recogíamos esta expresión, pero también es posible completarla desde un matiz peculiar. La amistad adulta entre dos hombres se expresaba, a menudo, mediante un beso. Cuando Pablo parte de viaje, los discípulos de Éfeso lo despiden con un beso (Hch 20,37); Jesús recrimina al fariseo que lo ha invitado, el no haberlo recibido con un beso (Lc 7,45), mientras que la mujer pecadora sí lo ha hecho (Lc 7,38).

El beso afectuoso con que el padre recibe a su hijo adquiere la connotación del "amor de amigo". El padre ha mostrado un amor "maternal" y "paternal", pero manifiesta, también, con esa postura la perspectiva "amistosa del amor". Un teólogo medieval (Tomás de Aquino) decía que la amistad es la forma privilegiada del amor, porque es una relación que brota de la libertad. El padre es "padre" por naturaleza pero se convierte en "amigo" por opción.

En ningún momento ha aplicado el padre, como suponía el hijo menor, un tipo de justicia basado en modelos humanos. Según esos esquemas el hijo no debería tener derecho a porción alguna de los bienes familiares. Tendría que ser un jornalero más; él mismo, al volver a casa había decidido eso. En cambio, cuando regresa, el padre no le pide razones de su comportamiento ni le reprocha su traición, sino que lo acoge como hijo mediante la triple manifestación del amor que hemos descrito.

b) La relación con el hijo mayor

El hijo mayor había permanecido siempre con su padre, obedeciendo sus mandatos, y aplicándose en las tareas. Pero, seguramente, habría permanecido cerrado a la actitud amorosa del padre. Es como las piedras sumergidas desde siempre en el fondo del mar, rodeadas de agua por todas partes pero que en su interior están resecas. Habiendo estado rodeado del amor de su Padre no ha percibido nunca la ternura de su cariño. Recordemos la cruel respuesta que profiere contra su padre: "...jamás me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos...".

El hermano menor se marchó de casa destruyendo la hacienda. El mayor no quiere entrar en casa para disfrutar la fiesta familiar; de ese modo, también se niega a dejarse amar por su padre. El padre le dice: "¡tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo!". Este hermano había estado siempre en contacto con el padre pero carecía de lo más esencial: la experiencia del contacto personal con él. No dejarse querer por Dios es una manera muy sutil de huir de la casa del Padre, y muestra otra manera con la que se echa a perder el amor de Dios.

3.3. La actitud de fondo de los personajes

Hasta ahora hemos descrito las dos situaciones contrapuestas del padre y los hijos. En el fondo de estas actitudes radica una opción básica distinta: el Padre representa la opción que hace nacer la vida, mientras los hijos muestran la opción que los conduciría a la muerte.

Apreciemos las palabras del padre respecto del menor: "...porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida". Y también lo que le dice al mayor: "...este hermano tuyo que estaba muerto ha vuelto a la vida". Nuestro Dios es el Señor de la vida. La opción más profunda del padre por sus hijos es la vida; él desea que vivan plenamente. Notemos la gran diferencia con las palabras de los criados: "...a tu hermano tu padre lo ha recobrado sano". A Dios no le basta la salud física de sus hijos, Él desea la profundidad y la intensidad en la vida.

El Padre de la vida también cree en la libertad. No hay vida sin libertad. Por eso respeta la decisión del menor de marcharse de casa y no se enfrenta agriamente con el mayor cuando, henchido por la ira, se niega a entrar en el hogar. Simplemente les recuerda que él es vida, vida expresada mediante el perdón, la acogida, la ternura, y la fiesta.

La descripción de los dos hermanos pone ante nuestros ojos la negativa a participar de la vida nacida de las entrañas del padre. El menor se marcha de casa, y la vida que había disfrutado en el hogar adquiere el sabor amargo del desamparo en tierras lejanas. El mayor había vivido siempre en casa pero no había sabido disfrutar de la vida de su padre. Ahora, al oír los aires de fiesta, ve la naturaleza íntima de su padre y se niega a entrar. La cerrazón ha hecho de su existencia una vida triste y mezquina.

La actitud del hijo mayor guarda todavía otra lección. El que ha vivido siempre en el nido paterno y no ha sabido gustar la ternura

del padre, se queja por no haber recibido un regalo banal: "nunca me diste un cabrito...". El premio de los discípulos de Cristo consiste en estar en la casa del Padre: "¡si todo lo mío es tuyo!" le recuerda el padre a su hijo. ¡Cuántas veces en nuestra vida cristiana nos sabe a poco tener a Dios por Padre, y nos dedicamos a perseguir otros premios: el poder, el tener, o el aparentar! El amor con amor se paga, el gozo de ser cristiano radica en serlo; y nuestra suerte sólo es una: sabernos en manos del Dios de la misericordia. La búsqueda de cualquier otra recompensa nos hace salir de la casa, como le sucedió al hijo menor, o nos impide entrar en ella, como era el caso del mayor.

Contamos con una gran certeza, ni la mezquindad del mayor ni la traición del más joven, tienen poder suficiente para derrotar la fuerza del amor del padre. La muerte nunca puede con la vida; ése es el mensaje del evangelio: "Jesús de Nazaret, el Crucificado, ha resucitado" (Mc 16,6). La ternura y la misericordia del padre han reengendrado a los dos hermanos y los han introducido de nuevo en el seno de la vida.

4. Síntesis final

La parábola del hijo pródigo tiene una única finalidad: presentarnos la intimidad del Dios que nos invita a seguirle. El rostro de Dios Padre tiene los rasgos de la vida. Él es quien engendra la vida en aquellos que se deciden a ser discípulos suyos. Dios padre genera la vida porque Él es amor. La ternura y la misericordia de Dios no constituyen un concepto, sino que se palpan desde la experiencia de habitar en casa del Padre.

El hijo menor representa al discípulo orgulloso que se ha apartado del camino. Fuera de la casa del Dios de la vida se sorbe la desgracia de los ídolos de muerte. El discípulo decide volver a la senda y allí experimenta la profundidad de la vida. El padre lo acoge de nuevo, de alguna manera vuelve a engendrarlo. El amor maternal, paternal y amistoso del Padre, devuelven a aquel hombre vencido la certeza de sentirse querido.

El hermano mayor es el prototipo de cristiano que ha creído estar siempre en el camino, pero le ha faltado lo más importante: el encuentro personal con el Dios de la vida. Durante toda su existencia, aquel hijo había habitado la casa y había trabajado con afán en sus campos; pero no había experimentado el hondo gozo del amor del Padre.

Nuestro Dios es el *Señor de la Vida.* Cuando nos apartamos de Él, como el hijo menor, nos sale al encuentro la experiencia del abandono; cuando nos cerramos a Él, como el hijo mayor, nos acontece la rutina del sinsentido y la tristeza. Pero lo más importante no es ni nuestra huida ni nuestra cerrazón. Lo más importante es que junto a nosotros está un Dios que es Padre, cuyo rostro es la misericordia y la ternura, y cuya opción es hacernos vivir. El darnos cuenta de que estamos en la buenas manos del Dios de la vida, constituye nuestra suerte y, a la vez, el reto de nuestra existencia.

LECTIO DIVINA
EL HIJO PRÓDIGO
Lucas 15,11-32

Nuestro Dios es el Señor de la vida. En ocasiones nos apartamos del camino del Dios de la vida y nos precipitamos, sin darnos cuenta, en las tinieblas del poder de los ídolos. Pero aunque huyamos de Dios, Él siempre nos acoge y nos espera porque es amor y ternura. Nuestra parábola es una invitación a volver a la casa del Padre, a reiniciar nuestro camino junto a Dios, y a experimentar juntamente con Él el gozo de la plenitud vital.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor leyendo estas palabras de la Escritura: "Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás" (Dt 30,15-16). Hacemos unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiendo a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^er^ Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta la parábola, mientras todos escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo la parábola personalmente y consultan las notas de la Biblia. Luego reflexionan sobre estas preguntas:

* ¿Qué personajes intervienen en esta parábola?
* ¿Cómo actúa cada uno y cómo reacciona ante lo que los demás hacen o dicen?
* ¿Qué razones tienen para actuar de esa manera?
* ¿Hay algo que te parezca ilógico o chocante en esta historia?
* ¿Qué relación hay entre la parábola y la situación en que Jesús la pronuncia? (Lee Lc 15,1-2).

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje de la Palabra en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

a) *Lectura*: de nuevo se lee la parábola en voz alta, mientras los demás escuchan con atención.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio y se pregunta:

* ¿Con cuál de los personajes de la parábola te identificas espontáneamente? ¿Por qué?
* ¿Qué imagen de Dios descubres para tu vida en este pasaje? ¿Es compatible con otras ideas sobre Dios que a veces tenemos?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en el tiempo de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a nuestra vida, desde la luz que nos ha dado la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

a) *Lectura*: se lee, de nuevo, el texto en voz alta mientras todos escuchan con esmero.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que la Escritura invita a pedirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la propuesta que nos hace la Palabra. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social...

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o, compartir con los demás el compromiso que ha alcanzado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración en común o con un canto apropiado. Tal vez podríamos orar con el Salmo 1, que nos presenta las dos posibles opciones ante la vida; o rezar juntos el Padrenuestro.

¿CÓMO ACTÚA EL DIOS DE LA MISERICORDIA?

2 ZAQUEO
Lucas 19,1-10



El evangelio de Lucas tiene por objetivo comunicarnos la liberación que Jesús ha venido a otorgarnos a todos. Jesús es el Señor que libera, pero esa salvación que el Señor nos concede la realiza desde la misericordia.

Recordemos que la misericordia no es un simple sentimiento; consiste en una virtud muy importante: dar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano. En la narración que vamos a leer observaremos el corazón pobre de Zaqueo. Un corazón falto de perdón y comprensión. Jesús ejerce con el duro cobrador de impuestos el difícil arte de la ternura. La misericordia de Jesús se transforma en perdón y devuelve a la vida de Zaqueo la humanidad perdida.

1. Situación de la narración en el conjunto del Evangelio

El fragmento que nos cuenta la historia de Zaqueo (19,1-10) se halla ubicado en la sección central del evangelio: el viaje de Jesús con sus discípulos desde Galilea hasta Jerusalén (9,51-19,27). Durante toda esta larga sección, Jesús dedica la mayor parte de su tiempo a instruir a los discípulos. De alguna manera Jesús se hace *Palabra* dispuesta a preparar a sus amigos para vivir el tiempo de la Iglesia. Jesús enseñará a los discípulos que la verdadera misericordia pasa siempre por el perdón.

Notemos un segundo detalle, especialmente importante, en cuanto a la posición del texto. La narración de Zaqueo se halla, prácticamente, al final de la sección del viaje a Jerusalén y justo antes del inicio de los relatos concernientes a la pasión del Señor.

Al final de su largo viaje Jesús enseñará a sus discípulos a convertir la misericordia en perdón. Al final de su vida, en el dolor de la Cruz, Jesús también convertirá la misericordia en perdón: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (23,34). Al final de su viaje y al término de su vida, Jesús nos enseña la virtud de saber perdonar. ¿No será que la capacidad de perdonar es la mejor manifestación de la auténtica misericordia?

El Nuevo Testamento lleva siempre a su plenitud algún aspecto del Antiguo Testamento. Este episodio presenta similitudes y diferencias con otro muy importante de la Antigua Alianza: la entrada de Josué en la Tierra Prometida conquistando la ciudad de Jericó (Jos 6).

El pueblo de Israel, guiado por Moisés, había emprendido un largo periplo desde Egipto hacia la Tierra de Promisión. Josué llega a la ciudad de Jericó, y por la fuerza de las armas toma aquella villa. La conquista le permite entrar en Tierra Santa y tomar posesión del país que Dios había otorgado a sus antepasados. Antes de tomar la ciudad, Josué se encuentra con una mujer marginada: Rahab. Ésta le ofrece una hábil estrategia para tomar fácilmente la ciudad sin necesidad de perder ningún guerrero en el combate. Una vez que ha conquistado Jericó, y como acto de gratitud, Josué ejerce la misericordia con aquella mujer y con su familia permitiéndoles seguir con vida (Jos 6,22-23).

Jesús, guiando a sus discípulos, emprende también un viaje desde Cafarnaún a Jerusalén. Jesús llega a Jericó y conquista aquella ciudad representada por Zaqueo. No lo hace con el poder militar, sino con la fuerza de la misericordia convertida en perdón. Desde Jericó, el Señor se dirige a tomar la Ciudad Santa, pero no

lo hará con el poder de las armas sino desde la debilidad de la Cruz. También, en Jericó, ejerce el Señor la misericordia con alguien marginado: el cobrador de impuestos.

Apreciemos la importancia que tiene la situación del fragmento en el conjunto del evangelio. La simple posición de este texto nos enseña tres cosas: Jesús se hace *Palabra* enseñándonos el perdón; prepara la actitud del creyente ante las adversidades de la vida representadas por la pasión; y, finalmente, nos indica la culminación y superación del Antiguo Testamento en el Nuevo.

2. Lectura del texto (19,1-10)

Entró Jesús en Jericó y comenzó a atravesar la ciudad. En esto un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de recaudadores y muy rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Para verlo se adelantó corriendo y se subió a una higuera, porque tenía que pasar por allí. Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo:

–Zaqueo, baja enseguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa.

Él bajó en seguida y lo recibió muy contento. Al ver aquello murmuraban todos:

–¡Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador!

Zaqueo se puso en pie y le dijo al Señor:

–Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces.

Jesús le contestó:

–Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo.

3. Elementos del texto

a) Jericó

La ciudad de Jericó era un núcleo urbano importante, situado de manera estratégica entre las regiones de Judea y Perea. Al ser zona fronteriza disponía de un servicio de aduanas y de una guar-

nición militar relativamente grande. También era zona de intercambios comerciales al confluir en ella un nudo de comunicaciones significativo. El rey Herodes construyó al lado de la ciudad antigua una ciudad nueva y la dotó de palacios y termas.

La situación comercial, fronteriza, aduanera y militar, otorgaba a la ciudad un ambiente cosmopolita un tanto alejado del cumplimiento estricto de las leyes judías referentes a la moral. La presencia de soldados, comerciantes y numerosos viajeros hacían que la ciudad fuera en cierta medida una urbe con muchos lugares de diversión. Desde una perspectiva histórica, la ciudad había gozado de un gran prestigio. Recordemos que es una de las ciudades más antiguas que se conocen, y el AT le concede un gran papel (Jos 6-7).

b) Zaqueo

La palabra "Zaqueo" es un diminutivo de "Zacarías", nombre que significa probablemente: "El Señor se acuerda de nosotros". El nombre es un diminutivo popular que posiblemente era utilizado como apodo; indica por tanto que la persona era muy conocida.

Su profesión consiste en cobrar los impuestos. En la época de Jesús las contribuciones gravaban muy duramente al pueblo judío. El sistema impositivo era muy severo y, capilarmente, llegaba a todos los estratos de la población. Cobraban impuestos los romanos, pero también los cobraba el rey Herodes, y había que pagar además un pequeño diezmo al Templo.

El impuesto realmente duro y gravoso era el impuesto cobrado por los romanos. El cobro se realizaba, a veces, de forma violenta y mediante la extorsión y el abuso. Generalmente se exigía mucho más de lo que una persona podía pagar, lo que implicaba el empobrecimiento progresivo de la población y en algunas ocasiones la reducción a la esclavitud de los deudores insolventes.

Zaqueo era muy rico debido a su oficio de jefe de publicanos. Cobrar impuestos permitía realizar cualquier arbitrariedad, lo que repercutía en el rápido enriquecimiento del cobrador. El hecho de ser recaudador implicaba que Zaqueo fuera mal visto y, a la vez, muy temido por las gentes. Como él mismo confesará, el ejercicio de su profesión había dado lugar a que cometiera algunas injusticias, como hacían habitualmente los recaudadores de entonces.

Era pequeño de estatura, la gente no le permite ver pasar a Jesús. Tal vez fuera una persona dada a protagonizar gestos curiosos, observemos lo que nos dice el texto: corre entre la gente y se sube a un sicómoro. Nos da la impresión de un personaje pintoresco: pequeño, lo conocen mediante un mote, la gente lo teme, se ha enriquecido a costa de los demás, es un colaboracionista del

dominio romano. El hecho de ejercer la profesión de recaudador de impuestos implicaba la exclusión de la vida religiosa del resto de los judíos. Los cobradores eran un tipo de gente despreciada, pero también muy temida a causa de su dinero y su poder coercitivo.

Jesús llevaba bastante tiempo predicando, era ya un personaje famoso que estaba a punto de cruzar Jericó de paso hacia Jerusalén. Entonces Zaqueo intenta ver a Jesús. Entre la multitud abigarrada quiere ver quién es aquel personaje, tan famoso, que cruza la ciudad.

Zaqueo intentaba ver a Jesús, pero no podía. Su pequeña estatura y la muchedumbre de gente que se agolpaba en torno se lo impedía. La gente no solamente le impedía ver a Jesús físicamente, se lo imposibilitaba también moralmente: Zaqueo era un cobrador de impuestos, pequeño, excluido de las prácticas religiosas judías, motejado; quizás, no amado por nadie pero sí temido por todos.

Estas ideas de la gente respecto de su persona, ciertamente habrían influido en su manera de pensar y de percibir su existencia. La vida de Zaqueo ya estaba modelada; él se enriquecía cobrando impuestos y sus conciudadanos lo temían y odiaban: no era posible cambiar nada. La salvación, la misericordia, la persona de Jesús, pasa a su lado, pero nada ni nadie –según su forma de pensar– puede hacer nada por su vida. Su suerte está echada para siempre, su modo de vida lo ha empequeñecido y el desprecio de los demás le impide detectar un futuro distinto.

c) La gente

La gente le impedía ver a Jesús. La gente no significa sólo un grupo de personas; también significa lo que piensa la gente. La opinión de las personas respecto de Zaqueo hace imposible que aquel hombre vea a su salvador. Cuando Jesús se ha alojado en casa de Zaqueo, la gente murmura. Critican duramente la decisión de Jesús: "¡Ha ido a hospedarse a casa de un pecador!". Zaqueo es un pecador. ¡Qué palabra más dura! Un hombre perverso que ha roto sus relaciones con Dios. Un hombre impuro, uno que no tiene derecho a cambiar de vida, ni a liberarse. Una persona a la que no se permite sentirse bien junto a Dios, ni contemplar el rostro de Jesús.

La opinión de la gente hace de Zaqueo un hombre pequeño para siempre. La muchedumbre traba al cobrador de impuestos su contacto con Jesús. Todos somos hijos de Dios pero, a veces, lo que de nosotros se piensa y se opina nos disminuye, sobre todo si nadie nunca nos ha valorado en aquello que realmente somos.

d) Jesús

Jesús cruzaba la ciudad en dirección a la Ciudad Santa, en la que iban a tener lugar los acontecimientos que recordamos el Domingo de Ramos. Jesús llega a Jericó con fama de salvador, por eso lo rodea una multitud de curiosos. Pero la única persona en la que el Señor fija su atención es en Zaqueo. La forma de vida de Zaqueo con relación a su pueblo era injustificable. En cambio, Jesús es a la única persona que mira.

Jesús tiene con Zaqueo una actitud caracterizada por dos verbos: se fija en él "levantando los ojos" y le "habla"; verbos muy sencillos y a la vez muy profundos:

– Levantar la vista: *...levantó Jesús la vista...*

Recordemos el caso de Jesús cuando levanta los ojos al cielo y el evangelio nos dice: "Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al cielo, los bendijo, los partió y los dio a los discípulos para que sirvieran a la gente" (Lc 9,16). El fragmento se encuentra en la multiplicación de los panes.

El verbo significa "mirar en profundidad", "mirar con la intención de hacer el bien", "con la intención de ejercer la misericordia". El mismo verbo ha sido utilizado en el fragmento anterior del evangelio (18,35-43) con la intención de devolver la vista a un ciego. Mirar en profundidad no es ver detalladamente la realidad; es mirarla con el deseo de transformarla desde la misericordia y la ternura.

– Decir: *...y le dijo...*

Este verbo no significa, simplemente, el hecho de pronunciar sonidos con los labios. Su acepción más genuina es la de "comunicar" algo que tiene una fuerte repercusión en la vida de quien lo escucha. Para aclarar el sentido del término hagamos una breve referencia al AT.

El pueblo de Israel padece en Babilonia la dureza del exilio. El pueblo clama al Señor y le pide ayuda. Entonces Dios, mediante un profeta, le dirige su palabra de sosiego: "Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio..." (Is 40,1).

El "decir" de Dios a su pueblo no se limita a pronunciar palabras. Comunica el consuelo a Israel y le anuncia la pronta liberación. El "decir" de Dios cambiará radicalmente la vida de los exiliados. Cuando Dios habla se revela. La llamada de Jesús a Zaqueo es la revelación de Dios, y su mirada transmite su misericordia.

Jesús le dice: "...baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa". Observemos que Jesús no le recrimina nada a Zaqueo de su vida pasada; y objetivamente –al ser cobrador de impuestos– habría muchas cosas que reprocharle. Convengamos que es bastante lógica la reacción de la gente ante la actitud de Jesús: Zaqueo era un pecador y, en general, mal visto por los judíos.

Hay un detalle en el texto que no debe pasarnos por alto. Jesús dice a Zaqueo: "...hoy tengo que alojarme en tu casa...". Esta expresión tan sencilla "tengo que" la utiliza Jesús en algunos momentos cruciales de su vida:

Cuando Jesús se ha perdido en el Templo y sus padres le encuentran entre los doctores, él les dice: "¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?" (2,49). Más adelante dirá: "También a los otros pueblos tengo que anunciarles el reino de Dios; para eso me han enviado" (4,43). Comenta a los discípulos: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser rechazado por los senadores..." (9,22); "...tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén" (13,33); "...porque os digo que tiene que cumplirse en mí lo que está escrito..." (22,37); etc.

La vida de Jesús no es fruto de la improvisación ni resultado de la casualidad. La vida de Jesús responde a un proyecto: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena nueva a los pobres " (4,18). La vida de Jesús da plenitud al proyecto de Dios en favor de los hombres: "...todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí tenía que cumplirse" (24,44). Por eso el Señor "...tiene que..." hospedarse en casa de Zaqueo, porque Él es la liberación de Dios entre los hombres. Nunca nadie se ha preocupado de que Zaqueo fuera humanizado, por eso es necesario que Jesús mismo emprenda esta tarea.

Zaqueo obedece a Jesús y hace exactamente lo que Él le ha dicho. Por el contrario la multitud se siente sorprendida y molesta con el gesto de Jesús: no pueden entender la razón que lleva a Jesús a hospedarse en casa de un pecador. Zaqueo adquiere ante Jesús una doble actitud:

– Está de pie: *...Zaqueo se puso en pie...*

Estar en pie ante alguien es el verbo que expresa la dignidad humana. La mirada de Jesús y sus palabras han devuelto la dignidad personal a Zaqueo. Antes el texto nos lo había presentado como un personaje de baja estatura a quien la gente impedía ver el paso de Jesús. La mirada y la palabra de Jesús, le ha devuelto la dignidad de saberse alguien ante los demás y ante sí mismo.

Recuperar la dignidad, ponerse de pie, es una metáfora del perdón. Cuando recibimos el perdón recuperamos y aceptamos nuestra auténtica humanidad. Solamente el perdón libera. Únicamente el perdón, a pesar de nuestras bajezas, nos permite estar de pie ante el Señor y ante los hermanos.

– Jesús es el Señor: *...y dirigiéndose al Señor le dijo...*

Cuando Zaqueo subió al sicómoro, quizá, sólo pretendía ver a un personaje famoso, buen orador y con fama de milagrero. Pero ese personaje le ha hablado y lo ha mirado, y con estas acciones le ha devuelto su dignidad de persona. Zaqueo ha sido perdonado.

Después de este encuentro personal y trascendental en su vida, Jesús ya no puede ser simplemente un personaje famoso e interesante. A partir de ahora Jesús es el *Señor.* El que ha cambiado para siempre su corazón. Zaqueo ya no servirá más a los pequeños *señores* a quienes daba culto: el dios del miedo que infundía a sus vecinos, y el dios de la soledad y el aislamiento con el que le pagaban las gentes. Zaqueo ha llegado a la fe, ha descubierto a Jesús como el único Señor de su vida.

e) La conversión

Únicamente quien ha recibido el perdón es capaz de convertirse. Habitualmente nuestra mentalidad es distinta. Cuando nuestra vida se desenvuelve en el mal, pensamos que lo primero que hay que hacer es un esfuerzo personal por convertirnos. Creemos que cuando nos hayamos vuelto buenos a causa de nuestro esfuerzo, entonces Dios nos perdonará. Los ojos humanos contemplan este proceso: pecado, conversión, perdón. Pero los ojos de Dios siguen un proceso distinto: pecado, perdón, conversión. Observemos este camino en la narración de Zaqueo.

Zaqueo es ciertamente un pecador. Pero es Jesús quien primero lo mira y le habla. Son los ojos y la voz de Jesús los que devuelven la dignidad a Zaqueo. Al haber oído la palabra de Jesús y haber percibido su mirada, Zaqueo se pone de pie y lo reconoce como Señor. La misericordia de Jesús, transmutada en perdón, ha puesto de pie a Zaqueo. El recaudador de impuestos ha aceptado la mirada del Señor, ha sido perdonado; ahora ya puede convertirse.

¿Qué significa convertirse? Convertirse es transformar en obras de misericordia el perdón que gratuitamente hemos recibido de Dios. Zaqueo se convierte: comienza a traducir en misericordia el perdón significado en la mirada y en la palabra de Jesús:

– *La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres...*

En tiempos de Jesús un grupo religioso importante era el de los fariseos. Se caracterizaban por cumplir la Ley de una manera muy estricta. Esta conversión, dar la mitad a los pobres, sería un cambio muy pequeño, simplemente pasaría de ser un publicano a ser un fariseo. Cuando uno había robado alguna cosa, la Ley mandaba devolver el doble de la cantidad robada. Un fariseo se limitaría a observar esta prescripción, y devolvería el doble de lo robado. Si Zaqueo actuara así se limitaría a cumplir simplemente las normas de honradez, pero él va mucho más lejos...

– *...y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces más*

Zaqueo muestra una gran generosidad. Su restitución se adecua a las prescripciones más exigentes de la Ley: "Cuando un hombre roba un buey o una oveja y los mata o los vende, debe restituir cinco bueyes por cada buey y cuatro ovejas por cada oveja" (Ex 21,37); "lo que se ha robado debe devolverse con un recargo de una quinta parte de más" (Lv 5,21-24). Zaqueo devuelve mucho más de lo que la Ley prescribe. Quien ha recibido generosamente el perdón de Dios no pone límites al ejercicio de la misericordia. Entrega a la pobreza del corazón de su hermano mucho más de lo prescrito por las normas.

f) El final de nuestra historia

¿Por qué ha perdonado Jesús a Zaqueo? Escuchemos en la cálida voz del texto las palabras del Señor: "...pues también él es hijo de Abrahán". Por el mero hecho de ser persona humana (hijo de Abrahán) Zaqueo tiene capacidad de percibir la misericordia de Dios. Los hombres, simplemente en razón de nuestra propia humanidad, tenemos la dignidad plena para estar de pie ante Dios y recibir de él su perdón y su misericordia.

"Hoy ha llegado la salvación a esta casa...": nuestra liberación consisten en aceptar la mirada y la voz que Dios nos dirige. La aceptación de la mirada de Dios nos otorga el perdón, y una vez perdonados podemos convertirnos y vivir en el amor. ¿Cuántas veces nuestra pequeñez y la opinión de la gente que nos rodea, nos impiden dejarnos mirar por Jesús?

La última línea de la narración es especialmente significativa: "Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo". La finalidad de la acción de Jesús no es otra que la de liberar al oprimido por cualquier causa. Estas palabras nos traen el eco de otros fragmentos del evangelio, pero vamos a fijarnos solo en un elemento: el *Hijo del Hombre*.

En tiempos de Jesús la gente esperaba ansiosamente la llegada de un salvador. Todo el mundo deseaba la llegada de alguien que desde el poder y con una apariencia deslumbrante trajera al mundo un tiempo de felicidad y de paz. Jesús es el Señor que aporta a todos la liberación esperada. Pero no nos la trae desde la apariencia deslumbrante, ni mediante una gran capacidad económica, ni tampoco a través de un poder apabullante.

Jesús nos trae la liberación esperada, pero actúa de un modo completamente diverso al deseado por los hombres. Jesús libera mediante la actitud de servicio, la vida compartida y la existencia humilde. El AT, cuando se refiere a un personaje caracterizado por estas actitudes (compartir, servir y ser humilde), lo denomina *Hijo del Hombre*; por eso Jesús es el *Hijo del Hombre* esperado.

Zaqueo se ha encontrado con Jesús, el Señor. Ese encuentro personal le ha permitido descubrir el auténtico señorío de Jesús, el *Hijo del Hombre*. El cobrador de impuestos sabe que, a partir de ahora, su vida ha de ser semejante a la de su verdadero Señor. La vida compartida, la existencia humilde y la actitud de servicio permitirán a Zaqueo verter en el corazón pobre de sus hermanos la misericordia que él mismo ha recibido gratuitamente de Jesús.

4. Síntesis final

El evangelio de Lucas es el texto de la misericordia de Dios. Jesús es el Señor que nos trae la liberación mediante el ejercicio fiel de la misericordia. La misericordia no es un concepto sino una realidad que se manifiesta con muchas caras. El primer rostro de la misericordia de Dios con los hombres es el perdón. El episodio de Zaqueo nos muestra la misericordia de Dios convertida en perdón.

Zaqueo es el prototipo de persona al que las circunstancias de la vida y sus propias acciones, le han llenado el corazón de amarga culpabilidad. La opinión de las gentes y su propio sentimiento de culpa hacen de Zaqueo una persona empequeñecida. Él piensa que en su vida no es posible ningún cambio. Únicamente es posible sobrevivir provocando miedo en los demás, y soportando la dura respuesta del odio y el desprecio.

En el seno de este círculo vicioso hace acto de presencia inesperadamente Jesús de Nazaret. Él, con su mirada y su palabra, otorga el perdón a Zaqueo. Una vez perdonado, Zaqueo recobra su dignidad humana y, poniéndose de pie, reconoce a Jesús como el

único Señor de su vida. El perdón permite a Zaqueo convertirse, y una vez convertido puede iniciar la senda del bien, que no es otra cosa que repartir entre sus hermanos la misericordia vertida por Jesús en su propia existencia.

Jesús no libera a Zaqueo por casualidad. La vida Jesús es la encarnación del proyecto liberador de Dios entre los hombres. Jesús "tiene que" liberar al cobrador de impuestos porque para esta misión ha sido enviado. Pero Jesús libera de un modo muy especial. Él es el *Hijo del Hombre* que nos trae la liberación de Dios convertida en servicio, humildad y vida compartida.

LECTIO DIVINA
ZAQUEO
Lucas 19,1-10

Muchas veces el Señor llega a nuestra vida por sorpresa, al igual que inesperadamente salió al encuentro de Zaqueo. La vida cristiana es la atenta espera para encontrarnos con Dios en cada rincón de nuestra existencia. Zaqueo, sin saberlo, preparó el camino del Señor. Por curiosidad salió a la calle a ver pasar a Jesús. En este rato de lectura del Evangelio vamos a encontrarnos con la grata sorpresa de Jesús. Que la mirada y la palabra del Señor nos otorguen el perdón y nos permitan vivir la misericordia.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor invocándolo de esta manera: *Ven, Señor Jesús*. Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^er^ Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee de nuevo el pasaje y consulta las notas de su Biblia. Tratamos de responder a estas preguntas:

* ¿Qué dificultades tiene que superar Zaqueo para encontrarse con Jesús?
* ¿Qué dificultades tiene que superar Jesús para encontrarse con Zaqueo?
* ¿Cómo afecta a la vida de Zaqueo su encuentro con Jesús?

* A fin de cuentas, ¿es Zaqueo quien busca a Jesús o Jesús quien busca a Zaqueo?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: Nos preguntamos:

* ¿Qué dificultades experimentas en tu vida para encontrarte con Jesús?
* ¿En qué debería cambiar tu vida si dejases que Jesús se encontrara contigo? ¿Estarías dispuesto a asumir esos cambios?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura hace decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación de Dios. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común o con un canto apropiado. Quizás podríamos rezar juntos el Salmo 51, en que el orante implora de Dios el perdón y la misericordia.

3 PURIFICACIÓN DE LOS DIEZ LEPROSOS Lucas 17,11-19



La narración de Zaqueo nos hacía descubrir la misericordia de Dios convertida en perdón. El episodio de los diez leprosos nos hará conocer la misericordia de Dios convertida en curación. Casi nos atreveríamos a afirmar que los dos fragmentos son las dos caras de una misma moneda: el perdón siempre implica la curación, y la curación no es otra cosa que la experiencia de sentirse perdonado.

1. Localización del episodio en el conjunto del Evangelio

La curación de los diez leprosos (17,11-19), aparece en la segunda sección del evangelio (9,51-19,28). Recordemos que este

gran bloque nos cuenta los avatares del viaje de Jesús y sus discípulos desde Cafarnaún a Jerusalén.

Durante el viaje, Jesús se preocupa muy especialmente de instruir a sus discípulos acerca de las verdades del reino de Dios. Si comparamos esta sección con la primera (4,14-9,50), apreciaremos una notable diferencia. Durante su ministerio en Galilea Jesús realiza muchos milagros y desarrolla diversas acciones; en cambio, la predicación ocupa mucho menos espacio. A lo largo de su recorrido hacia Jerusalén se invierten los términos; la predicación y la enseñanza pasan a un primer plano mientras que la descripción de los milagros ocupa una posición más secundaria, y que tiende –generalmente– a ilustrar algún aspecto de la predicación.

En el camino hacia Jerusalén, como decíamos en la introducción, Jesús se hace *Palabra*. Una *Palabra* que prepara a los discípulos para vivir con fidelidad el tiempo de la Iglesia. La curación de los diez leprosos es, sin duda, una acción de Jesús, pero se halla enmarcada en el ámbito de la enseñanza del Señor. Dicho de otra manera: en esta narración, Jesús no muestra a sus discípulos la "técnica" de realizar un milagro, Jesús les comunica una enseñanza. Les transmite el conocimiento de que la misericordia, para ser realmente vivida, debe hacerse curación y solidaridad para con los que sufren.

Las narraciones de los milagros de Jesús suelen tener cinco apartados: alguna persona se encuentra enferma, acude a Jesús y le pide que lo cure, el Señor le pregunta si tiene fe, el enfermo afirma su confianza en él y finalmente Jesús realiza algún gesto con el que le devuelve la salud. La curación de los leprosos no sigue con precisión este esquema. Más bien se centra en el diálogo entre Jesús y los enfermos y concretamente con el leproso curado. Este detalle estilístico nos confirma el sentido de la narración: el Señor nos enseña que la misericordia ha de convertirse en curación, y no insiste en la pericia de realizar milagros espectaculares.

El contexto próximo de cada fragmento del evangelio ayuda mucho a comprender el sentido de lo que estamos leyendo. La curación de los diez leprosos ocupa, prácticamente, el centro del capítulo 17. Justo antes de nuestro episodio podemos leer una enseñanza de Jesús centrada en tres puntos: la corrección fraterna y el perdón a los hermanos (3-4); el poder de la fe (5-6); y la importancia del servicio humilde (7-10). Inmediatamente después de nuestra narración aparece un fragmento describiendo dos elementos importantes: el primero es la llegada silenciosa del reino de Dios (20-21) y, el segundo nos presenta a Jesús como el *Hijo del Hombre* (22-25).

¡Qué gran parecido presentan estas dos pequeñas secciones! La primera nos explica las grandes actitudes cristiana: el perdón, la fe y la humildad. La segunda nos presenta a Jesús que, como *Hijo del Hombre*, encarna en su vida esas grandes actitudes. El milagro de la curación ocupa el centro del texto (11-19), otorgándonos de ese modo una preciosa enseñanza: la vida cristiana (3-10) es imagen de la vivencia de Jesús (20-25), y para ser auténtica, debe ser misericordia que se convierte en solidaridad y curación (11-19).

2. Lectura del texto (Lc 17,11-19)

Yendo camino de Jerusalén, atravesó Jesús por entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron hacia él diez leprosos que se pararon a lo lejos y le dijeron a gritos:

–¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

Al verlos les dijo:

–Id a presentaros a los sacerdotes.

Mientras iban de camino quedaron limpios. Uno de ellos, notando que estaba curado, se volvió alabando a Dios a voces, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole las gracias; era un samaritano. Jesús le preguntó:

–¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien vuelva para agradecérselo a Dios excepto este extranjero?

Y le dijo:

–Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

3. Elementos del texto

a) El camino entre Samaría y Galilea: *...atravesó Jesús por entre Samaría y Galilea...*

El mapa de Palestina del tiempo de Jesús se componía de tres provincias. Al norte estaba Galilea, la región central aparecía ocupada por Samaría y en el sur se situaba Judea con la capital del país, Jerusalén.

Jesús, juntamente con sus discípulos, ha emprendido un viaje hacia la Ciudad Santa. La ruta más lógica y más rápida para des-

plazarse, implicaba atravesar la provincia central de Samaría. Pero en aquellos tiempos aquella región no podía cruzarse con seguridad. Entre los judíos (habitantes de Judea) y los samaritanos (pobladores de Samaría) existía una enorme rivalidad que provocaba continuos conflictos. ¿De dónde provenía esa rivalidad?

Ambos grupos profesaban religiones distintas: en Galilea y Judea se practicaba el judaísmo, mientras que en Samaría se seguían distintos cultos provenientes de antiguas religiones orientales. En la capital de Samaría existía un pequeño grupo fiel al judaísmo, los samaritanos, pero de tradiciones y concepciones religiosas muy cerradas y distintas a las de los judíos que habitaban Judea. La diferencia en la forma religiosa procedía de una distinción racial. En el año (722 a.C.) los asirios conquistaron Samaría y se llevaron a la población deportada a remotas regiones de su imperio. Con la finalidad de no dejar aquella región despoblada, desplazaron a Samaría otras poblaciones que habitaban antes el territorio asirio.

Además de diferencias religiosas y raciales se daban también contrastes económicos. Samaría era una zona más rica y con más proyección comercial que Judea: carecía de desiertos y gozaba del rico caudal del río Jordán, además de estar estratégicamente situada en la red de comunicaciones. Las diferencias económicas, raciales y religiosas entre estas dos regiones habían dado lugar, en tiempos antiguos, a constantes guerras y conflictos bélicos.

La animadversión que sentían recíprocamente judíos y samaritanos daba lugar a que Samaría no pudiera ser transitada con seguridad. Por eso al desear ir hacia Jerusalén, Jesús se vio en la necesidad de seguir una ruta bastante más larga: bordear la frontera entre Galilea y Samaría, recorrer todo el valle del Jordán y, cruzando Jericó, penetrar en Jerusalén. Un itinerario mucho más largo y accidentado que la simple línea recta entre Galilea y Judea.

b) Diez leprosos: *...vinieron hacia él diez leprosos...*

La lepra es para nosotros una enfermedad provocada por un microbio, el bacilo de Hansen que lentamente va destruyendo el cuerpo. Hoy por hoy, y mediante un buen tratamiento médico, la lepra puede curarse, pero no sucedía lo mismo en el mundo antiguo. Para los hombres del siglo I y, especialmente, para los hebreos, la lepra era algo más que una simple enfermedad física: representaba una maldición de Dios sobre el individuo que la padecía. La lepra y sus consecuencias aparecen comentadas en el libro del *Levítico* y en otros escritos del Antiguo Testamento. Enumeremos, brevemente, lo que significaba la lepra para la mentalidad de los hombres de la época de Cristo:

– La lepra es, en primer lugar, una enfermedad

Habitualmente se daba el nombre de "lepra" a todas aquellas enfermedades que representaban un cambio en el aspecto de la piel del individuo. El libro del *Levítico* (Lv 13) nos describe con detalle sus diversas manifestaciones. Un síntoma común a cualquier tipo de lepra era la aparición de manchas en la piel. También podían padecer lepra las casas (Lv 14,33-53) o los vestidos (Lv 13,47-59). Los textos se refieren al moho que aparece en las viviendas o a la podredumbre que se produce en la ropa vieja.

Como vemos, el concepto de "lepra" utilizado en la época de Cristo englobaba enfermedades de distinta índole. Por una parte, podía ser la misma enfermedad de la lepra en sí misma, tal como hoy la conocemos. Por otra parte, consideraban también como lepra cualquier enfermedad que suscitara cambios en la piel o cualquier lesión en forma de moho que apareciera en casas y vestidos.

– La lepra era una enfermedad
con horribles consecuencias para quien la padecía

La lepra es una enfermedad muy contagiosa. La medicina judía de aquellos tiempos no era preferentemente curativa sino preventiva. Tal vez, los judíos hacían suyo este aforismo: "La mejor manera de curarse de una enfermedad es no contraerla". Por tanto, cuando alguien se contagiaba de la lepra era expulsado enseguida de la ciudad (Lv 13,45ss; Job 2,7s). Vivía con otros leprosos, lo que propiciaba el contagio real de la lepra para todos aquellos que padecían una enfermedad distinta. Se los expulsaba de la práctica del culto, la familia prescindía de él completamente, y quedaba excluido de cualquier ámbito de relación con los demás.

Notemos que los leprosos de nuestra narración permanecen distanciados de Jesús: "...se pararon a lo lejos y le dijeron a gritos...". Estos hombres observan las prescripciones legales y se mantienen alejados del contacto con la gente sana.

– La lepra era una enfermedad
con fuertes connotaciones religiosas.

La dureza y la crueldad con que la lepra se cebaba en las personas, llevó a que fuera considerada como un castigo divino. María –la hermana de Moisés– critica el comportamiento de su hermano, y, como castigo a sus palabras, contrae la lepra. Más tarde, Moisés implora a Dios el perdón para su hermana y la enfermedad desaparece de su cuerpo (Nm 12,9-16). Considerar la lepra como un castigo de Dios suponía para los leprosos una doble y dramática consecuencia:

* Pensaban que era Dios quien los había castigado con aquella enfermedad, debido a algún pecado que ellos –o sus antepasados– habían cometido.
* Al padecer la lepra estaban excluidos de toda relación con los demás judíos. No podían acercarse al Templo para pedir perdón al Señor, ni entrar en una sinagoga para rezar con sus hermanos.

La vida de un leproso estaba encerrada en un círculo vicioso muy cruel: por una parte se sentía castigado por Dios por alguna falta cometida y, a causa de estar excluido de la relación con Dios, no podía acudir al Templo para implorar el perdón del Señor. Su vida era un sufrimiento sin salida y sin cambio posible.

A causa de la connotación religiosa de la lepra, el sacerdote era el encargado de determinar cuándo un leproso estaba curado. En el momento en que un enfermo se daba cuenta que las manchas de su piel habían desaparecido, se presentaba ante el sacerdote para que éste confirmara la desaparición de la enfermedad. Observemos, en nuestro texto, que Jesús manda a los leprosos al sacerdote.

- La única esperanza de curación que podía abrigar un leproso era la pronta llegada del Mesías

La lepra era mucho más que una enfermedad física. Su causa profunda radicaba en el castigo divino, un sufrimiento del que sólo el mismo Dios podía liberar. Los leprosos esperaban la llegada del Mesías y confiaban en que él acabaría con la cruel dolencia. La gente pensaba que el tiempo de la llegada del Mesías se caracterizaría por la desaparición de la lepra. Recordemos, en este sentido, las palabras de Jesús a los discípulos de Juan el Bautista: "...los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios..." (7,22).

c) Relación de los leprosos con Jesús

Los leprosos se sitúan lejos de Jesús y le suplican a gritos su ayuda. Jesús aparece ante ellos como un "maestro" al que le piden "compasión": "¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!" (8,24). Describamos, sucintamente, el significado de cada una de las dos palabras con que los leprosos se dirigen a Jesús:

- Maestro

La palabra "maestro" presenta una significación especial en el tercer evangelio. Es un término propio del evangelio de Lucas. La utiliza Pedro, en el relato de la pesca milagrosa, cuando ha de dirigirse a Jesús: "Maestro, lo hemos intentado durante toda la noche

y no hemos cogido nada; pero, ya que tu lo dices, lanzaré de nuevo las redes" (5,5).

La palabra significa literalmente "líder" o "maestro", en el sentido de aquel que sabe muchas cosas y se halla por encima de los demás, aquel que ha demostrado un gran capacidad en la vida y puede estar por delante de los otros conduciéndolos. Jesús para mucha gente de Palestina tendría este semblante: un modelo de comportamiento moral, alguien que había reunido un buen grupo de discípulos, presentaba un mensaje interesante y tenía cierta fama de milagrero. En definitiva, un buen líder que presenta un mensaje novedoso. Durante los años del siglo I, Palestina estaba llena de personajes que se presentaban como líderes, capaces de hacer prodigios y realizar curaciones. Los leprosos ven en Jesús la imagen de alguno de estos líderes, tal vez capaz de arrancarles la lepra y devolverlos a la vida normal de cualquier judío de su tiempo.

– Compasión

Las voces "misericordia" y "compasión" tienen un significado muy semejante, pero no son del todo idénticas. Recordemos el significado del término misericordia: "la capacidad de entregar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano". La palabra "compasión", se compone de la suma de dos palabras "con" y "pasión" y significa: "sufrir con otro", "tener como mía la pasión, el sufrimiento, de mi hermano".

La diferencia entre estas dos palabras tan semejantes es difícil de precisar; pero una y otra, denotan matices distintos. La palabra "compasión" designa, más bien, el hecho de conmoverse o de enternecerse ante el sufrimiento ajeno. El término compasión se mueve, de manera preferente, en el ámbito de los sentimientos. La palabra misericordia además de contener el sentimiento de "conmoverse" ante la desgracia ajena, implica una acción que permita la humanización de la persona que sufre. El vocablo misericordia añade un matiz al de compasión, no se limita a conmoverse profundamente, sino que proyecta una acción decidida en favor del hermano que sufre.

Los leprosos piden a Jesús compasión. Piden a Jesús que se conmueva, que tenga un sentimiento de pena ante su padecimiento. Tal vez, aquel maestro que pasaba –si se conmovía ante los leprosos– les echara unas monedas, o les lanzara algo de comida con la que poder subsistir algún tiempo más. No esperan de él una acción, la misericordia, que pudiera cambiar sus vidas para siempre. Los leprosos tienen una visión muy lejana de Jesús. Lo contemplan como a un líder más entre tantos como había en Palesti-

na. No esperan que transforme sus vidas, tan solo alguna limosna con que sobrevivir.

Muchas veces, en nuestra vida cristiana, tenemos una percepción lejana de Jesús. Lo admiramos como a un gran maestro o un líder extraordinario. En ocasiones comprendemos el Evangelio tan solo como una excelente doctrina moral. Pero, casi siempre, nos quedamos lejos de ver a Jesús de cerca, de contemplarlo como el único Señor capaz de trasformar de raíz el corazón de nuestra existencia.

d) Reacción de Jesús para con los leprosos

Jesús los envía a los sacerdotes: "Id a presentaros a los sacerdotes". Como decíamos antes, la lepra no era únicamente una enfermedad física, implicaba también una concepción religiosa. Un leproso pensaba para sí mismo que su enfermedad era el castigo por algún pecado cometido, tal vez una falta realizada inadvertidamente.

El sacerdote era el que decidía si la enfermedad había desaparecido, o si aún permanecía. Examinaba la piel del enfermo y observaba si se producía en ella alguna de las manifestaciones descritas en el libro del *Levítico*, como eran las manchas oscuras. Alguna vez la lepra era solo aparente, y en realidad se debía a ciertas enfermedades cutáneas, distintas de la lepra conocida por nosotros hoy. El sacerdote al testificar la curación del enfermo, lo readmitía al culto del Templo. El enfermo, ya restablecido, se incorporaba plenamente a la vida cotidiana del resto de los judíos.

Los leprosos obedecen la orden de Jesús y se dirigen a los sacerdotes. Pero "mientras iban de camino quedaron limpios". Obedeciendo el consejo de Jesús y dirigiéndose a los sacerdotes la lepra ha desaparecido de sus carnes.

Observemos que el texto no nos describe con precisión las características del milagro. Recordemos que estamos en la sección central del Evangelio. Durante esta etapa Jesús va dando enseñanzas a sus discípulos. El texto no nos cuenta principalmente hechos de Jesús, sino que tiende a comentarnos enseñanzas de Jesús. Nuestro fragmento no nos explica cómo se hace un milagro, pretende enseñarnos qué es un milagro y, sobre todo, quién es este Jesús, capaz de realizar acciones que curan.

e) Reacción de los leprosos

Los diez leprosos, por el camino, se dan cuenta de que han sido "purificados" de su dolencia. Obedecer la indicación de Jesús los ha purificado. En aquellos diez hombres tiene lugar una doble reacción. Notemos que de los diez leprosos, nueve siguen su cami-

no hacia el encuentro con los sacerdotes. Solamente uno de ellos regresa donde Jesús para darle las gracias. Analicemos cada una de estas dos actitudes y su reacción ante el prodigio obrado por Jesús.

– El grupo de los nueve leprosos

Nueve de los diez leprosos se dirigen hacia Jerusalén para presentarse ante el sacerdote, a fin de que sea constatada su purificación y se reincorporen a la vida judía con normalidad. Se han dado cuenta de que han sido "purificados". Es decir, han descubierto la posibilidad de volver a la situación en que se encontraban antes de contraer la lepra.

Observemos la utilización en el texto de la palabra "purificar" o "quedar limpio" para referirse a la curación de estos hombres. La purificación, el quedar limpio, supone un cambio externo en la persona; en este caso concreto, la desaparición de las manchas oscuras en la piel. No implica un cambio sustancial y profundo en la vida de nadie.

Estos hombres han percibido que las manchas de su piel han desaparecido. Ya pueden incorporarse de nuevo a su vida cotidiana de antes. Esta curación no implica ninguna novedad radical en su vida anterior, simplemente les permite incorporarse a la vida normal del judaísmo. No debemos pensar que este cambio en los enfermos sea algo de poca monta, es algo muy importante en sus vidas, pero para la "Buena Nueva" del Evangelio no es un cambio suficiente.

Los nueve leprosos "purificados" han visto en Jesús a un gran líder y a un buen maestro, con dotes de mando y conocimientos médicos. Pero no han descubierto en él al Señor, al único capaz de transformar radicalmente su existencia.

– El leproso que vuelve a dar las gracias a Jesús

"Uno de ellos, notando que estaba curado, se volvió alabando a Dios...". Apreciemos las diferencias de vocabulario propuestas por la narración. Cuando se refiere al grupo de nueve leprosos afirma que han sido "purificados"; sin embargo cuando describe al leproso que regresa sostiene que ha sido "curado".

Ambos verbos son de significación semejante, pero presentan matices muy diversos. La acción de purificar indica un cambio externo, como puede ser el producido por la limpieza exterior. La voz curar denota una acción más profunda. La purificación afecta sólo a lo periférico; la curación trasformando en profundidad el interior, provoca un cambio en el aspecto externo de quien ha sido curado.

El AT nos comenta que la capacidad de *purificar* era atributo de los hombres, concretamente era la misión de los sacerdotes (Lv 14). En cambio la acción de *curar* era una actividad propia de Dios. Para el AT, Yahvé es el único capaz de curar verdaderamente: "Si escuchas la voz de Yahvé, tu Dios... no traeré sobre ti ninguna de las plagas que envié a los egipcios, porque yo soy Yahvé, el que te cura" (Éx 15,26). Los hebreos admitían una relación muy próxima entre la enfermedad y el pecado. La curación se convierte así en un símbolo del perdón de Dios, de su misericordia y de su cercanía a la realidad humana (Is 6,10; Sal 30,3; 41,5; 103,3).

Este hombre no se ha limitado a contemplar a Jesús como a un líder o un maestro capaz de *purificar* de la lepra externa. Ha descubierto en Jesús al *Señor* que *cura*, aquel capaz de transformar la vida radicalmente desde dentro.

f) Reacción del leproso curado

El leproso que percibe su curación vuelve de nuevo hacia Jesús. El texto nos describe concisamente la reacción de este hombre. Analicémosla:

– *...se volvió alabando a Dios a voces...*

Este hombre no aprecia en la acción de Jesús el prodigio fantástico de un líder carismático. Contempla en la acción de Jesús la obra de Dios sobre su propia vida. En el AT, Dios era el que curaba; Jesús es la presencia de Dios entre los hombres, por eso Él hace lo mismo que hacía Yahvé en el AT: curar. A los leprosos no les quedaba otra esperanza sino creer que la llegada del Mesías, al final de los tiempos, acabaría con esta enfermedad. Jesús hace desaparecer la lepra, con él ha llegado a Israel el Mesías anhelado.

– *...se echó por tierra a los pies de Jesús...*

Echarse por tierra, prosternarse, es la actitud de los creyentes del AT ante la divinidad. Los profetas y los reyes se inclinan ante la magnificencia divina, adorando la presencia de Dios. El leproso descubre en Jesús la manifestación de Dios, por eso se postra en sentido de adoración.

– *...dándole gracias...*

Dar las gracias a alguien es reconocerle todo el bien que nos ha hecho. Recordemos lo que dice el salmo: "¿Cómo podré dar gracias al Señor por todo el bien que me ha hecho?" (Sal 116,12). El leproso agradece la "curación" que Dios ha obrado en su vida por medio de Jesús. El cambio profundo del leproso no es la desaparición de

la lepra. El cambio profundo radica en haber encontrado en Jesús al único Señor.

g) Características del leproso curado

El evangelista nos dice: "era un samaritano". Tal vez, este hombre, por su procedencia no conociera bien el judaísmo. Por el hecho de ser samaritano era el que menos posibilidades tenía de poder captar en profundidad la esencia personal de Jesús. En cambio, sólo él lo descubre como el salvador que ha trasformado su existencia.

Respecto de los otros nueve, el texto no nos dice que fueran samaritanos; pero afirma que sólo el curado era extranjero. Podemos concluir que los otros nueve serían galileos y por tanto de religión judía. Conocerían mejor el judaísmo y habrían oído decir que la desaparición de la lepra significaría la llegada del Mesías. Pero no son capaces de descubrir en Jesús de Nazaret a nadie más que a un hábil curandero de Galilea.

h) Respuesta de Jesús

Jesús presenta una doble respuesta: una dirigida hacia los nueve leprosos que no ha vuelto y otra referida al enfermo que ha regresado.

* Jesús se admira de que haya sido un extranjero samaritano el que ha regresado. El que menos posibilidades tenía de reconocer a Jesús como su Señor es el único que lo ha descubierto.
* Jesús le dice al leproso que le ha dado las gracias: "Levántate, vete; tu fe te ha salvado". Esta frase aparece muchas veces al final de los milagros de Jesús. Recordemos, por ejemplo, el milagro de la mujer hemorroísa, después de curarla, Jesús le dice: "Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz" (8,48).

Démonos cuenta de que Jesús no dice al leproso: tu fe te ha *purificado*; ni siquiera, tu fe te ha *curado*. Jesús dice mucho más: tu fe te ha *salvado*. La fe indica –en una primera aproximación– la confianza que se pone en Dios. La fe implica plantearse la vida desde la certeza de que estamos en las manos buenas de Dios. Eso es la fe, la confianza y la certeza de que Jesús sostiene nuestra vida y, a partir de esa convicción, nuestra vida genera misericordia para con el prójimo. La salvación no es una simple curación material. Es la liberación de algún peligro que amenaza la radicalidad de nuestra vida. El pecado es lo que amenaza a la totalidad del hombre. La salvación de Jesús nos libera del pecado, de aquello que nos impide descubrir y creer en la certeza del reino de Dios.

4. Síntesis final

El milagro de los diez leprosos nos ha presentado la misericordia de Jesús convertida en curación. Esta narración es muy adecuada para explicarnos tres cosas: la naturaleza de los milagros, el verdadero discipulado cristiano y la naturaleza de la fe.

El verdadero milagro no consiste en la desaparición de la lepra. Para nueve leprosos ha habido una simple purificación de la lepra, pero solamente para uno de ellos se ha producido un milagro. Este leproso mediante el hecho de la desaparición de la lepra, ha descubierto el *signo* de la presencia del Dios liberador. Éste es el verdadero milagro.

El núcleo de la vida cristiana estriba en el encuentro personal con Jesús. Durante la pasión, Pilato preguntó a Jesús: "¿Qué es la verdad?" (Jn 18,38). Jesús no responde a esta pregunta porque la verdad cristiana no es un *qué*, es un *quién*. Jesús es ese alguien, es el "camino, la verdad y la vida" (cf. Jn 14,6).

A veces los cristianos consideramos a Jesús como a un buen maestro o un excelente líder y lo admiramos por su doctrina. El cristiano no es el seguidor de ninguna doctrina, ni de ningún libro ni de ningún *qué*. Los cristianos seguimos a *alguien* vivo entre nosotros. Si nos falta el encuentro personal con Jesús, habremos conocido una excelente moral, pero nos faltará lo más esencial: la amistad íntima con el Dios que nos ama.

La fe es la capacidad de contemplar nuestra vida y el devenir del mundo con los ojos de Dios. Para un creyente cualquier cosa que le sucede en la vida es un milagro, un signo de la presencia cercana de Dios. Acostumbrémonos a ver nuestra vida desde la mirada tierna de Dios y desde la certeza de estar en sus manos. Entre los cristianos, ésta ha de ser la única visión de la vida: la lectura creyente de la realidad.

LECTIO DIVINA
PURIFICACIÓN DE LOS DIEZ LEPROSOS
Lucas 17,11-19

A lo largo de nuestra vida se dan, ciertamente, muchos milagros. Pequeños o grandes signos que nos anuncian la presencia salvadora de Jesús entre nosotros. Al comentar el episodio de la purificación de los diez leprosos intentaremos comprender mejor lo que es un milagro. También nos daremos cuenta de que para descubrir los signos de la presencia de Dios entre nosotros, nos es necesaria la fe. No una fe cualquiera, sino la fe que tiene su confianza puesta en la liberación otorgada por Jesús.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria o una invocación al Espíritu Santo, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1er Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus primeros destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo el pasaje ayudados por las notas de su Biblia. Reflexionamos sobre estas preguntas:

* ¿Por qué se acercan los leprosos a Jesús? ¿Qué le piden?
* ¿Cómo reacciona Jesús ante esta petición?
* ¿Qué hacen los leprosos al ver que han quedado limpios de su enfermedad?

* ¿Qué gestos realiza el leproso samaritano? ¿Nos enseñan algo sobre Jesús?
* ¿Qué revelan las palabras de Jesús dirigidas al leproso samaritano?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2° Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: Nos preguntamos:

* Mira a tu alrededor y contesta: ¿quiénes son en nuestra sociedad actual los "leprosos"? ¿Cómo reaccionamos ante ellos?
* ¿De qué "lepra" necesitas tú ser curado?
* ¿De qué cosas te sientes agradecido? ¿Qué lugar ocupa en tu vida de fe la acción de gracias?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^er^ Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación hecha por el Señor. Deja que brote espontáneamente de tu corazón la acción de gracias.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio o, compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración realizada en común o con un canto apropiado. Podríamos leer también algún Salmo, tal vez el Salmo 40 que es a la vez acción de gracias y petición de auxilio; o el 41, la plegaria de un enfermo abandonado.

¿DÓNDE PUEDO ENCONTRARME CON EL DIOS DE LA MISERICORDIA?

4 PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO
Lucas 10,25-37



Cuando comenzamos a explicar el Evangelio de Lucas dijimos que éste era el evangelio de la misericordia de Dios. Jesús era el salvador de todos y nos salvaba –no desde el poder, o el tener– sino desde la misericordia.

Seguidamente expusimos dos situaciones en las que Jesús salvaba a alguien mediante la misericordia. En la narración de Zaqueo (19,1-10), el amor de Jesús se convertía en perdón. En el milagro de la curación de los leprosos (17,1-11), la misericordia de Jesús se manifestaba en curación y salvación.

Jesús salva desde la misericordia pero, ¿dónde podemos encontrar a este Jesús? Existen en el *Evangelio de Lucas* dos narraciones que nos explican los lugares en los que de una manera más genuina podemos encontrarnos personalmente con el Señor de la misericordia y la ternura. La parábola del *buen samaritano* (10,25-37) nos indica que nos encontramos con Jesús cada vez que nos

acercamos al dolor de los hermanos; la narración de los *discípulos de Emaús* (24,13-35) nos descubre la presencia del Señor cuando celebramos la Eucaristía. Analizaremos en este momento la parábola del *buen samaritano* y dejaremos para más adelante la historia de los *discípulos de Emaús.*

1. Situación de la perícopa en el conjunto del Evangelio

La parábola del *buen samaritano* (10,25-37) se halla colocada en el interior de la narración del viaje de Jesús desde Cafarnaún a Jerusalén. Como la mayoría de fragmentos de esta sección, esta parábola pretende darnos una enseñanza. Quiere ayudarnos a descubrir quién es nuestro prójimo y explicarnos la manera cristiana de comportarnos con él.

La narración va precedida de una discusión entre Jesús y un maestro de la Ley. El maestro, tal vez queriendo lucirse, dirige una pregunta a Jesús: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?". Mediante la parábola, Jesús le recordará que el único camino es la práctica de la misericordia. Si observamos bien nuestra Biblia, veremos que la narración que estamos analizando está rodeada de textos referidos a la oración: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (10,2), la narración de Marta y María (10,38-42), y la presentación del *Padrenuestro* (11,1-4).

La posición de la parábola entre todos estos textos referidos a la plegaria nos da ya una primera lección. Para descubrir la realidad de nuestro prójimo, y ser capaces de ver en él a Jesús que sufre, es necesaria una vida de plegaria. Una vida acostumbrada a ver la realidad de los hombres y de las cosas con los ojos de Dios. El término oración –en la acepción que del mismo realiza la Sagrada Escritura– es un poco más amplio que nuestro concepto de plegaria. Implica, también, el análisis de la realidad, la confrontación, la lectura creyente de los hechos, la denuncia profética, etc.

2. Lectura del texto (Lc 10,25-37)

En esto se levantó un jurista y le preguntó para ponerlo a prueba:

–Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Él le dijo:

–¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo es eso que recitas?

El jurista contestó:

–"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo".

Él le dijo:

–Bien contestado. Haz eso y tendrás vida.

Pero el otro, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:

–Y ¿quién es mi prójimo?

Jesús le contestó:

–Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos, lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino. Al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, sintió misericordia, se acercó a él y le vendó las heridas, echándoles aceite y vino. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente tomó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta".

¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

El letrado contestó:

–El que tuvo misericordia de él.

Jesús le dijo:

–Pues anda, haz tú lo mismo.

3. Elementos del texto

a) Jericó

La ciudad de Jericó estaba situada en una zona fronteriza. Esta ubicación implicaba el acuartelamiento de una guarnición militar relativamente importante, la existencia de un puesto de aduanas, la presencia de un floreciente comercio entre diversos países, la existencia de vías de comunicación para favorecer los intercambios comerciales. Jericó era una ciudad cosmopolita, y bastante secula-

rizada. En este sentido podríamos decir que era –en gran parte– una ciudad de diversión.

b) Los bandidos

El camino que desde Jerusalén conducía a Jericó era –en tiempos de Jesús– muy inseguro. La gran cantidad de pequeñas cuevas existentes en la zona eran un buen refugio para los salteadores. Además, el aspecto desértico y árido de la región hacía de aquella zona un lugar solitario. Por aquella vía pasaban numerosos peregrinos en dirección a la Ciudad Santa, a la vez que era transitada por numerosas caravanas comerciales. Todas estas condiciones favorecían la presencia en los alrededores del camino de bandas de ladrones que asaltaba a los peregrinos y a las caravanas comerciales.

La presencia de asaltantes en los bordes de los caminos no era casual. La gran cantidad de impuestos que los judíos debían pagar al dominador romano, implicaba un continuo empobrecimiento de la población, que repercutía duramente sobre las clases más desheredadas. Muchas personas, habiéndolo perdido todo, no tenían otra alternativa que "echarse al monte y buscarse la vida". De esa manera los caminos de Judea se iban poblando de malhechores. Como decíamos antes, hubo épocas en las que los salteadores estaban en connivencia con el poder romano o con los mismos gobernantes judíos. Eso significa que los gobernadores toleraban los robos a cambio de recibir parte del botín.

Es importante tener en cuenta esta última observación. El mal de nuestro mundo no se debe solamente a causas personales, se debe principalmente a causas estructurales. Si aquellos hombres eran ladrones no se debía a una maldad intrínseca que hubiera en el interior de su persona. El hecho de convertirse en ladrones venía provocado por una situación social fuertemente injusta y el desgobierno de unos dirigentes que buscaban ante todo su propio enriquecimiento.

Los ladrones que asaltan a nuestro hombre tal vez no fueran ladrones por cuenta propia, sino que podrían serlo por cuenta ajena; es decir en connivencia con el poder romano o con los gobernantes judíos. Observemos la dureza del asalto perpetrado por estos bandidos contra el hombre que desciende de Jerusalén a Jericó: "...lo asaltaron, lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto...".

c) El sacerdote

En nuestra Iglesia un sacerdote lo es por vocación. Cuando un joven se siente llamado al sacerdocio, acude al seminario y duran-

te unos años discierne su vocación. Más tarde, si es considerado apto para ese ministerio, recibe la ordenación sacerdotal. En tiempos de Jesús las cosas no sucedían de esta manera. Un hombre era sacerdote no por vocación, sino por nacimiento. Los hombres que nacían en determinadas familias de Judea eran sacerdotes, independientemente de si tenían vocación o no. Los sacerdotes pertenecían a la tribu de Leví, y descendían de la familia de Aarón (1 Cr 24,1). Entre ellos la función de dirección suprema era ocupada por el "sumo sacerdote", descendiente de la familia de Sadoc (Ez 40,46; 1 Cr 24,3).

La función del sacerdote -en general- se reducía a trabajar durante dos semanas al año en el Templo y, a asistir -además- a las funciones más solemnes del culto, especialmente a las celebraciones del tiempo pascual. Durante el resto del año vivían en su pueblo natal trabajando en un oficio concreto. Presentaban la Ley de Dios al pueblo, muchas veces enseñaban las primeras letras a los niños, impartían bendiciones y ejercían una función de docencia y consejo entre las gentes del pueblo.

Para poder participar en la liturgia del Templo de Jerusalén se requería de los sacerdotes un elevado estado de pureza exterior. Por eso, antes de oficiar, los sacerdotes no podían haber tocado sangre ni haber estado en contacto con enfermos, ni mucho menos haber tenido contacto con algún muerto. Debían evitar a toda costa la relación con cosas sucias y con determinados animales; tampoco debían contactar con personas que no conocieran bien de antemano. Mantener un estado exterior de pureza, tan estricto, no era nada fácil. Por eso el Antiguo Testamento (Lv 11-16) y otras leyes especiales vigentes en tiempo de Cristo, establecían complejas normas para salvaguardar el estado de pureza: lavarse continuamente las manos, realizar repetidas abluciones con agua, lavar minuciosamente las ollas y utensilios que se habían utilizado, mantener la mirada en dirección al suelo, etc. Marcos, cita un ejemplo referido a los fariseos (Mc 7,3-4) que ilustra esta situación.

La actitud del sacerdote respecto del hombre malherido, nos la presenta el texto mediante la utilización de dos expresiones: "...al verlo, dio un rodeo y pasó de largo...".

– *Al verlo*

La significación es muy sencilla. El sacerdote "vio con sus ojos", es decir, se dio cuenta perfectamente del estado en que se encontraba aquel hombre malherido.

– *Dio un rodeo y pasó de largo*

Esta actitud es especialmente significativa. Tan significativa que Lucas utiliza un verbo griego muy especial. Este verbo en todo el NT aparece únicamente dos veces, y las dos en la parábola del buen samaritano (10,31.32). Fuera del NT este verbo no aparece en ningún otro escrito de lengua griega. Ese dato nos permite afirmar que el verbo es una creación propia de nuestro evangelista, lo que demuestra, una vez más, su vasta cultura y capacidad literaria.

La palabra que "inventa" Lucas para describir la actitud del sacerdote se compone de tres partes: Un verbo precedido de dos preposiciones. El verbo significa "ir hacia"; o sea, el sacerdote, habiendo visto al hombre asaltado, decide seguir su camino. Pero la forma en que el sacerdote decide continuar nos viene indicada por las dos preposiciones antepuestas al verbo. La primera preposición es "delante de" y la segunda "al lado de". Es decir, el sacerdote se ha dado perfectamente cuenta de la situación del hombre malherido, se ha acercado y lo ha observado por delante y por los lados. Ha constatado bien la situación crítica en que se halla aquel hombre; pero, a pesar de haberlo contemplado yaciendo en el suelo, lo abandona y se marcha.

El sacerdote conocía la Ley y sabía –con toda certeza– lo que es la misericordia. Entonces, ¿por qué abandona a aquel hombre? Seguramente no lo abandonó por malicia moral o por maldad, tampoco lo hizo probablemente por comodidad. Recordemos que el sacerdote para oficiar las funciones sagradas debía encontrase en un estado perfecto de pureza externa. Si aquel sacerdote tocaba al hombre malherido quedaba impuro y no podría oficiar el culto litúrgico. El hombre asaltado era un desconocido, estaba apaleado y medio muerto, seguramente sangraba. Cualquiera de estas causas era suficiente para hacer que el sacerdote evitara, a toda costa, el contacto con el hombre. Si lo tocaba quedaba impuro y no podía oficiar en la liturgia.

Para el sacerdote los preceptos externos de la Ley son más importantes que la práctica del amor y la misericordia.

d) El levita

La figura del levita equivale –más o menos– a la de un sacristán. Eran aquellas personas que ayudaban en los oficios religiosos del Templo de Jerusalén. Sus funciones más características consistían en la organización de los cantos durante las celebraciones, la música, la limpieza, el cuidado del Templo, el mantenimiento del orden, y la asistencia a los sacerdotes en la celebración de los

oficios. El libro de las *Crónicas* es el que mejor nos describe la distribución y oficio de los levitas (1 Cr 23).

Al igual que los sacerdotes, los levitas no lo eran por vocación, sino por nacimiento. Los hombres que nacían en ciertas familias de Palestina eran levitas. En tiempos de Jesús se consideraban levitas todos aquellos descendientes de la tribu de Leví, pero que no procedían de la familia de Aarón ni de Sadoc, familias que daban origen a la clase sacerdotal. Vivían en su pueblo ejerciendo una profesión y ayudaban en los oficios del Templo durante quince días al año y en las fiestas más señaladas. Para participar en el culto del Templo –al igual que los sacerdotes–, era necesario hallarse en estado de pureza externa. Por tanto, para ejercer con dignidad el oficio de levita, no podían haber tocado sangre, ni ninguna otra cosa que fuera sucia o pareciese contaminada.

Cuando el texto de Lucas nos describe la actitud del levita respecto del hombre malherido, utiliza las mismas palabras que para describir la actitud del sacerdote. El levita ha visto la situación del hombre asaltado. Se ha acercado a verlo por delante y por los lados. Ha captado perfectamente la situación de aquel hombre, pero opta por seguir su camino.

¿Qué ha sucedido en el corazón del sacerdote y del levita para que abandonen a aquel hombre junto al camino? La causa no es personal sino que es estructural. Podemos suponer que tanto el sacerdote como el levita eran excelentes personas, pero vivían aferradas al cumplimento externo de la Ley. La sociedad en la que vivían y la forma de vida religiosa que practicaban les había inculcado que era más importante "no tocar sangre" que "practicar la misericordia con el desvalido".

La inteligencia y la razón humana buscan a Dios e intentan discernir el sentido de la vida. La razón busca pero quien encuentra es el corazón. Ciertamente, por su función sacerdotal, aquellas dos personas conocerían por la razón y la inteligencia muy bien al Dios del Antiguo Testamento, pero no lo habían encontrado con el corazón. Solamente aquel que ha encontrado con el corazón a Jesús, es decir, que ha tenido un encuentro personal con Él, es capaz de convertirse en corazón para sus hermanos, capaz de hacer de su vida una imagen de la misericordia y la ternura de Dios.

e) El samaritano

Los samaritanos eran los habitantes de la provincia de Samaría, situada en el centro de Palestina entre Galilea y Judea. Eran considerados por los judíos como gente baja y poco religiosa. Su religión no era exactamente el judaísmo, sino la mezcla de algunas

religiones orientales con el propio judaísmo. Por esa razón conocían poco el Antiguo Testamento y, podríamos decir que, religiosamente, eran muy poco practicantes. La diferencia en el origen racial y en la comprensión religiosa de la vida provocaba frecuentes tensiones y conflictos con los habitantes de Judea. Muchos de ellos se dedicaban al comercio y al transporte de mercancías con otros países, con lo cual tenían contacto con culturas extrañas al judaísmo, lo que hacía aumentar el desprecio que los habitantes de Jerusalén sentían por ellos.

El samaritano también ve al hombre que había sido asaltado. Pero su actitud es radicalmente distinta a la mostrada por el sacerdote y el levita. Al ver al hombre herido siente misericordia. El texto bíblico nos dice que "se le conmovieron las entrañas" ante la presencia de aquel hombre herido. El hecho de "conmoverse las entrañas" no es, en modo alguno, una expresión banal. En el lenguaje bíblico "conmoverse las entrañas" indica lo que le sucede a una madre cuando va a dar a luz a un hijo. Esta acción indica, de una manera externa, todo el amor y entrega que una madre pone en favor de su hijo. El Antiguo Testamento, cuando nos habla de la forma en que Dios ama a los hombres, usa la misma expresión. A Dios también "se le conmueven las entrañas" ante el padecimiento de sus hijos, que son todos los habitantes de nuestra tierra.

La actitud del samaritano ante el dolor del hombre herido, es el mismo sentimiento de Dios frente al sufrimiento de sus criaturas. El samaritano no se limita a tener un simple sentimiento de "lástima" ante el dolor ajeno como observábamos en los otros dos personajes. Él añade una acción en favor de aquel hombre que sufre. Esta acción llenará "la pobreza del corazón de su hermano"; será pura misericordia.

Fijémonos bien en que el samaritano no entrega al hombre herido cosas maravillosas o extraordinarias. Le ayuda, simplemente, con aquellas cosas de las que dispone. Le da algo de lo que él tiene, no de lo que quisiera tener. Ese detalle es muy importante. Muchas veces deseamos practicar la misericordia en favor de nuestro prójimo, pero no nos conformamos con los medios que tenemos. En lugar de ayudarlo con los medios de que disponemos, intentamos ayudarlo con los medios que quisiéramos tener; y eso, casi siempre paraliza nuestro camino hacia la solidaridad.

El samaritano le ayuda con su propia persona "se acerca a su lado". Le aplica una medicina muy sencilla "aceite y vino". Le presta su propio medio de locomoción. Entrega en la posada un dinero que equivale, aproximadamente, al jornal de dos días de trabajo. No lo deja desprotegido, lo cuida y asegura al posadero que a la

vuelta le pagará las posibles deudas. El samaritano no se propone utilizar medios extraordinarios en favor del hombre asaltado, ni pretende resolverle el sentido de su vida. Simplemente le da algo de lo que él tiene para aliviar su sufrimiento.

Lo más importante en el samaritano es la misericordia que siente por aquel hombre herido, "se le conmueven las entrañas". Recordemos que la misericordia es la actitud opuesta a la lástima. Misericordia es la capacidad de dar algo de lo nuestro –o mejor darnos a nosotros mismos– para remediar la pobreza del corazón de nuestros hermanos.

f) El hombre herido

El texto bíblico no nos explica ningún detalle específico de este personaje, simplemente nos dice que era un hombre; un cierto hombre. Pero observemos que el texto nos refiere con detalle la acción de los bandidos: "lo desnudaron, lo molieron a palos dejándolo medio muerto". Al leer ese texto saltan enseguida a nuestra imaginación dos detalles de la pasión de Jesús.

– *El hombre*

En el interrogatorio de Pilato a Jesús (Lc 23,2-7; 13-24) cada vez que los acusadores se dirigen al Señor utilizan la expresión *hombre*: "Hemos encontrado a este *hombre*..." afirman los judíos; "ningún delito encuentro en este *hombre*", les responde Pilato e inquiere "si aquel *hombre* era galileo"; "me habéis presentado a este *hombre*", responde de nuevo el procurador a los sumos sacerdotes y a los magistrados del pueblo. El evangelio de Juan todavía será más significativo en este aspecto. Cuando Pilato ha hecho azotar a Jesús lo presenta al pueblo alborotado y les dice: "Aquí tenéis al *hombre*" (Jn 19,5).

– *Lo desnudaron, lo molieron a palos dejándolo medio muerto*

El evangelio de Lucas nos cuenta la intención de Pilato de dar un escarmiento a Jesús para después dejarlo en libertad (23,16); pero finalmente el procurador romano cede ante la presión de la muchedumbre y entrega a Jesús para ser crucificado (23,25). El texto de Juan, juntamente con los otros dos sinópticos (Mt 27,26-31; Mc 15,15-20), amplía un poco la narración de estos acontecimientos: "Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza... entonces Pilato dijo a la gente: '¡Aquí tenéis al hombre!'" (Jn 19,1-5).

Notemos el paralelismo existente entre el hombre asaltado junto al camino y los sucesos que tienen lugar durante la relación de

Jesús con Pilato. El procurador se dirige a Jesús mediante la palabra *hombre*. Pilato parece no conocer demasiados detalles de Jesús, hasta pregunta si era galileo. El hombre asaltado junto al camino también se nos presenta como un "cierto hombre", el texto no nos refiere su nombre ni nos aporta ningún dato respecto de su vida.

Pilato reconoce continuamente no encontrar ninguna culpa en el hombre que los judíos le presentan para que lo sentencie a muerte: "Ningún delito encuentro en este hombre" (23,4). El hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó no era culpable de ningún delito, era como Jesús, inocente, los bandidos cayeron sobre él y lo maltrataron injustamente.

Jesús y el hombre asaltado reciben un castigo muy semejante. Antes de que un reo fuera entregado al suplicio de la cruz era torturado mediante la flagelación. Se lo desnudaba, se le ataban las manos a un poste y se lo molía a golpes dejándolo medio muerto a fin de que falleciera con prontitud en la cruz. Jesús antes de la pasión es azotado brutalmente. El hombre asaltado junto al camino recibe un trato un tanto semejante al que debió recibir Jesús cuando fue azotado. Fue desnudado, y cubierto de golpes, quedó muy malherido.

El hombre asaltado por los bandidos, en el contexto de la parábola del *buen samaritano*, representa el sufrimiento de cualquier hombre maltratado por la opresión y la injusticia. Pero también es una metáfora de la persona de Jesús, azotado en la columna antes de su crucifixión. El rostro de Jesús torturado, se nos revela en el rostro sufriente de cada persona que nos sale al encuentro en el camino de nuestra vida.

En el evangelio de Lucas Jesús se aparece a sus discípulos y a otras personas (24,13-53). Las apariciones de Jesús son una manera de indicarnos los lugares más genuinos en donde podemos encontrar a Cristo vivo entre nosotros. El Señor sale a nuestro encuentro en la Eucaristía, bellamente descrita en la narración de los *discípulos de Emaús* (24,13-35). Cristo se nos aparece en los pobres y en los que sufren, aparición que se describe –metafóricamente– en la parábola del *buen samaritano*. La Eucaristía y los pobres, uno y otro lugar, son los momentos privilegiados en los que Jesús resucitado se presenta en el camino de nuestra vida.

4. Síntesis final y aplicación a nuestra vida

Un maestro de la Ley era un personaje dedicado a la enseñanza de la Ley judía contenida en la Escritura y transmitida por la tradición oral. Además juzgaba y discernía la mejor manera de aplicar la Ley del Antiguo Testamento a cada circunstancia concreta de la vida. El Antiguo Testamento tiene diversas partes: *Ley, Profetas y Escritos*. Para el mundo judío la parte más destacada era la Ley constituida por los cinco libros del *Pentateuco*: (Gn, Éx, Lv, Nm, Dt). El Pentateuco no contiene únicamente leyes, en él hay muchas secciones de historia, pero el apartado de las leyes constituyen una parte muy sustancial. Además de las leyes contenidas en la Ley escrita, había numerosos preceptos y normas que se transmitían solamente de una manera oral y que sÓlo conocían e interpretaban los maestros de la Ley.

El *Pentateuco* presenta numerosas leyes, por ejemplo Nm 29,7 que nos habla de las ofrendas del día de la expiación. El texto dice: "...ayunaréis y no realizaréis ningún trabajo". Pero podía suceder que realizar un trabajo fuera imprescindible. Era necesario –por ejemplo– caminar; entonces el maestro de la Ley estudiaba la cuestión, y respondía a quien le preguntaba cuántos pasos se podían dar sin cometer pecado durante la fiesta de la expiación.

Eran unos maestros muy eruditos en el conocimiento de la Ley y, a veces, muy diestros para inventar subterfugios que rebajaban la exigencia en el cumplimiento de los preceptos legales. Tendían a conocer bien la Ley pero la practicaban poco. Observemos que este maestro ignora –o hace ver que ignora– saber quién es su prójimo, cuando el AT no se cansa de insistir en la relación privilegiada que debe guardarse en favor de los débiles: "Cuando cosechéis la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el borde del campo... los dejarás para el pobre y el forastero. No oprimirás a tu prójimo. No retendrás el salario del jornalero. No maldecirás a un mudo..." (Lv 19,9-14).

Jesús cuenta la parábola del *buen samaritano* al maestro. Pero fijémonos que después no le pregunta: "¿Quién de estos tres te parece que *ha cumplido la Ley* con este hombre asaltado?". Le pregunta: "¿Cuál de estos tres hombres te parece que *se comportó como prójimo* con el hombre que ha sido asaltado?"

El maestro no responde diciendo que el buen comportamiento lo habría tenido el levita o el sacerdote. Estos dos personajes cumplieron bien la Ley, no tocaron sangre ni entraron en contacto con un desconocido que les hubiera impedido participar en el culto. Pero ninguno de los dos amó al hombre herido, no tuvieron miseri-

cordia de él. El maestro responde que el que contempló al hombre herido como prójimo fue el que trató al herido con amor, con misericordia.

El texto no ha descrito teóricamente la misericordia, ha puesto un ejemplo claro de lo que es actuar con misericordia: cuando el samaritano ve al hombre herido siente misericordia, el texto bíblico nos dice que "se le conmovieron las entrañas", ante la presencia de aquel hombre maltratado. Se acerca a su lado; le venda las heridas echándole aceite y vino; lo monta en su propia cabalgadura; lo lleva a la posada y lo cuida; al día siguiente da dinero al posadero y le pide que lo cuide; y añade: "...cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta".

Jesús le dice al maestro: "Vete y haz tú lo mismo". No le dice: "Ve y aprende lo que has oído", ni tampoco le dice: "Explica a la gente lo que yo te he enseñado". Jesús habla de acción, y acción realizada desde la capacidad de amar: "Vete y haz tú lo mismo". Hábilmente, Jesús ha cambiado la pregunta de su interlocutor. No se ha limitado a responder: ¿quién es mi prójimo?, sino que ha insistido en enseñar ¿qué debo hacer yo para ser prójimo de los demás? El Evangelio no se lee sÓlo para conocer a Jesús, se estudia para seguir a Cristo mejor; el Evangelio no son datos sino vivencia de la misericordia.

LECTIO DIVINA
PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO
Lucas 10,25-37

Introducción: Preparamos nuestro interior

La parábola del *buen samaritano* se halla enmarcada entre otros textos que nos hablan de la oración: la oración de Jesús (Lc 10,21-23) y la narración concerniente a Marta y María (Lc 10,38-41). Una vida de oración es lo único que nos permite descubrir en el rostro de los pobres la presencia sufriente de Jesús. Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor y leemos el fragmento de la oración de Jesús (Lc 10,21-24). Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^er^ Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios a través de él.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia. Reflexionamos sobre las siguientes preguntas:

* ¿En qué situación narra Jesús esta parábola? ¿Qué pregunta le había formulado el maestro de la Ley?
* ¿Cómo reaccionan el sacerdote y el levita ante el hombre herido? ¿Por qué actúan así?
* ¿Cómo reacciona el samaritano? ¿Por qué? Haz una lista de todas las cosas que hace por aquel hombre.
* ¿Qué quiere enseñar Jesús por medio de esta parábola?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad. Nos preguntamos:

* ¿Nos comportamos a veces como el sacerdote o el levita? ¿Por qué lo hacemos?
* ¿Podrías contar alguna experiencia personal en la que te hayas sentido tocado por la compasión como el samaritano?
* Aunque en teoría sabemos de sobra que todos los hombres son nuestros prójimos, ¿de qué personas te cuesta más "hacerte prójimo"?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que el Señor le hace.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración o con un canto apropiado. Podemos elegir algún salmo (Sal 31) o alguna plegaria que conozcamos todos.

5 LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS
Lucas 24,13-35



Hemos comenzado nuestra lectura del evangelio explicando de una manera general el texto de Lucas. Esta "buena nueva" nos presenta a Jesús como el Señor, que actúa en nuestra vida salvándonos mediante la ternura y la misericordia. Hemos contemplado a Jesús ejerciendo el perdón en la narración de Zaqueo (19,1-10) y la curación en el episodio de los leprosos (17,11-19).

Nos hallamos ahora en un tercer momento de nuestro camino. ¿Dónde podemos encontrar en nuestra vida cotidiana a este Jesús que salva mediante la misericordia convertida en perdón y curación? Existen dos lugares en los que el Señor se hace especialmente presente: los pobres y la Eucaristía.

En la parábola del *buen samaritano*, Jesús es el hombre apaleado y herido que yace al borde del camino. Nosotros somos el buen samaritano que, en el camino de su vida, se encuentra con Jesús sufriente. Cuando socorremos a un pobre es al mismo Jesús a

quien prestamos ayuda. En el fragmento del viaje de los *discípulos de Emaús*, somos nosotros quienes recorremos el camino de la vida. Entonces Jesús sale a nuestro encuentro y con su misericordia nos vivifica a la vez que nos confiere nuevos ánimos.

1. Situación de la perícopa en el conjunto del Evangelio

La narración de los *discípulos de Emaús* (24,13-35) se halla ubicada al final del texto evangélico, en los capítulos concernientes a la pasión y Resurrección del Señor. Concretamente en el conjunto de las apariciones de Jesús a sus discípulos (24,13-49).

Jesús es condenado a muerte y crucificado (23,13-49). José de Arimatea, habiendo pedido permiso a Pilato, lo descolgó de la cruz y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde no había sido puesto nadie todavía (cf. 23,50-56). El primer día de la semana, las mujeres van al sepulcro con la intención de embalsamar el cuerpo de Jesús. Observan que la piedra ha sido retirada. Entran en el sepulcro, pero no hallan el cuerpo de Cristo. En aquel momento les salen al encuentro dos hombres vestidos de blanco diciéndoles: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado" (24,6). Las mujeres salen corriendo y anuncian lo que ha sucedido a los *Once* reunidos en el cenáculo. Ellos opinan que esta historia es absurda. De todas maneras Pedro se decide a ir al sepulcro y allí encuentra únicamente el lienzo con que había sido amortajado el Maestro. El apóstol se extraña de lo ocurrido y vuelve a su casa perplejo.

Las palabras dichas por los dos hombres de vestidos refulgentes a las mujeres "(Jesús) no está aquí, ha resucitado" son las palabras más importantes de todo el NT. Si, hipotéticamente, pudiéramos borrar de sus páginas esta revelación, no restaría nada para un creyente. De alguna manera podríamos decir que el NT no es otra cosa sino un comentario a esta experiencia de fe: "(Jesús) no está aquí, ha resucitado". Notemos, además, dos detalles especialmente importantes:

* Las mujeres van al sepulcro, encuentran la losa apartada de la puerta, entran en la sepultura y no encuentran el cuerpo de Jesús. Ninguno de estos datos es suficiente para que crean en la Resurrección del Señor. Tan sólo cuando los dos hombres con vestiduras resplandecientes les anuncian la Resurrección de Cristo, creen en la vida nueva del Señor y corren a anunciarlo a los discípulos.

* Pedro escucha el testimonio de las mujeres pero no le convence. Se levanta y corriendo va al sepulcro donde solo encuentra las vendas por el suelo. Pero no ve el cuerpo de Jesús. El apóstol solamente cree que Cristo vive cuando se le aparece el Señor, es decir cuando Él mismo se le revela: "Era verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón" (24,34).

Los grandes hitos de nuestra fe, la seguridad de que Dios es un Padre bueno, la confianza en el reino de Dios, la certeza de la Resurrección de Jesús... no los conocemos a través de datos puramente objetivos. Los grandes acontecimientos de nuestra fe son hechos de revelación, son la Palabra que el mismo Dios nos comunica. Las grandes verdades de la fe las recibimos en el corazón y las comprendemos con la inteligencia. Pedro y las mujeres creen en la Resurrección de Jesús cuando el mismo Cristo se les ha revelado como el Señor resucitado. Después su inteligencia, capaz de analizar los datos empíricos, es capaz de comprender el sentido de que en la sepultura esté ausente el cuerpo de Jesús y las vendas estén esparcidas por el suelo. Únicamente un corazón humilde y sencillo es capaz de recibir en su seno la revelación del Dios viviente.

Aquel mismo día en que las mujeres y, más tarde, los discípulos, han recibido la revelación del Señor resucitado, acaece la historia de los *discípulos de Emaús*. Leamos esta narración desde una perspectiva concreta: el Señor resucitado sale a nuestro encuentro en el camino de la vida cuando celebramos la Eucaristía.

2. Lectura del texto (Lc 24,13-35)

Aquel mismo día hubo dos discípulos que iban camino de una aldea llamada Emaús, distante sesenta estadios de Jerusalén, y comentaban lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban cegados y no podían reconocerlo. Jesús les dijo:

–¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?

Se detuvieron cariacontecidos, y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

–¿Eres tú el único de paso en Jerusalén que no se ha enterado de lo ocurrido estos días en la ciudad?

Él les preguntó:

–¿De qué?

Contestaron:

–De lo de Jesús Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; de cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron, cuando nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel. Pero, además de todo eso, con hoy son ya tres días que ocurrió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dado un susto: fueron muy de mañana al sepulcro y, no encontrando su cuerpo, volvieron contando incluso que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro, y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo:

–¡Qué torpes sois y qué lentos para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?

Y comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Cerca ya de la aldea donde iban hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le insistieron diciendo:

– Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída.

Él entró para quedarse. Recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Entonces comentaron:

–¿No se enardecía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que decían:

–Era verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

3. Elementos del texto

a) *Aquel mismo día...*

Se refiere al mismo día de la Resurrección del Señor. Recordemos que las mujeres han creído en la Resurrección de Jesús. La objetividad de los hechos no les ha bastado, lo que las ha convertido ha sido la revelación de Dios dada por los dos mensajeros.

b) Jerusalén

Jerusalén, en el conjunto de la Sagrada Escritura, es importante por muchos motivos. En el contexto que estamos analizando, su importancia estriba en ser la ciudad donde ha ocurrido la revelación de la Resurrección de Jesús. Para el evangelio de Lucas es la ciudad en la que acontecen los sucesos más significativos de la vida de Cristo. El tercer evangelio se inicia en Jerusalén, cuando el ángel anuncia a Zacarías el nacimiento de un hijo (1,5-25). El mismo evangelio acaba en Jerusalén con la Resurrección y Ascensión de Jesús (22-24).

La importancia de Jerusalén radica por tanto en su centralidad. De alguna manera podríamos decir que Jerusalén, más que un lugar geográfico, tiene para Lucas una significación simbólica. Es el lugar donde todos (las mujeres que van al sepulcro y Pedro más tarde) reciben la revelación de Cristo resucitado. En Jerusalén las mujeres y los apóstoles descubren el verdadero sentido de la vida de Jesús. Jerusalén representa el *sentido*, la *razón de ser* de la vida humana, el *ámbito* de encuentro con el verdadero Señor. El Antiguo Testamento nos presenta a menudo a la Ciudad Santa como el lugar de gozo al que acudirán todos los pueblos para hallar el sentido y el fundamento de su propia existencia (Is 54-55).

En cambio, los dos discípulos que habían acompañado a Jesús en sus últimos días, abandonan la ciudad. Dejan aquel lugar en el que se ha revelado la Resurrección del Señor y emprenden el triste camino de regreso hacia una aldea llamada Emaús.

c) Emaús

Según nos cuenta el texto, la aldea de Emaús no está muy alejada de Jerusalén. Dista sesenta estadios de la Ciudad Santa, lo que equivale a unos 11 kilómetros. Un estadio corresponde a 185 metros. Debemos notar que Emaús es una aldea de localización incierta. La arqueología no acaba de hallar el lugar donde situarla con toda seguridad sobre el mapa de Palestina. Los arqueólogos nos presentan diversas posibilidades.

Aparece en el libro de los *Macabeos* una ciudad llamada Emaús –que corresponde a la actual Amwas– y dista de Jerusalén 32,5 Km. aproximadamente. Según la opinión del historiador judío Flavio Josefo existe una ciudad llamada Emaús distante 30 Km. de Jerusalén. Finalmente conocemos con el nombre de Emaús otro lugar –situado actualmente en las ruinas de Kubebe– que dista 12 Km. de Jerusalén y, en tiempos posteriores, fue conocido con el nombre de *Castellum Emaus*.

La opinión de los arqueólogos no es unánime, pero una mayoría se inclina por la tercera posibilidad. Emaús sería, pues, una pequeña aldea no muy alejada de Jerusalén. Cuando los soldados romanos se licenciaban, se les daba habitualmente una porción de tierra para que pudieran cultivarla y vivir de ella. Emaús fue una aldea construida para este fin. Allí iban a vivir los soldados romanos licenciados del ejército. Por tanto, aquella pequeña aldea no era de religión judía. Sus habitantes creerían en otros dioses.

Más importante que su localización geográfica es la significación simbólica de la aldea de Emaús. Captaremos su sentido simbólico al contraluz de la significación de Jerusalén. El nombre de la Ciudad Santa aparece continuamente en la Biblia, mientras que el nombre de Emaús se encuentra tan sólo en una ocasión en todo el AT. Jerusalén es una ciudad grande y la capital de un país; Emaús es una aldea de localización incierta. En Jerusalén tienen lugar los sucesos cruciales de la vida de Jesús y una gran mayoría de los hechos fundamentales del AT; la aldea de Emaús no es testigo de ningún acontecimiento clave en la percepción del AT. Jerusalén, con su Templo, es el centro neurálgico de la fe judía; Emaús está poblada de soldados licenciados que seguramente no pertenecen a la religión de Israel.

Jerusalén es símbolo del *sentido*, lugar de la *revelación* del Señor resucitado, de la *gloria* de la presencia de Dios. Emaús es símbolo del *sin sentido*, lugar de la experiencia de *vacío* ante la ausencia de Jesús, de la *tristeza* por el aparente fracaso de la vida.

d) Los dos discípulos van de camino

Los dos discípulos habían compartido con Jesús sus últimos días en Jerusalén, la ciudad del *sentido* y de la *plenitud*. Y como nos cuenta el texto, esperaban que Jesús fuera el liberador de Israel. Pero las cosas no se han desenvuelto como ellos esperaban. Jesús ha sido crucificado y ha muerto en una cruz. Todo ha terminado. Aquellos dos discípulos se desaniman y abandonan la ciudad del *sentido* y se van hacia Emaús la aldea del *sin sentido*. Del sentimiento de *gloria* por la presencia del Mesías esperado, los dos

discípulos han caído en el *desencanto* de ver a su maestro muerto en el patíbulo. Y se marchan... como todos.

Nuestra vida está, como la de los dos discípulos, cargada de contrariedades y de conflictos. Pero lo importante en la vida es caminar, continuar en el camino aunque nos dé la impresión de estar caminando hacia atrás.

El profeta Isaías aduce un texto sorprendente: "Yo soy el Señor... artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz, creador de la desgracia..." (Is 45,6c-7b). ¿Qué significan estas palabras puestas en boca de Dios? No significan en primer término que Dios elabora contra nosotros todo tipo de males; significan algo muy distinto. Tanto si vivimos momentos de luz como si pasamos por un tiempo de tinieblas, tanto si nuestra vida experimenta la paz como si le toca probar la desgracia, allí está la mano de Dios que nos sostiene. Cuando, en el curso de la vida, andamos hacia atrás, también allí está el Señor caminando a nuestro lado.

Los dos discípulos de Emaús caminan hacia atrás, se dirigen hacia Emaús. Su existencia atraviesa la tiniebla y la desgracia, pero Dios no los abandona. Jesús camina hacia atrás juntamente con ellos, para permitirles, en su momento, ver de nuevo la luz. Dios recorre siempre con nosotros el mismo caminar de nuestra vida. Los dos discípulos no saben quién es el viajero que los acompaña. Pero el lector del evangelio, es decir, nosotros mismos, sí sabemos que el acompañante es Jesús. Al ir leyendo, se hacen ciertas aquellas palabras del Señor: "Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy yo" (Mt 18,20). Dios nunca abandona a ninguno de aquellos que Él mismo ha llamado.

e) La presencia de Jesús junto a los dos discípulos

El núcleo de la narración lo constituye la presencia del Señor resucitado junto a los dos discípulos y la manera en que estos, lentamente, reciben la revelación del Señor. Dividiremos el episodio en cuatro apartados.

– Jesús sale a su encuentro

Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban cegados y no podían reconocerlo (24,15b-16). Jesús no les reprende por su desilusión o por su desánimo, sino que les pregunta acerca de la situación que están viviendo. Comienzan a explicar a Jesús los últimos sucesos acaecidos en Jerusalén, pero lo hacen desde la perspectiva de quien no ha llegado a captar la profundidad de los hechos. La expresión "estar cegado" indica precisamente eso: no haber llegado a captar el hondón de la realidad. La inteligencia es la que busca pero el que encuentra es el cora-

zón. Los discípulos han visto a Jesús realizando numerosos prodigios, pero no han llegado a comprender con el corazón el auténtico significado de los acontecimientos. La descripción que aportan de Jesús es puramente externa.

* *Jesús el Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo...* Hay otros lugares del evangelio de Lucas en que la actividad de Jesús es asimilada a la de los profetas: el episodio del hijo de la viuda de Naín (7,16); el momento en que Jesús perdona a la pecadora en casa del fariseo (7,39); etc. Reconocer a Jesús con características proféticas es contemplarlo únicamente en su perspectiva externa. Los discípulos aprecian en Él las manifestaciones exteriores, como son palabras y obras. Pero se han quedado lejos de percibir la profundidad del mensaje salvador de Cristo.

* *...nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel.* En tiempo de Jesús existía la firme convicción de la pronta llegada del Mesías. Frecuentemente aparecían en Palestina personajes que se atribuían a sí mismos las características del Mesías y ofrecían al pueblo una salvación inmediata. Conocemos por la historia a un falso mesías apodado el egipcio. Subió al Monte de los Olivos y mandó derrumbarse a las murallas de Jerusalén, pero continuaron en pie. Otro afirmó su capacidad de detener el curso de las aguas del Jordán, imitando de ese modo la gesta de Josué (Jos 3), pero el cauce del río siguió su curso y las aguas no obedecieron sus órdenes.

A los ojos de aquellos hombres, Jesús habría sido un mesías como tantos otros. Rico en proyectos y utopías pero parco en realidades y nulo en cuanto a resultados.

* *Pero... con hoy son ya tres días que ocurrió esto.* La expresión "tres días" indica la totalidad del tiempo; es decir un plazo agotado y cumplido. Ellos habían confiado en Jesús, se habían entusiasmado con su mensaje y habían admirado sus prodigios. Pero, como otros supuestos mesías, también Jesús ha sido detenido y crucificado. Han pasado ya tres días; es decir, un plazo razonable para olvidarse de las utopías y volver al sin sentido –a Emaús– de la vida cotidiana.

* *Es verdad que algunas mujeres... volvieron contando... que les habían dicho que estaba vivo.* Tampoco les sirve el testimonio de las mujeres que han recibido la revelación del Señor. Recordemos la dureza de la situación femenina durante el siglo I. La mujer estaba completamente subordinada al varón, participaba marginalmente en la vida religiosa del judaísmo,

habitualmente carecía de instrucción y en las ciudades se dedicaba a las tareas del hogar, mientras que en el campo trabajaba duramente en las tareas agrícolas. En consonancia con la situación cultural de su tiempo, los dos discípulos rechazan por principio el testimonio de las mujeres.

Sinteticemos la situación de los discípulos. Han contemplado a Jesús con unos ojos superficiales, no han captado a la persona de Cristo con los ojos de la fe. Por eso sólo han percibido en Él aspectos puramente externos: un profeta poderoso en obras y palabras que fue entregado por los sumos sacerdotes a la crucifixión. La visión únicamente externa de Jesús les ha llevado a la frustración. Vuelven de regreso hacia Emaús. Su esperanza utópica ha fenecido. Hace ya tres días que Jesús está enterrado. Desconfían (cuando no se burlan) del testimonio de las mujeres. Pero en esa cruda situación de desengaño hay un hecho extremadamente importante: Jesús se pone a caminar con ellos, *hacia atrás*, compartiendo de ese modo su pena y su desencanto.

– Jesús les explica la Palabra

Jesús *comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a Él en toda la Escritura.* Al decirnos que les explicó a Moisés y a los Profetas, el texto indica que les comentó el *Pentateuco* y los libros proféticos e históricos. Los cinco primeros libros de la Biblia (Gn, Éx, Lv, Nm, Dt) constituyen el *Pentateuco*. En la época de Jesús se conocían como los libros de Moisés o los libros de la Ley. Contienen los pilares básicos de la religiosidad judía basada en dos puntos fundamentales:

* La liberación de la esclavitud de Egipto descrita a lo largo del libro del Éxodo y, sintetizada en el Credo histórico de Israel (Dt 6,20-24; 26,5-9): "El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte ... y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra...".
* La Alianza del Sinaí, es decir, el pacto sellado entre Dios y su pueblo (Éx 19–24), que podemos concretar en esta sentencia: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo". Esta relación estrecha entre Dios y su pueblo se exteriorizaba, a lo largo del Antiguo Testamento, en dos instituciones: el Templo y la pervivencia de dinastía de David.

Los profetas constatan que la vida de Israel no ha sido otra cosa que un cúmulo de infidelidades contra el Señor. Recuerdan reiteradamente al pueblo dos cosas: la confianza en Yahvé como el único Dios que libera y la necesaria fidelidad a la alianza que Dios selló con su pueblo. Cada profeta establecerá una mediación concreta para permitir al pueblo mantenerse en esas dos vertientes:

Amós hablará de la justicia social, Oseas insistirá en la misericordia, etc.

Al comentarles la Ley y los Profetas, Jesús se fija en un aspecto muy importante: "¿No tenía el Mesías que padecer para entrar en su gloria?" (24,26).

Los dos discípulos esperaban la llegada de un salvador. Pero, al igual que la gente de su tiempo, esperaban un mesías poderoso, deslumbrante y con una capacidad económica esplendorosa. Jesús es el Mesías, el liberador de Israel; pero no actúa con las categorías anheladas por sus contemporáneos. Jesús libera desde la humildad de una vida compartida y hecha servicio en favor de los débiles. El auténtico Señor libera desde el dolor de la cruz. ¿Dónde está prefigurada en el Antiguo Testamento la llegada de un liberador cuya acción salvadora pasaría por el sufrimiento?

La obra del profeta Isaías presenta cuatro largos poemas conocidos con el nombre de *Cantos del Siervo de Yahvé* (Is 42,1-7; 49,1-9a; 50,4-11; 52,13-53,12). El más importante de ellos es el último. Nos habla del Siervo enviado por Dios a la Humanidad. Este siervo no es comprendido por los hombres, sino que padece el desprecio y el escarnio. Es arrancado de la tierra de los vivos y, aunque no había cometido crímenes, es depositado en una sepultura. Pero, se ha mantenido fiel a la voluntad de Dios. Por eso prolongará sus años y su alma verá la luz.

Notemos el paralelismo que se establece entre la vida de este siervo y la de Jesús de Nazaret. Jesús viene en nombre de Dios a anunciar la liberación para todos. No encuentra acogida entre los hombres, sino que padece persecución y muerte de cruz. Pero ha sido fiel en llevar a término la voluntad de Dios. Por eso Dios lo ha resucitado. Mediante su larga explicación, Jesús anuncia a los discípulos que aquella figura del Siervo anunciada en el profeta Isaías se ha cumplido en su persona. Jesús es el auténtico liberador. Quizás no es el liberador poderoso esperado por la gente de su tiempo, pero sí el salvador anunciado en las profecías del Antiguo Testamento.

– Jesús parte el pan

La explicación de la Palabra ha calado en los discípulos. Jesús se queda con ellos. Observemos los detalles de su estancia con los discípulos:

* "Recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció" (24,30). Estas palabras evocan en nuestra mente otros momentos importantes del evangelio.

- Jesús había predicado a una gran multitud. Aquella muchedumbre no tenía qué comer. Entonces Jesús "...tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, los bendijo, los partió y los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente" (cf. 9,16).
- Durante la Última Cena Jesús pronuncia estas palabras: "Cogiendo un pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros..." (cf. 22,19).

Apreciemos la similitud entre estos dos textos y las palabras de la narración de los discípulos de Emaús: tomando pan, lo partió, lo bendijo, y lo repartió. Son palabras muy semejantes a las pronunciadas por el sacerdote en la celebración de la Eucaristía: "Él, ofreciéndose libremente a la pasión, tomó el pan y, diciendo la acción de gracias, lo partió, y lo dio a sus discípulos diciendo..." (Plegaria Eucarística).

* Se les abrieron los ojos (a los discípulos) y lo reconocieron, pero Él desapareció. El proceso de los discípulos para reconocer ha sido largo: primero han reconocido su pesar y su tristeza, después han escuchado la explicación de la Palabra, finalmente han partido el pan con Jesús. Y entonces sucede algo extraño: "se les abrieron los ojos, lo reconocieron, pero Él desapareció".

A lo largo del viaje hacia Emaús los discípulos tenían los ojos abiertos, pero no fueron capaces de reconocer con ellos al Señor. Eran incapaces de contemplar al Señor con los ojos del corazón. Una vez más se hace patente lo que ya decíamos al principio: "La razón busca, pero quien verdaderamente encuentra es el corazón". Fijémonos en la frase pronunciada por los discípulos: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?" (24,32).

Jesús desaparece de su presencia, desaparece de la visión de los ojos puramente humanos y permanece para siempre en el corazón de los discípulos. Las cosas más importantes de la vida se atesoran sólo en el corazón. Jesús deja de ser un simple modelo externo que se debe imitar y se convierte en el eje, en el sentido de la vida de aquellos discípulos. Para el hombre antiguo el órgano corporal más importante era el corazón, en él residía la más genuina esencia humana. Los ojos posibilitaban la percepción externa de las cosas, pero la profundidad, el sentido, radicaba solo en el corazón del hombre. Jesús desaparece de su vista como "el profeta poderoso en obras y en palabras", y se convierte –en su corazón– en el verdadero Señor de la Vida.

– Los discípulos vuelven hacia Jerusalén

Jerusalén simboliza el *sentido* y la plenitud, mientras que Emaús connota el *sin sentido* y el desencanto. Los discípulos iban de camino desde Jerusalén (la *ciudad del sentido*) hacia Emaús (la *aldea del sin sentido*). Jesús les sale al encuentro en el camino de su desesperanza. Entonces los dos hombres le reconocen como al verdadero Señor de su existencia. Ese encuentro implica fuertes consecuencias para sus vidas:

* *Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén* (24,33). El encuentro con Jesús vivo es lo único capaz de otorgar pleno sentido a la existencia humana. "Nos hiciste Señor para Ti", decía S. Agustín. El corazón humano sólo encuentra reposo en el regazo de Dios. Habiendo experimentado a Jesús resucitado, aquellos discípulos abandonan el camino del desencanto y vuelven a recuperar la dirección auténtica de su vida. Por eso se dirigen de nuevo hacia Jerusalén, la ciudad del sentido.

* *...donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros que decían: ...ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.* Los dos discípulos han vuelto a Jerusalén, la ciudad del sentido. Pero no se han dirigido a las murallas ni al Templo. Se han encaminado hacia la Nueva Jerusalén, que es la Iglesia, representada en el texto por los Once reunidos con sus compañeros. Allí comparten la novedad de su vida: la certeza de que el Señor ha resucitado. La Iglesia es la comunidad que se reúne en torno a Jesús resucitado; de esa manera se transforma en el Cuerpo de Cristo entre los hombres.

* Aquellos dos discípulos comienzan a anunciar la gran experiencia transformadora de sus vidas: *Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan* (24,35). Aquel que en su vida se ha sentido transformado por Cristo no le queda otra alternativa que anunciarlo a los cuatro vientos. Aquellos dos discípulos se convierten en misioneros de la Resurrección de Jesús.

4. Síntesis y aplicación a nuestra vida

La narración de los *discípulos de Emaús* es un fiel reflejo de la celebración de la Eucaristía. Comparemos las partes en que se

divide nuestra Eucaristía con las secciones que integran la narración:

– Acto penitencial

Al principio de la Eucaristía reconocemos con humildad nuestras faltas. Observamos las veces que hemos cambiado de dirección en el camino o las ocasiones en las que en lugar de dirigirnos hacia Jerusalén hemos elegido la ruta de Emaús. Cuando reconocemos nuestros pecados no lo hacemos desde la desesperación, los confesamos desde la certeza de que, aunque nuestra vida haya tomado un derrotero equívoco, el Señor ha continuado caminando a nuestro a lado. Jesús resucitado nos otorga el perdón y nos recuerda de nuevo la dirección precisa del camino de la vida.

– Lectura de la Palabra de Dios

La segunda parte de la Eucaristía consiste en la celebración de la Palabra de Dios. Leemos escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero al oír la proclamación de la Palabra, no la percibimos como la narración de acontecimientos pasados. La escuchamos como la voz de Dios que tiene algo concreto que decirnos en nuestra vida. La voz de la Palabra en la Eucaristía nos comunica siempre dos cosas: Cristo es el Señor resucitado y sólo en Él encuentra fundamento nuestra existencia. La Palabra de Dios nos pone en el auténtico camino de la vida cristiana, que no es otro que estar con los pobres y los débiles de nuestra sociedad.

– Liturgia eucarística

Una vez que hemos reconocido nuestras culpas, y hemos escuchado la Palabra de Dios que nos motiva a volver al Señor, celebramos la fracción del pan. Recibimos después, en la comunión, el Cuerpo de Cristo que se hace carne de nuestra carne. Dejamos de percibirlo con los sentidos externos, pero lo experimentamos en la profundidad de nuestro corazón.

– Bendición final y despedida

Propiamente, al final de la Eucaristía no se nos despide, sino que se nos bendice. Se nos invita a anunciar, con la ayuda de Dios, aquello que hemos celebrado: ¡Cristo ha resucitado! La celebración de la Eucaristía motiva a todo cristiano a convertirse en misionero de la presencia viva del Señor. Ése es el sentido de la bendición final.

LECTIO DIVINA
LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS
Lucas 24,13-35

El pasaje de los *discípulos de Emaús* es una catequesis que tiene como objetivo manifestarnos la presencia de Jesús resucitado en la celebración de la Eucaristía. Jesús acompaña siempre nuestra vida, pero se nos hace presente de una manera privilegiada en dos momentos: en el rostro de los pobres (parábola del *buen samaritano*) y en la celebración de la Eucaristía (*discípulos de Emaús*).

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración o invocando la presencia del Espíritu.

1er Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus primeros destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia. En nuestra reflexión podemos ayudarnos de las siguientes preguntas:

* ¿Cómo cambia la situación de los discípulos entre el princio y el final del episodio?
* ¿Qué hace posible esta transformación tan radical?
* ¿Cómo se produce el reconocimiento de Jesus resucitado por parte de los discípulos?

* ¿Qué paralelismos encuentras entre este episodio y la celebración de la Eucaristía?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: Nos preguntamos:

* ¿Cómo te ayuda este pasaje a comprender mejor la celebración de la Eucaristía?
* ¿Son nuestras celebraciones actuales de la Eucaristía verdaderos encuentros con Jesús resucitado?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración o una canción conocida por todos. Sería bueno leer como plegaria un fragmento de la misma perícopa de los discípulos de Emaús. O, tal vez, releer la misma institución de la Eucaristía (22,14-23) y pedir al Señor que nos ayude a vivir con intensidad nuestra celebración dominical.

¿CON QUÉ ACTITUDES PERCIBO AL DIOS DE LA TERNURA?

6 EL FARISEO Y EL PUBLICANO
Lucas 18,9-14



Lucas es el evangelista de la misericordia de Dios. La misericordia se convierte en curación en el milagro de los diez leprosos (17,11-19); y se hace perdón en la perícopa de Zaqueo (19,1-10). ¿Dónde podemos encontrarnos, en nuestra propia vida, con el Señor de la misericordia? Con toda certeza Dios nos habla en cualquier acontecimiento de nuestra existencia por simple y pequeño que sea. Pero Jesús sale al encuentro de nuestra vida en dos momentos privilegiados. Se nos manifiesta en el rostro de los pobres y, en la mirada dolorida de todo ser humano; así nos lo da a entender la parábola del *buen samaritano* (10,25-37). Se presenta en nuestra vida cada vez que celebramos la Eucaristía; así nos lo describe la narración de los *discípulos de Emaús* (24,13-35).

Comenzamos ahora la cuarta parte de nuestra lectura. Vamos a intentar responder a una pregunta: ¿Qué actitudes debemos tener para ser capaces de experimentar la misericordia de Dios

que sale a nuestro encuentro? Jesús aparece continuamente en nuestra vida, pero para percibirlo como el Señor de la misericordia son necesarias dos actitudes: La humildad y la oración.

Para explicar el sentido y significación de lo oración hemos elegido el fragmento del *buen ladrón* (23,39-43). Para comentar la actitud de la humildad leeremos la narración del *fariseo y el publicano* (18,9-14). Comenzaremos por este último episodio y procederemos de la misma manera que en las otras narraciones.

1. Situación de la narración en el conjunto del evangelio

Como hemos comentamos en la introducción, el evangelio se divide en tres grandes bloques. La parábola del *fariseo y el publicano* (18,9-14) está ubicada en la tercera parte del evangelio, en el viaje de Jesús hacia Jerusalén. Durante esta larga travesía Jesús dedica su tiempo principalmente a enseñar a sus discípulos. Les habla de todos los elementos que deben integrar la vida cristiana: La oración, la misericordia, la fe, la humildad, etc. Mediante su Palabra, el Señor intenta modelar la figura del verdadero discípulo.

En esta parábola Jesús pretende inculcar a sus seguidores una enseñanza básica: La humildad es la actitud humana que hace posible experimentar la misericordia de Dios. El publicano es el prototipo de persona humilde que sabe abrir su corazón a Dios y, como consecuencia, recibe del Señor la misericordia convertida en perdón. El fariseo es el modelo del orgulloso, de aquel que es incapaz de abrir su corazón a Dios y por lo tanto impide que la misericordia cale en su vida.

Antes de seguir adelante convendría precisar, sucintamente, el significado del término humildad. Muy a menudo tenemos de la humildad una concepción errónea. Pensamos que ser humilde consiste en tenerse a uno mismo por poca cosa, o considerarse siempre como alguien inferior a los demás. La humildad no es eso, es algo completamente distinto.

La palabra humildad procede de la raíz latina “humus, humilis” que significa “tierra”. Literalmente es humilde quien “tiene los pies en la tierra” o quien “tiene los pies en el suelo”; es decir, aquel que es realista ante la vida. Es humilde aquel que tiene la sana capacidad de verse a sí mismo tal como es, que intenta contemplar a los demás tal como son, y que pretende ver la realidad tal como se presenta.

La humildad, al implicar una actitud realista ante nosotros mismos y ante la vida, es aquello que nos hace capaces de transformar la realidad en la que estamos inmersos. El orgullo –lo contrario a la humildad–, no es otra cosa que la de tener una actitud irreal ante la vida que nos ha tocado vivir. Orgulloso es aquel que se niega a verse a sí mismo y a las cosas como realmente son. Una actitud irreal ante la vida, impide siempre la transformación de la vida misma y de las condiciones de existencia.

La narración que estamos estudiando está inserta en el viaje de Jesús a Jerusalén, pero también se presenta rodeada de toda una serie de episodios que nos permiten dibujar mejor los matices de la humildad.

Un texto largo (17,20-37) nos habla de la pronta llegada del reino de Dios. Aparecen, a continuación, toda una serie de episodios presentando algunos personajes que han rechazado, o aceptado, este reino de Dios. Notemos que los personajes pobres, pecadores y pequeños, aceptan y reciben el mensaje del reino. La mujer viuda (18,1-8) modelo de mujer pobre y desvalida, recibe respuesta a su requerimiento. El publicano (18,9-14), ejemplo palpable de pecador, recibe el perdón de Dios. Los niños (18,15-17), paradigma de personas débiles e indefensas, son los preferidos para entrar en el reino. Todos esos personajes son prototipos de humildad, de capacidad de tener el corazón abierto ante la presencia de Dios.

En cambio aparecen en estos breves episodios algunos personajes con el corazón impermeable a la misericordia de Dios. El fariseo (18,9-14), ejemplo elocuente de persona pagada de sí misma y que no necesita al Dios de la misericordia para nada; el joven rico (18,18-30), la persona con demasiado dinero en el bolsillo para perder el tiempo pensando en la utopía del reino.

Estos episodios nos permiten apuntar mejor el sentido de la humildad presentado en nuestra narración. Por una parte, la humildad es la actitud interior de ser realista ante la situación de uno mismo y de los demás. Estos diversos personajes que rodean nuestro texto, nos hacen ver que la humildad no se limita a una actitud interior, tiene también un rostro visible externamente. Las personalidades humildes de esos pequeños episodios (la viuda, el publicano, los niños) representan a los pobres y a los débiles. Las personas orgullosas (el fariseo, el joven rico) representan a las personas ricas y pagadas de sí mismas. "No podéis servir a Dios y al dinero" (16,13) dice Jesús en el evangelio. La humildad no es sólo una actitud interior de sano realismo; es, además, una actitud exterior que se manifiesta en la clara opción por los pobres y necesitados.

Jesús, en un descanso del viaje a Jerusalén, instruye a sus discípulos acerca de la humildad dándoles una doble enseñanza: La humildad es una actitud interior de realismo, pero que se manifiesta claramente en una vida de austeridad y servicio a los pobres.

2. Lectura del texto (Lc 18,9-14)

A algunos que, pensando estar a bien con Dios, se sentían seguros de sí y despreciaban a los demás, les dirigió esta parábola:

–Dos hombres subieron al Templo a orar. Uno era fariseo y el otro publicano.

El fariseo se plantó y se puso a orar en voz baja de esta manera: "Dios mío, te doy gracias de no ser como los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que gano".

El publicano, en cambio, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; no hacía más que darse golpes en el pecho diciendo: "¡Dios mío!, ten misericordia de este pecador".

Os digo que éste bajó a su casa a bien con Dios y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.

3. Elementos del texto

a) El Templo

La ciudad de Jerusalén estaba presidida por la magnificencia de su Templo, construido en la parte alta de la ciudad. La edificación de tan inmenso edificio pasó por diversas etapas, cada una de ellas muy significativa para la historia del pueblo judío.

El rey David proyectó construir un Templo en honor del Señor, pero fue el mismo Dios quien, por boca del profeta Natán le hizo desistir de tal propósito (2 Sm 7). Fue su hijo, Salomón, quien llevó a término la edificación de la imponente casa de Dios, a la que trasladó el arca de la Alianza (2 Sm 6-8).

La ciudad de Jerusalén y el Templo fueron arrasados por Nabucodonosor en 587 a.C. El pueblo, derrotado, fue conducido al duro destierro de Babilonia. Entre las ruinas del Templo devastado se celebran algunos actos cultuales y días de ayuno, como insinúan los libros de Jeremías y Zacarías (Jr 41,5; Zac 7,1-7; 8,19).

En el año 538 a.C., Ciro *el Grande* conquistó la ciudad de Babilonia y permitió a los judíos deportados regresar a su patria. Allí, se afanaron en la reconstrucción del Templo que, finalmente, fue consagrado en 515 a.C., celebrándose de nuevo la fiesta de la Pascua.

Mucho más tarde Palestina sufrió la opresión de los monarcas helenistas, contra los que se sublevaron los judíos capitaneados por los hermanos Macabeos (167 a.C.). Los reyes invasores habían profanado el Templo del Señor y éste tuvo que ser consagrado otra vez por los judíos en 164 a.C.

El Templo fue reformado en profundidad durante el reinado de Herodes el Grande (37-4 a.C.). Este Templo tan profusamente remozado por Herodes, fue el que contempló Jesús durante su vida pública en Palestina. La magnificencia de este nuevo Templo fue efímera. Su reconstrucción finalizó en el 64 d.C. y en el año 70 d.C. el general romano Tito conquistó Jerusalén y arrasó el Templo hasta sus cimientos.

El Templo de Jerusalén representaba, de una manera objetiva y tangible, la presencia de Dios en medio de su pueblo. La estructura de tan imponente edificio era bastante compleja. La parte más importante era el *Sancta Sanctorum*, lo que diríamos la parte "más santa" del Templo. En tiempos antiguos este recinto había albergado el Arca de la Alianza, pero al ser arrasado el Templo por Nabucodonosor (587 a.C.), el Arca fue también destruida. En tiempos de Jesús el *Sancta Sanctorum* estaba vacío. Una vez al año penetraba en su interior el sumo sacerdote y, con voz temblorosa, pronunciaba el nombre de Dios.

Las demás dependencias del Templo estaban dispuestas en torno al *Sancta Sanctorum*. Delante de él se situaba el altar de los sacrificios y el altar del perfume. En esos dos altares los judíos ofrecían sacrificios y ofrendas al Señor para implorar su perdón o pedir su misericordia. El área alrededor del Templo estaba dividida en varios atrios: de los sacerdotes, de los hombres y de las mujeres. Todo estaba precedido por el atrio de los gentiles, que estaba rodeado de un pórtico. Finalmente, se disponían alrededor del edificio todo un conjunto de comercios en los que podía adquirirse cualquiera de los elementos precisos para el culto.

El Templo estaba dirigido por el sumo sacerdote asistido por los miembros de la familia sacerdotal. Los sacerdotes, agrupados

en diversos turnos, eran los encargados de celebrar el culto. Los levitas ayudaban en las prácticas cultuales, y se preocupaban de mantener en orden las diversas funciones del Templo: música, cantos, limpieza, orden público, etc. Un grupo religioso judío, los saduceos, estaba vinculado de manera preferente con la institución del Templo. Sus miembros pertenecían a las familias más nobles y acaudaladas de Jerusalén. Generalmente, el sumo sacerdote pertenecía a alguna familia saducea. El fuerte poder económico de los saduceos hacía que tuvieran escaso interés en modificar las difíciles condiciones sociales y económicas de Palestina. Era un grupo tendente a mantener inalterable el orden social establecido. Y como disfrutaban de una vida tan próspera y acomodada en esta tierra, ponían en duda la existencia de una vida futura.

De todo lo que podríamos decir acerca del Templo lo más crucial es su significación para la religión israelita. El Templo representaba el centro del judaísmo, el punto de mira hacia el que dirigía la vista cualquier creyente de la religión de Moisés.

La centralidad del Templo radicaba en que representaba, de un modo visible, la presencia misma de Dios en medio de su pueblo. Por eso era el lugar en que, más genuinamente, se celebraba la liturgia del Señor. Cada día se ofrecían holocaustos y sacrificios a Yahvé, se realizaba la oración cotidiana y se quemaba incienso. Tres veces al año acudían los judíos en peregrinación a la Casa del Señor. El acto cultual más significativo era la fiesta de la Pascua; en ella los judíos recordaban la memorable ocasión en que Dios los liberó de la esclavitud de Egipto con mano poderosa y brazo extendido. También era el Templo lugar de instrucción y catequesis para los fieles judíos.

Cuando el fariseo y el publicano van a orar al Templo, no van a encontrarse con Dios en un lugar cualquiera. Presentan al Señor su plegaria en el mismo ámbito de la presencia divina, en el lugar más sagrado del judaísmo. Su plegaria ante el Señor tiene la connotación de que quiere ser una oración realizada muy cerca de la presencia misma de Dios. Atendiendo a la estructura del edificio, los dos hombres se hallarían –probablemente– en el *atrio de los hombres*. Lugar al que únicamente tenían acceso los varones israelitas mayores de edad.

b) El fariseo

En el ambiente de la Palestina judía del siglo I había una corriente de pensamiento religioso muy importante: la Apocalíptica. Implicaba una determinada visión creyente de la realidad, que estaba en la base del pensamiento de todos los grupos religiosos

de la época. ¿Qué es el pensamiento apocalíptico? Intentemos explicarlo brevemente.

Las condiciones de vida en Israel durante el siglo I eran bastante difíciles (la dominación romana, la presión de los impuestos, las enfermedades incurables, la miseria, etc.). La situación generaba desesperación entre las gentes, que no veían salida a su estado de vida. Aquellos hombres quizás se hicieran esta reflexión: "Hemos intentado cambiar la realidad, pero no lo hemos conseguido. Nuestra capacidad humana para transformar la situación es insuficiente". Y, tal vez, llegarían a esta conclusión: "Sólo una intervención de Dios es capaz de variar el orden actual de las cosas".

Llegados a esta conclusión se harían esa pregunta: "Si solamente Dios puede cambiar la realidad, entonces ¿por qué no actúa de una vez y cambia las cosas?". Y se darían a sí mismos esta respuesta: "Dios no actúa porque nosotros no se lo pedimos con suficiente intensidad. Comencemos a realizar toda una serie de actividades cultuales y ascéticas para atraer la atención de Dios y convencerle, para que envíe un salvador (el Mesías) e instaure su reino (el reino de Dios)".

La Apocalíptica es aquella corriente religiosa que contempla la realidad humana como algo completamente corrompido. Solamente una directa intervención de Dios puede transformar a la humanidad. Los adeptos al pensamiento apocalíptico pensaban que debían convencer a Dios mediante una vida de dura ascética, para que se dignara intervenir enviando un salvador e instaurando su reino. Ellos mismos se creían personas especiales, los únicos capaces de influir en el ánimo de Dios y convencerlo para una actuación inmediata y definitiva.

Los fariseos constituían un grupo religioso importante en la época de Cristo, su espiritualidad se movía en el marco de la corriente apocalíptica. Ellos observaban la corrupción galopante de la sociedad. No veían ninguna salida a no ser una intervención directa de Dios en la historia humana. Los fariseos intentaban convencer a Dios para que mandara un redentor. Lo hacían con un método particular: el cumplimiento estricto y escrupuloso de las normas legales.

La Ley básica de Israel se halla expresada en los *Mandamientos* (Éx 20,2-27; Dt 5,6-21) y en los demás códigos legislativos del AT: Código de la Alianza (Éx 21-23); Código deuteronómico (Dt 12-26); Ley de Santidad (Lv 17-26). Pero no quedaba otra alternativa que la de ir adaptando los preceptos legales a las nuevas situaciones de la vida. Por eso le Ley de Israel, relativamente breve, se fue ampliando y ampliando, hasta abarcar todos los ámbitos de la

vida. El cuerpo de leyes, en tiempos de Cristo había alcanzado proporciones enormes.

Conocer con detalle un cuerpo legal tan amplio, no era tarea fácil. Los fariseos eran auténticos expertos en el conocimiento de estas normas, y aprendían a aplicarlas hábilmente a cada situación. Entre toda esta maraña de leyes diversas, los fariseos eran especialmente escrupulosos en el cumplimiento de tres:

* La observancia meticulosa del sábado: En ese día no se podía realizar trabajo alguno y, por ejemplo, estaba prohibido encender fuego y caminar más allá de la distancia de un tiro de piedra.
* La ley de pureza en los alimentos y en las relaciones con las personas y cosas: no debían tener ningún contacto con personas desconocidas, tampoco podían tocar sangre y, estaban obligados a lavarse continuamente las manos –así como ollas y pucheros– para purificarse del posible contacto con cosas impuras.
* El pago escrupuloso de los diezmos en todos aquellos artículos que mandaba la Ley: Estaban obligados a entregar el diezmo hasta en cosas muy nimias, como son, a modo de ejemplo, la hierbabuena y otras especias aromáticas.

Además de estos tres preceptos fundamentales, añadían otras buenas acciones realizadas espontáneamente, como el ayuno del lunes y del jueves, y diversas obras de caridad. Las obras de bien debían igualar delante de Dios a las posibles faltas cometidas. La obsesión por el cumplimiento preciso de los pormenores de Ley, daba lugar a que los fariseos se *separaran* del resto de la gente. Precisamente ése es el significado de la palabra fariseo = *separado*. Los fariseos no eran personas malas. Tenían una buena intención: conseguir mediante las obras ascéticas la pronta intervención de Dios. Entonces ¿cuáles son los puntos débiles de la espiritualidad farisea? Básicamente, son tres:

* La vida espiritual de un fariseo tiende a ser preferentemente externa: Guardar el sábado, pagar los diezmos, lavarse continuamente las manos.
* Conseguir llevar a cabo todas las acciones externas que se proponía un fariseo, era tarea ardua. No todo el mundo disponía del tiempo suficiente para escudriñar los entresijos de la Ley, ni del suficiente nivel de vida para realizar actividades ascéticas tan complejas. Los fariseos se creían superiores a los demás y despreciaban al resto de la población, a la que tenían por inculta e impía.

* La negación de la propia responsabilidad. Los fariseos observaban la miseria de la vida cotidiana, pero hacían poca cosa para remediarla. La pobreza y la opresión de un pueblo no son producto de la casualidad, sino que son el resultado de la injusticia. Los fariseos no se esforzaban excesivamente por eliminarla, le pedían a Dios que interviniera y que Él pusiera remedio al dolor de los hombres. En definitiva, era una espiritualidad que se evadía de la realidad del sufrimiento humano, y ponía la solución sólo en la intervención divina. No se daban cuenta de que Dios interviene en la salvación del mundo mediante el ejercicio de la misericordia, ejercida por las mismas personas que Él ha creado.

c) El publicano

La Palestina que conoció Jesús estaba sometida al dominio romano. El Imperio Romano respetó generalmente las costumbres judías, pero exigía el pago de unos impuestos muy elevados. Los altos impuestos cobrados por Roma sumían al país en una situación de pobreza. Una parte de la población se hallaba sometida a esclavitud con la finalidad de satisfacer las deudas. No es extraño que los hombres empobrecidos, antes de caer en la esclavitud, intentaran vivir del bandidaje.

Los publicanos eran los encargados de cobrar los impuestos. Trabajaban en una oficina llamada *telonio* desde la que controlaban la cobranza de las tasas. Además de cobrar los impuestos prescritos, los publicanos habitualmente exigían a la gente más de lo debido con la finalidad de enriquecerse a sí mismos. Contaban con el respaldo militar, con el que podían extorsionar a las gentes. El deudor insolvente y su familia eran vendidos como esclavos y así satisfacían la deuda.

El pueblo aborrecía a los publicanos por su actitud casi siempre injusta. Eran considerados colaboracionistas del poder romano y opresores del pueblo. Se los expulsaba de los ambientes judíos y de la relación con el culto. No les estaba permitido participar en la liturgia sinagogal, ni en las fiestas religiosas de la fe israelita.

Un publicano era pecador por triple motivo: por una parte, extorsionaba al pueblo cobrando impuestos excesivos, y practicaba la injusticia sometiendo a la población insolvente a la esclavitud. Por otra parte, era un colaboracionista del poder romano, con lo que ayudaba a la continua erosión y decaimiento de la fe judía. Finalmente los fariseos los acusaban de algo muy grave: gracias al cobro de impuestos realizado por los publicanos se mantenía firme el poder romano en Palestina. La presencia de una potencia extranjera en la tierra de Israel provocaba –según los fariseos–,

que a los ojos de Dios el país judío apareciera como un lugar impuro. Y por eso Dios retrasaba el envío de un Mesías y la instauración de su reino.

El pueblo sencillo odiaba a los publicanos por su injusticia. Los gobernantes y nacionalistas judíos los despreciaban por su colaboracionismo con Roma. Las personas religiosas, los fariseos, los consideraban pecadores porque su actitud impedía la llegada inminente del reino de Dios. Los publicanos se enriquecían con el dinero que usurpaban, pero también experimentaban el odio de todos, y percibían la distancia que los separaba de la bondad de Dios. A los publicanos no les quedaba otra alternativa que relacionarse con personas de su condición, gentes a las que los dirigentes judíos consideraban también pecadores y despreciables. Observemos que en el evangelio de Lucas los publicanos y los pecadores son citados conjuntamente (5,30; 7,34; 15,1).

c) Actitud del fariseo

Tanto el fariseo como el publicano se dirigen al Templo a orar. En ese apartado no analizaremos directamente la oración, sino que nos fijaremos en la actitud de humildad u orgullo de cada uno de los personajes. La oración y su genuino significado, la comentaremos al describir la narración del *buen ladrón* (23,39-43).

El fariseo se pone de pie ante la presencia de Dios y comienza a orar en voz baja. La actitud de su plegaria se caracteriza por su autosuficiencia y se dirige en dos direcciones: hacer notar las faltas de los demás y destacar las obras de piedad externa que el mismo realiza.

– Autosuficiencia

"Dios mío, te doy gracias por no ser como los demás...". Esta afirmación refleja un orgullo muy refinado, podríamos parafrasearla diciendo: "Dios mío, te doy gracias porque yo mismo, sin necesitarte a ti para nada, y únicamente con mi esfuerzo ascético personal, he conseguido llegar a ser lo que soy". Nos recuerda lo que decía, al comienzo, nuestra perícopa: "A algunos que, pensando estar a bien con Dios, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás..." (18,9). Fariseo es aquella persona que ha llegado a ser perfecta exteriormente, pero no se ha convertido interiormente, que se ha pasado la vida luchando por la perfección, sin buscar el deseo de la santidad.

– Las faltas de los demás

La autosuficiencia engendra el orgullo e impide la humildad. La conversión no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino que nace del

corazón abierto a la fuerza de Dios. El orgullo del fariseo le hace incapaz de mirarse a sí mismo y descubrir su propio pecado. Humilde es aquella persona realista que, mirándose a sí misma, es capaz de discernir aquello de lo que debe convertirse y aquello en lo cual ha de aceptarse. El fariseo no penetra en su propio interior. Contempla a los otros como competidores en el camino de la perfección; y los desprecia porque son ladrones, adúlteros e injustos. Bien pagado de sí mismo, desprecia al publicano: "...ni tampoco como ese recaudador".

– Destaca las obras externas de piedad

En lo concerniente a su espiritualidad personal expresa únicamente dos acciones externas que, por otra parte, no son las más importantes en la vivencia religiosa: "ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que gano". Este hombre cumple bien, y con escrupulosidad, los pormenores de la Ley. ¿Dónde queda, en la vida de este fariseo, el esfuerzo por la misericordia y el trabajo por la justicia?

El fariseo es incapaz de mirarse interiormente y contemplarse a los ojos de Dios. Es incapaz de discernir en sí mismo aquello de lo que debe corregirse y comprender aquello en lo que debe aceptarse. Lucha por la perfección pero su corazón está cerrado a la misericordia de Dios. Él, con su sola fuerza, piensa que ha logrado la perfección y desprecia a los imperfectos.

d) Actitud del publicano

Las palabras y acciones del publicano son más escuetas pero más elocuentes que las del fariseo.

– *...se quedó a cierta distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; no hacía más que darse golpes en el pecho...*

Se muestra, en sus gestos, consciente de su culpabilidad personal. Darse golpes de pecho denotaba el sentido de responsabilidad ante el mal causado. No atreverse a levantar los ojos, indica que aquel hombre se toma en serio a Dios. Sabe que Dios le mira y le observa. Dios ha visto las injusticias que como recaudador, quizás, haya cometido entre las gentes de su pueblo. El publicano no rehuye su responsabilidad personal frente a la situación de dolor que el sistema impositivo ha generado en todo Israel.

– *¡Dios mío!*

La traducción de los textos bíblicos nunca es fácil. Algunas versiones nos ponen las palabras del publicano entre signos de admiración (¡Dios mío!), mientras que no los utilizan al referirse al fari-

seo (Dios mío). Los signos ortográficos de admiración matizan mucho el sentido y la fuerza de las palabras. Cuando el fariseo dice "Dios mío" su expresión parece rutinaria y sin dar a Dios la importancia debida. Al decir el publicano "¡Dios mío!", lo que hace es dar un fuerte grito. Un grito no es rutinario, implica que la situación nos impone respeto. El publicano siente respeto y miedo ante Dios, sabe que Dios no permanece indiferente ante el mal que causamos culpablemente los hombres.

– *...ten misericordia de este pecador*

El publicano observa el interior de su vida y se descubre como pecador. Seguramente al abrir su corazón a su propia mirada descubre un pecado muy profundo: el cobro de impuestos desorbitados, el uso de la fuerza para extorsionar al débil. La situación de país conquistado sufrida por los judíos, soportaba la injusticia de los publicanos. Las leyes humanas justificaban el proceder de los recaudadores, pero el publicano sabe que su proceder ante Dios no tiene justificación alguna.

A lo largo de su oración ha hecho lo único realmente importante: abrir su corazón. Darse cuenta de aquellas cosas de su vida necesitadas de conversión. Pide a Dios lo único capaz de cambiar radicalmente su existencia, que no es otra cosa sino la misma misericordia de Dios. Al igual que Zaqueo el publicano, nuestro personaje no puede por sí solo romper el círculo vicioso en que se encuentra; necesita abrir su corazón a Dios y que Él intervenga.

e) Respuesta de Jesús

"El publicano volvió a su casa a bien con Dios, y el fariseo no". Con estas palabras responde Jesús al auditorio que al comienzo lo había increpado. Seguidamente Jesús, utilizando un proverbio, da razón de su respuesta: "Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille será ensalzado".

Nadie que no esté dispuesto a abrir el corazón a Dios puede recibir su misericordia. La gracia de Dios no suple la responsabilidad humana. Dios siempre está a nuestro lado dispuesto a derramar su misericordia en nuestra vida, pero de nosotros depende abrir confiadamente nuestro corazón a su Palabra. Eso significa "el que se humilla será ensalzado", el que abre su vida sinceramente ante Dios, recibe su perdón, y el perdón posibilita la vivencia de una existencia convertida. La expresión "el que se ensalza será humillado" denota a aquella persona que vive cerrada, tanto en sí misma como respecto de Dios. En ese caso la misericordia y el perdón de Dios no pueden alcanzar el hondón de su vida, no

experimenta el perdón de Dios y como consecuencia no puede convertirse; su vida siempre es una vida disminuida.

4. Síntesis final

El Señor de la misericordia sale al encuentro de nuestra vida en dos momentos especialmente importantes: cuando celebramos la Eucaristía y cuando nos encontramos con el rostro sufriente de los pobres. Para poder percibir a Jesús en esos dos momentos cruciales es necesario contemplar la realidad con los ojos del corazón: la humildad y la plegaria. Únicamente un corazón humilde y orante, descubre la presencia del Señor entre los pobres y en el seno de la comunidad cristiana.

La parábola del fariseo y el publicano pretende enseñarnos la naturaleza de la humildad cristiana. La humildad es la virtud de ser realista ante la vida que nos ha tocado vivir. Humilde es aquel que tiene los pies en el suelo. Humilde es aquel que mirándose a sí mismo se ve tal cual es, que contempla a los demás tal como son, y que intenta observar el mundo como realmente se presenta. Ciertamente la humildad es la virtud interior de ser realista ante la vida, pero no se limita a eso. La humildad de nuestra vida solamente crece y se desarrolla cuando estamos en contacto con los pobres y débiles de nuestro mundo. Ellos nos hacen tener los pies en el suelo y ser realistas ante la vida.

La verdadera humildad es lo único que permite el crecimiento personal. Cuando la persona humilde contempla la interioridad de su vida descubre siempre dos cosas: aquellas cosas de las cuales debe convertirse y aquellas cosas en las cuales debe aceptarse. En definitiva ser humilde es ser sabio. Es ver aquello en que me he de aceptar y aquello en que debo convertirme. Cuando nos hemos dado cuenta de eso, nuestro corazón está ya abierto a Dios y presto a participar de su ternura. María es el modelo de humildad ante el Señor. Ella, mejor que nadie, nos ha mostrado la realidad de un corazón abierto ante Dios. Un corazón humilde, pobre y sabio, las entrañas en las que el Todopoderoso ha engendrado su ternura.

Lo opuesto a la humildad es el orgullo. Ser orgulloso es sinónimo de ser necio. Implica tomar una actitud irreal ente la vida, y pasar toda la existencia sin llegar a conocerse ni a sí mismo ni a los demás. Y esto, tristemente, cierra nuestro corazón a la llamada del Dios de la misericordia.

LECTIO DIVINA
EL FARISEO Y EL PUBLICANO
Lucas18,9-14

Humilde es aquel que "tiene los pies en el suelo", el que es realista y además vive su vida como una experiencia de entrega en favor de los pobres. Solo el corazón humilde percibe la bondad de Dios. En esta reflexión revisemos nuestra actitud humilde frente a nosotros mismos, ante los demás y en la presencia de Dios.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor mediante una plegaria. Podríamos comenzar leyendo un fragmento del Eclesiástico (32,14-24).

1er Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Observamos los matices de la oración de cada personaje, apreciamos la forma como se dirigen a Dios. En nuestra reflexión pueden ayudarnos las siguientes preguntas:

* En esta parábola se contrasta la oración de dos personajes. ¿Quiénes son?
* Señala dos actitudes que caractericen la oración del fariseo.
* ¿Cómo es la oración del publicano?

* ¿Quién de los dos está abierto a la misericordia? ¿Por qué?
* En este contexto, ¿qué significa el v. 14: "el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado"?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio. Conviene fijarse en la actitud de humildad del publicano y en el orgullo del fariseo. Discernir claramente lo que es la humildad. Ver las consecuencias que se derivan del orgullo y de la humildad. Podemos preguntarnos:

* Según lo que hemos visto en esta parábola, ¿Qué significa ser humilde?
* ¿Qué actitud puedo favorecer en mi vida para ir creciendo en la auténtica humildad?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: Una persona lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

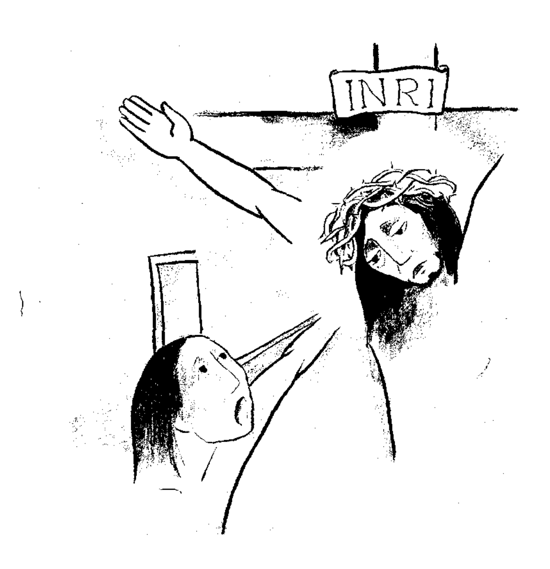
b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común. Podríamos rezar el "Magníficat" como oración que refleja la humildad de María (1,46-55). Con esta plegaria le pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso propuesto.

7 EL BUEN LADRÓN
Lucas 23,32-47



Para experimentar en plenitud al Señor de la misericordia son necesarias dos actitudes: la humildad y la oración. Al analizar la perícopa del fariseo y el publicano (18,9-14) comentamos la primera. Ahora describiendo la narración del "buen ladrón" (23,32-47) intentaremos discernir el genuino sentido de la oración cristiana. Seguiremos el método que hasta ahora hemos utilizado y propondremos una lectura del texto en grupo.

1. Situación de la narración en el conjunto del Evangelio

Nuestra narración se sitúa en la tercera gran sección del evangelio: La Pasión y Resurrección de Jesús (19,29-25,53). Jesús

comenzó su ministerio en Galilea. Después, durante el largo viaje a Jerusalén, comunicó a sus discípulos los secretos del reino. Ahora, en la Ciudad Santa, Jesús llevará a término, en su propia persona, todas aquellas cosas que enseñó a los discípulos en el camino. Los relatos de la Pasión del Señor más que leídos deben ser meditados. La narración de la crucifixión y muerte de Cristo adquieren, en el tercer evangelio, algunas connotaciones especiales.

Quizá lo más característico de Lucas sea que, a diferencia de los otros evangelios, no insiste tanto en los detalles externos del sufrimiento sino que se centra preferentemente en la explicación de la Pasión interiorizada de Jesús. Lucas describe con maestría el drama interno de la Pasión de Cristo.

Algunos detalles externos no aparecen en la narración de Lucas: no habla de la flagelación de Jesús; tampoco refiere el abrazo de Judas, se conforma con decirnos que el discípulo se acercó al Señor. Lucas describe con profundidad la lucha terrible que durante la pasión se desarrolla entre Jesús y las fuerzas del mal. Jesús vence en esta batalla final porque "aguanta en la prueba", y aguanta en la prueba porque se "sabe sostenido por Dios".

La referencia a la perseverancia aparece en otras ocasiones en el evangelio. Jesús anuncia a sus discípulos que también ellos serán perseguidos y les dice: "Todos os odiarán por causa mía, pero no perderéis ni un pelo de vuestra cabeza; con vuestro aguante conseguiréis la vida" (21,19).

Jesús no "aguanta" porque sí; aguanta porque hay un Dios que lo sostiene en la prueba. La primera vez que Jesús toma la palabra en el evangelio de Lucas es para decirles a José y María: "¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?" (2,49). La última vez en la que Jesús –antes de su muerte– habla, es para decir: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (23,46).

Toda la vida de Jesús se halla enmarcada entre estas dos ocasiones en las que se dirige a Dios como Padre. La vida de Jesús es la manifestación cierta de que Dios es un Padre de infinita ternura y misericordia. Su vida refleja la verdadera naturaleza de Dios, el Padre de la misericordia. Manifestar lo verdaderamente propio de Dios no ha sido para Jesús una tarea fácil. Ha padecido mucho durante el tiempo de su predicación y mucho más durante su Pasión. Pero ha "aguantado" con perseverancia, porque cree en un Dios Padre lleno de misericordia que sostiene y guía su vida. Eso será lo que le otorgará la victoria final. "Ha resucitado" será la gran noticia que comunicarán los dos hombres con vestidos refulgentes a las mujeres que acuden al sepulcro (24,6).

Con esa certeza en la paternidad de Dios, Jesús durante la pasión es el mártir que muestra una fuerza de alma y una bondad capaces de transformar incluso a sus verdugos y a quienes lo condenan: Pilato lo proclama inocente en tres ocasiones (23,4.14.22), así como las mujeres y el pueblo (23,27-28), el buen ladrón (23,41), el centurión romano (23,47) ...

En el interior del drama de la Pasión se halla el episodio de nuestro estudio. El texto nos presenta el extenso fragmento de la crucifixión y muerte de Jesús (23,32-46), en el interior del cual y, dividida en dos partes, aparece la historia del *buen ladrón* (23,32-33; 39-43). Nos describe la última acción de Jesús en favor de los débiles; vierte su misericordia convertida en esperanza, en el corazón del buen ladrón a quien promete el Paraíso.

En la sinagoga de Nazaret, Jesús presenta su programa de actuación afirmando que en su tarea contará con la presencia del Espíritu: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor" (4,18-19).

Después de los acontecimientos de la sinagoga, aparece la narración del primer milagro. El Señor cura a un hombre poseído por el diablo (4,31-37). Jesús vierte su misericordia, convertida en curación, en el corazón de aquel endemoniado. En el último acto de su vida –justo antes de su muerte– Jesús derrama su misericordia en el *buen ladrón* descubriéndole el sentido de su existencia.

La vida de Jesús no es otra cosa sino el despliegue y la manifestación de la misericordia de Dios entre los hombres: el primer acto es un milagro y el último la misericordia con el *buen ladrón*. La ternura de Jesús se sostiene en la certeza de hallarse envuelto en las manos buenas de Dios Padre: sus primeras palabras ante sus padres son para referirse a Dios como Padre, en su último grito pone su espíritu en manos del Padre.

La narración de la crucifixión y muerte del Señor lleva a plenitud la descripción de los dos grandes ejes del evangelio. Dios es un Padre de ternura y misericordia, y Jesús es el Señor a través de quien descubrimos la paternidad y la misericordia de Dios. Dentro de ese relato, se halla la breve narración del *buen ladrón*. Nos enseña la manera con la que podemos relacionarnos con ese Dios. La forma auténtica de relación con el Señor es la plegaria. Pero, notémoslo bien, una plegaria que no es una evasión, sino que brota de una triple experiencia: la confianza, la gratuidad y el sufri-

miento. Ésas son las tres características de la oración del *buen ladrón.*

2. Lectura del texto (Lc 23,32-47)

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", los crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús decía:

–Padre, perdónalos porque no saben lo que se hacen.

Se repartieron sus ropas echando suertes.

El pueblo lo presenciaba. Los jefes, por su parte, comentaban con sorna:

–A otros ha salvado; que se salve a él si es el Mesías de Dios, el Elegido.

También los soldados se acercaban para burlarse de él y le ofrecían vinagre diciendo:

–Si eres tú el Rey de los judíos, ¡sálvate!

Además tenía puesto encima un letrero: "Éste es el rey de los judíos".

Uno de los malhechores crucificados lo escarnecía diciendo:

–¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti y a nosotros!

Pero el otro lo increpó:

–¿Ni siquiera tú, sufriendo la misma pena, tienes temor de Dios? Y la nuestra es justa, nos dan nuestro merecido; en cambio, este no ha hecho nada malo.

Y añadió:

–Jesús, acuérdate de mí cuando vuelvas como rey.

Jesús le respondió:

–Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Era ya eso de mediodía cuando se oscureció el sol, y toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. La cortina del santuario se rasgó por medio. Jesús gritó muy fuerte:

–Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y dicho esto expiró.

Viendo lo que sucedía, el centurión confesó:

–Realmente, este hombre era justo.

3. Elementos del texto

a) La Crucifixión

Morir en la cruz era un suplicio extremadamente duro. Los romanos condenaban a ese tipo de muerte a los encausados por motivos políticos y a todos aquellos a quienes deseaban dar un castigo ejemplar. En el caso de Jesús hay una sentencia del Sanedrín que le condena a muerte (Mt 26,66; Mc 14,64; cf. Lc 22,66-71). Pero el Consejo judío decide trasladar el caso a la jurisdicción romana, acusándolo de perturbador político y de rebelión contra el Imperio (23,1-2). Posiblemente los judíos pensaran que los simples cargos religiosos contra Jesús (el llamarse Hijo de Dios), no tendrían peso suficiente ante el Prefecto romano. De ese modo es Poncio Pilato quien entrega a Jesús para ser crucificado (23,24-25).

El tercer evangelio no nos describe la flagelación de Jesús, pero era habitual azotar brutalmente al reo antes de ser crucificado. La tortura causada por los azotes era muy cruel. El látigo estaba formado por tiras de cuero que sostenían en su extremo bolitas de plomo o pequeños huesecillos. Los golpes arrancaban materialmente la piel y la carne. Una vez flagelado, el reo tomaba sobre sus espaldas el travesaño horizontal de la cruz y se encaminaba hacia el Calvario (en arameo *Gólgota*). El que iba a ser crucificado, durante su camino hacia el Calvario, llevaba colgada del cuello una tablilla donde se hacía constar la causa de la condena.

El Gólgota era una roca de unos cinco metros de altura, que por la forma de su perfil recordaba vagamente la silueta de una cabeza. Era una zona situada fuera de la ciudad, donde existían los restos de antiguas canteras, y muy próxima a la muralla. Enfrente, a unos cuarenta metros de distancia, otra porción de roca se había aprovechado para hacer unas tumbas excavadas.

Una vez llegado al Gólgota el reo era crucificado. Los clavos, habiéndole perforado la parte posterior de las muñecas, se clavaban en el travesaño horizontal. Después era elevado y se clavaba en el poste vertical que aguantaba el peso del ajusticiado. Los pies –también clavados a la cruz– se sostenían apoyados sobre un trozo de madera, el cual permitía al condenado no asfixiarse y así se alargaba el suplicio. En la cima del palo vertical se clavaba la tablilla en la que constaba el motivo de condena. En el caso de Jesús decía: "Éste es el rey de los judíos" (23,38). Algunas veces para acelerar la muerte de los condenados se les quebraban las piernas con lo que fallecían por asfixia, o se les daba una lanzada en el costado como golpe definitivo.

Había dos costumbres de origen judío que habitualmente solían cumplimentarse con los ajusticiados. La primera consistía en proporcionar al reo una mezcla de vino y mirra destinada a adormecerlo y, de esa forma, mitigar sus dolores. La segunda permitía colocar un paño alrededor de la cintura para cubrir sus genitales. A la primera se refieren los evangelios (Mt 27,34; Mc 15,23). La segunda no se menciona pero cabe suponer que fuera también cumplida. Jesús –como el resto de condenados– habría sido desnudado y sus ropas repartidas entre el piquete apostado al pie de la cruz.

b) *Y dicho esto, expiró*

Hemos presentado en el apartado anterior las características externas de un proceso de crucifixión. Ahora vamos a analizar el sentido de la Pasión y muerte de Jesús. No podemos describir toda la Pasión. Nos ceñiremos al breve fragmento que estamos analizando (23,32-47).

– *Padre, perdónalos porque no saben lo que se hacen*

La acción de Jesús a lo largo del evangelio es una muestra constante de la misericordia de Dios. Su primer gesto consiste en la curación de un endemoniado (4,31-37); su penúltimo gesto es el perdón otorgado a sus ejecutores. Recodemos que el perdón es una de las más genuinas manifestaciones de la misericordia de Dios, así nos lo enseñaba la narración de Zaqueo (19,1-10).

– Las referencias al Antiguo Testamento

Si tenemos la paciencia de observar con detenimiento, en nuestra Biblia, la narración de la Pasión, observaremos que está plagada de referencias a la Antigua Alianza. Efectivamente, en Jesús llegan a su cumplimiento las promesas. Observemos algunas de estas alusiones a la Antigua Ley:

– *Se repartieron sus ropas echando suertes*

Cuando un reo era ejecutado en la cruz, el piquete de guardia apostado junto al patíbulo, solía repartirse las ropas del ejecutado. Durante la crucifixión de Jesús sucedió lo mismo. Pero Lucas, para describirnos este hecho, cita textualmente el fragmento de un salmo (22,19). El Salmo 22 comienza con las conocidas palabras "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (palabras que Mateo y Marcos ponen en labios de Jesús en el momento de su muerte Mt 27,46; Mc 15,34).

Este Salmo nos describe la situación de un justo que se siente abandonado y acorralado por todos. En su desesperación pide a

Dios su ayuda y le promete que hablará ante sus hermanos para comunicarles la grandeza de Dios. Lucas nota que este salmo alcanza su plenitud en la persona de Cristo. Él es el prototipo de hombre justo que se encuentra acorralado por todos. Los guardias se reparten sus ropas (23,34) como hicieron con el justo de nuestro Salmo (Sal 22,19). Jesús será resucitado por Dios Padre y comunicará, mediante las apariciones a los discípulos, las maravillas de Dios (24); al igual que el hombre justo del salterio, se proponía anunciar los prodigios divinos ante la gran asamblea (Sal 22,24-31).

– *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*

Son las últimas palabras de Jesús; en ellas se dirige confiadamente al Padre. La vida de Jesús ha sido la historia de saber que su vida esta custodiada en la buenas manos de Dios Padre. Pero nuestro evangelista, una vez más, para explicarnos esa seguridad echa mano de un texto del AT (Sal 31,6).

El Salmo 31 nos describe la historia de un justo que se siente perseguido y se acoge en el regazo de Dios "A Ti, Señor, me acojo" (31,1). Durante su oración, el hombre perseguido comenta los motivos de su angustia, pero continuamente afirma sentirse en manos de Dios "Pero yo confío en Ti, Señor" (31,15), "en tu mano están mis azares" (31,16). El drama interno de Jesús crucificado se describe muy bien mediante este Salmo. En el padecimiento de Cristo se cumplen las expectativas del Salmo. Jesús es el modelo de justo condenado que deposita su vida en las buenas manos de Dios.

– La misericordia con el buen ladrón,
y la conversión del centurión romano

El último acto de la vida de Jesús consiste en derramar la misericordia en el corazón del buen ladrón e incorporarlo a su reino. La muerte de Jesús suscita la conversión del centurión. Viendo la muerte de Jesús aquel hombre exclama "Verdaderamente este hombre era justo". La muerte de Jesús es la síntesis de lo que ha sido su vida: un esfuerzo de sembrar misericordia para suscitar el seguimiento.

c) *Los crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda*

La fe, si no representa el todo en la vida, no significa nada en la existencia humana. Ante Jesús sólo cabe la aceptación plena o el rechazo. Cada uno de los ladrones crucificados a su lado representan una actitud contrapuesta. Describamos la actitud de cada uno de ellos.

– El ladrón que insultaba a Jesús

Al pie de la cruz los soldados y los jefes del pueblo se burlaban de Jesús. La misma actitud muestra el ladrón que lo insulta. Oigamos sus palabras: "¿No eres tú el Mesías? Pues sálvate a ti y a nosotros". Tanto este malhechor como los jefes del pueblo tenían una idea distorsionada de la figura del Mesías. Todos esperaban la llegada del Mesías, el Salvador de Israel. Todos creían que este liberador sería alguien deslumbrante que, con un poder espectacular, traería la salvación al pueblo judío.

Nadie podía pensar que el hombre clavado en la cruz entre dos delincuentes fuera el Mesías ansiosamente anhelado por todos. Y Jesús es el Mesías. Aquel que nos salva, no desde el poder de las armas, sino desde el sufrimiento de la muerte. Aquel que nos libera, no desde la apariencia deslumbrante, sino a partir del escándalo de la cruz.

Este malhechor busca en la persona de Jesús una salvación particular: "Sálvate a ti mismo y a nosotros". No le interesa demasiado la salvación de todo Israel; desea un Mesías hecho a su medida y para su propia salvación. ¿Cuántas veces en nuestra vida no hemos buscado un Dios particular, hecho a la medida de nuestro deseo? Tampoco se preocupa por especificar las razones que lo han llevado a la cruz. Es el otro malhechor quien se lo recuerda: "Lo nuestro es justo", le dirá su compañero de patíbulo.

Este ladrón muere en la cruz a causa de sus fechorías. Pero es incapaz de darse cuenta de que lo que está padeciendo se debe a una condena por sus maldades. Recordemos que quien no se mira a sí mismo, quien no es realista ante la situación que le acontece no es humilde ante la vida. Ese hombre es el prototipo de persona orgullosa (como el publicano), incapaz de ver las faltas que hay en su vida y pedir perdón por ellas. La incapacidad de penetrar en su interior, le impide descubrir la identidad de Aquel que está crucificado a su lado. Aprecia en Jesús a un personaje que, como tantos otros, se ha identificado con el Mesías. Por eso participa con actitud de sorna en la burla de los soldados y jefes del pueblo.

Notemos lo más importante: aunque este malhechor sea completamente inconsciente de ello, Jesús está muriendo por él en la cruz, a su lado. Cristo ha recorrido su vida predicando el reino y anunciando que Dios es un Padre Bueno. Esa predicación de Jesús iba dirigida, especialmente, a los débiles, a los pobres, a los que sufren. Este ladrón sufre en la cruz y, tal vez, se lanzó al bandidaje porque era el único camino que le quedaba en la vida. El mensaje de Jesús estaba pensado privilegiadamente para él. No ha podido experimentarlo ni captarlo. Pero no por eso Jesús ha deja-

do de padecer en la cruz para inaugurar un reino en el que el mal desaparezca y en el que este ladrón pueda ser alguien feliz.

– El buen ladrón

Como él mismo reconoce, sufre en la cruz a causa de sus propias culpas. Ante la situación que está padeciendo se hace una pregunta sensata: "¿cuál es mi responsabilidad?" Esta pregunta denota la adopción de una actitud humilde, la actitud de ser realista ante los avatares de la vida. No echa la culpa de su situación a una segunda persona; él mismo asume en sí mismo la propia responsabilidad de su miseria.

Al ser capaz de verse a sí mismo tal como es, nace la posibilidad de comprender a los demás como realmente son. En el corazón del *buen ladrón* aparece la capacidad de ver a Jesús y a Dios como son verdaderamente. Afirma respecto de Jesús: "Éste no ha hecho nada malo". Cuando todos están burlándose de Cristo, sólo él –el prototipo de hombre humilde–, reconoce la auténtica realidad de Jesús: "No ha hecho nada malo".

Si lo pensamos de una manera objetiva, ¿qué mal había hecho Jesús? Pilato lo declara por tres veces inocente (23,4.14.22). Solamente "el Senado del pueblo, los sumos sacerdotes y los letrados" (22,66) presentan ante Pilato acusaciones. Jesús no ha hecho nada malo. Su vida ha sido una denuncia constante contra todos aquellos que, desde su condición de poder, hacen el mal; y por eso estos mismos lo han condenado a muerte. El *buen ladrón* ha sido humilde, se ha mirado a sí mismo; eso le ha abierto los ojos para comprender la realidad del otro, la realidad de Jesús que muere a su lado.

Una vez que el ladrón ha percibido la verdadera realidad de Jesús, surge en él una segunda actitud: el temor de Dios. "¿Ni siquiera tú, sufriendo la misma pena, tienes temor de Dios?". Detengámonos un momento a pensar: ¿Qué es el temor de Dios?

Al comienzo del evangelio, el ángel de Dios se dirige a Zacarías, a María y a los pastores, con una expresión muy semejante: "No temas" (1,13.30; 2,10). La Virgen nos dirá en el *Magníficat*: "...y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen" (1,50). Jesús, al dirigirse a Simón, le dice: "No temas. Desde ahora serás pescador de hombres" (5,10).

En el sentido manifestado por estos textos, el temor de Dios no coincide con el sentimiento de pánico ante la presencia divina. El temor de Dios significa el ámbito en el que es posible percibir la misericordia de Dios. Una persona temerosa de Dios, es aquella que se sabe en el regazo de Dios, y desde la certeza de sentirse en Dios puede apercibirse de su ternura.

El *buen ladrón* está padeciendo el cruel suplicio de la cruz. Allí, en medio del dolor, ha sido capaz de mirarse a sí mismo y con humildad reconocer los motivos de su crucifixión. La humildad lo ha llevado a descubrir la naturaleza de Jesús: "Éste no ha hecho nada malo". Del reconocimiento de Jesús nacerá el temor de Dios, la certeza de sentirse en el regazo de Dios. Y, finalmente, desde el temor de Dios brotará la auténtica plegaria: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey".

d) *Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey*

En la cima del Calvario ocurre una única realidad: Jesús entrega su vida por todos los hombres. Tanto para los buenos como para los malos, tanto para aquellos que le escarnecen como para los que le admiran y aprecian. El anuncio del reino y la victoria sobre la muerte es un anuncio para todos los hombres; tanto para los que conocieron a Jesús en Palestina como para nosotros que vivimos hoy. Jesús entrega su vida para la salvación de la Humanidad, pero solamente una persona ha sido consciente de este acontecimiento: el *buen ladrón*.

En este apartado nos detendremos en explicar la naturaleza de la oración. La humildad y la plegaria son los ojos del corazón. Las condiciones necesarias para experimentar la salvación que Dios nos otorga a través de su ternura. ¿Qué es rezar? Para explicarlo viajaremos hasta el Antiguo Testamento y distinguiremos dos tipos distintos de religiosidad: la religiosidad mítica y la bíblica.

– La religiosidad mítica

El hombre antiguo habitaba un mundo especialmente hostil. Las constantes guerras, las enfermedades y las catástrofes naturales, diezmaban la población. Ante la situación de impotencia, nacen en el corazón humano los sentimientos de la angustia y el miedo. El hombre, asustado, comienza a pedir ayuda a sus hermanos para poder subsistir ante las situaciones hostiles. Los otros hombres también sienten miedo y se ven incapaces de ayudar a su prójimo. Les viene justo aguantar su propio miedo y sobrevivir en condiciones tan difíciles.

El hombre, cansado de pedir ayuda a los demás y de no encontrarla, decide levantar los ojos al cielo. Y allí descubre cosas grandes y majestuosas: el Sol, la Luna, los planetas, las nubes. Piensa que tal vez ellos podrían ayudarle a vivir sin miedo, y comienza a llamarlos "dioses". Luego inventa un culto, toda una serie de ritos dirigidos a convencer a estos seres, que él denomina "dioses", para que le ayuden a sobrevivir entre los miedos de su vida.

Las cosas no son tan simples ni tan sencillas, pero la religiosidad mítica responde –más o menos– a los parámetros que acabamos de describir: el hombre sufre, tiene miedo, no ve manera posible de subsistir. Con el miedo constante, se inventa la existencia de un dios que lo consuele; y luego, mediante toda una serie de gestos que denominamos "culto", intenta convencer a ese dios para que le ayude.

– La religiosidad bíblica

El libro del Éxodo nos presenta al pueblo de Israel sometido a una dura esclavitud en Egipto. El Señor, con la intención de liberarlos, se aparece a Moisés y le dice: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra sus opresores, me he fijado en su sufrimiento. Y he bajado a liberarlos de los egipcios..." (Éx 3,7-8). Yahvé envía a Moisés ante el Faraón para liberar a Israel. Al final dice el Señor a Moisés para confortarlo en su empresa: "Yo estoy contigo, y esta es la señal de que Yo te envío: 'que cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta montaña'" (Éx 3,12).

Detallemos los pasos del proceso de fe descrito en Éxodo. El pueblo sufre la esclavitud; antes de que Israel lo pida expresamente, Dios mismo ha oído sus quejidos y le ha mandado un liberador. Moisés los liberará –con la fuerza de Dios– de la dura servidumbre. Dios dará al pueblo –sin que él aún pueda imaginárselo– la Tierra Prometida. Finalmente, la nación liberada subirá sobre la montaña a dar gracias a Dios por la liberación y la tierra recibida.

¡Qué diferencia entre la experiencia religiosa mítica y la bíblica! En la primera el dolor humano lleva a la mente humana a inventarse la existencia de un dios; y después los mismos hombres mediante el culto piden a este dios que los libere del miedo a vivir. En la religiosidad bíblica el hombre también experimenta el dolor y el miedo. Pero en esas mismas condiciones, su experiencia religiosa es distinta. Es Dios quien se ha adelantado a ofrecerle la liberación: ¡Dios nos ha amado primero!

El hombre bíblico se siente liberado por Dios. Su culto ya no es todo un conjunto de ritos complejos encaminados a convencer a Dios para que intervenga en la historia humana. Dios ya ha intervenido liberándolo. El culto del hombre liberado siempre es un culto de acción de gracias, por la acción salvadora que Dios ha realizado en su vida. La oración del hombre libre siempre es, en el fondo, acción de gracias. El hombre liberado se sabe siempre en las buenas manos de Dios. Tiene la certeza de que cualquier cosa que pida a Dios, si le conviene para su liberación, Dios mismo ya se la ha concedido antes de pedírsela.

Volvamos de nuevo a la escena del Calvario. Allí hay dos ladrones padeciendo la dureza de la cruz. Igual que los israelitas en Egipto, lanzan sus gritos de dolor. Pero, incluso antes de que ellos gritaran, Dios ya les había respondido. Jesús muere en la cruz y, sin que ellos lo sepan, inaugura el reino de Dios, la nueva Tierra Prometida.

El *buen ladrón* pide a Jesús: "Acuérdate de mí cuando vengas como rey". Jesús le responde: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Antes de que el ladrón lo pida, Jesús ya ha construido el nuevo reino. En el fondo de la plegaria del malhechor hay una raíz de acción de gracias. Jesús, habiéndolo amado primero, ha inaugurado el reino en el que el *buen ladrón* pide participar.

Veamos ahora brevemente las características de la oración del *buen ladrón.*

– Sufrimiento

El sufrimiento y el dolor constituyen uno de los misterios más importantes de la vida. No porque carezcan de explicación, sino porque son momentos privilegiados en los que Dios nos habla. Durante el exilio en Babilonia (587-538 a.C.) el pueblo hebreo pasó por uno de los momentos más duros de su historia. Pero fue solo allí donde se encontró con la auténtica naturaleza divina. Descubrió a Dios como creador y liberador, tal como nos narra el profeta Isaías (Is 40-55).

El *buen ladrón* desde la experiencia de su sufrimiento, obtiene la *herencia eterna.* El joven rico también pide a Jesús la *herencia eterna* (18,18-23), pero le da miedo pasar el trago de la "cruz" y por eso, se marcha cabizbajo.

– Confianza y gratuidad

El *buen ladrón* pone su vida en manos de Jesús: "Acuérdate de mí cuando vengas como rey". Una petición muy breve que condensa de forma excelente la opción cristiana. Toda su vida queda en manos de Jesús con total gratuidad. ¡Qué distinta es la "solicitud" de los hermanos Zebedeos!: "Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda" (Mc 10,35-40). Una petición que desconoce la naturaleza de Jesús y es, por demás, interesada.

e) La persona de Jesús

La divinidad de Dios se aprecia a través de la humanidad de Jesús. Sólo en la cruz vemos el auténtico rostro de Dios. Un Dios que ha llevado su amor hasta el extremo de entregar su vida por amor. La plegaria del *buen ladrón* se dirige al auténtico rostro de

Dios. Veamos algunos aspectos del rostro de Dios manifestados en el Jesús doliente en la cruz. Observémoslo mediante lo que dicen de Jesús los espectadores de la Pasión:

– *Este no ha hecho nada malo*

Esta frase nos recuerda, por contraposición, otro fragmento del evangelio, la narración del joven rico (18,18-23): "Uno de los principales le preguntó: 'Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?'. Le dijo Jesús: '¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios'".

El *buen ladrón* ha descubierto al único que es bueno, al que no ha hecho nada malo: Jesús. Y desde el sufrimiento de la cruz y desde el dolor de haberlo perdido todo, le pide lo único importante: estar con Él en el Paraíso. El joven rico también pedía la *herencia eterna* pero sin pasar por la cruz. Un cristiano tiene como objetivo la *herencia eterna*, pero sabe muy bien que esa opción pasa por tomar la cruz de cada día y seguir a Cristo hasta el final.

– *Éste es el rey de los judíos*

Hemos comentado ya varias veces el sentido mesiánico de la vida de Jesús. Él es el Mesías prometido a Israel que liberó a su pueblo no con el poder, sino con el servicio que lo llevó a la cruz. Jesús reina desde una cruz. En Jesús crucificado sufren todos los hombres que a lo largo de la Historia han padecido. Esta realeza de Jesús desde la cruz inspirará al Apostól Pablo a describirnos vivamente el proceso del Señor (Flp 2,6-11).

– *La cortina del santuario se rasgó*

En la dependencia más sagrada del Templo había una cortina que ejercía una función simbólica. Separaba el espacio del Templo del resto del mundo. De esa manera el universo estaba dividido en dos espacios distintos: el espacio sagrado y el espacio profano. Con la muerte de Jesús esta cortina se rasga de arriba abajo. Cristo ha liberado toda la realidad humana. Ya no hay un espacio sagrado y un espacio profano enfrentados entre sí. Con Jesús todo ha sido liberado, ha comenzado el reino de Dios para todos.

4. Síntesis final

La narración del *fariseo y el publicano* (18,9-14) juntamente con el relato del *buen ladrón* (23,32-46), nos describen las dos actitudes necesarias para experimentar conscientemente al Dios

de la misericordia: la humildad y la plegaria. Ambos escritos son complementarios. De la humildad brota la oración, y la plegaria lleva a una vida humilde en manos de Dios.

La crucifixión y el episodio del *buen ladrón* constituyen el "cierre" de los actos de la vida pública de Jesús. El Señor abrió sus labios para invocar a Dios como Padre y los cierra depositando su vida en las manos del Padre. Jesús comenzó ejerciendo la misericordia con el endemoniado de Cafarnaún (4,31-37) y concluye su vida dando sentido a la existencia del hombre crucificado a su lado.

La narración del *buen ladrón* nos ha comunicado una triple enseñanza. Dios es quien nos ha amado primero, nos ha liberado antes de que se lo pidamos. Por eso toda oración cristiana tiene en su raíz la acción de gracias. La más genuina oración cristiana nace del sufrimiento y se caracteriza por la gratuidad y la confianza total en Dios. Y, finalmente, la plegaria cristiana nunca implica la evasión, sino que conduce a vivir con mayor intensidad el mensaje evangélico: el deseo de estar con Jesús en el Paraíso.

El evangelio de Lucas aparece dirigido a un personaje misterioso. El llamado "Teófilo" que figura en el prólogo (1,1-4). La palabra Teófilo significa "amigo de Dios". La amistad con Dios se labra especialmente en el diálogo personal con el Señor; es decir, en la plegaria. Al acercarnos a la Palabra de Dios oigámosla en actitud de plegaria, percibiendo la voz de Dios que llega a nuestra vida para liberarnos. La escucha constante de la Palabra de Dios modelará delicadamente nuestra vida y nos convertirá en lo que realmente estamos llamados a ser: amigos de Dios.

LECTIO DIVINA
EL BUEN LADRÓN
Lucas 23,32-47

Contemplando el misterio de la cruz adquirimos la convicción de que Dios nos ha amado primero. En la cima del Calvario Jesús construyó el reino al que todos anhelamos entrar. Como el *buen ladrón*, vamos a acercarnos a la cruz de Jesús y pedirle lo que el pidió: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey".

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en silencio, durante unos momentos, ante el misterio de la Cruz. Concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^er^ Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Luego reflexionan sobre estas preguntas:

* Fíjate en los dos malhechores crucificados. ¿Qué actitudes reflejan las palabras que dirigen a Jesús?
* ¿Qué sentimientos manifiesta la respuesta de Jesús al *buen ladrón*?

* Si observas en tu Biblia los lugares paralelos, te darás cuenta de que en este pasaje hay muchas referencias al AT. ¿Qué querrá decirnos Lucas con esto?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle. Pueden ayudarnos estas preguntas:

* ¿Es mi oración como la del buen ladrón: gratuita y confiada?
* ¿Rezo en los momentos de sufrimiento? ¿Cómo lo hago?
* Mi oración, ¿me lleva a encontrarme con el Dios de la misericordia?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le inspira para decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace. Buscar un compromiso concreto fruto de la reflexión de este pasaje evangélico.

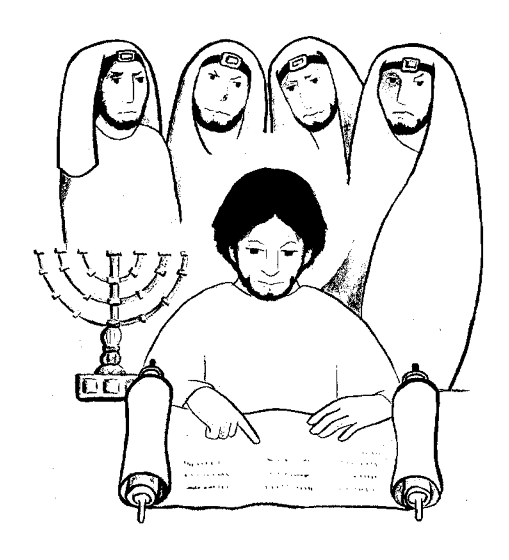
c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común (Padrenuestro u otra oración conocida por todos). Podríamos rezar juntos el Salmo 23, que proclama la delicadeza con que Dios pastorea nuestra vida. Con esta plegaria le pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso que hemos elegido.

¿DÓNDE LLEVA EL ENCUENTRO CON EL DIOS DE LA MISERICORDIA?

8 LA SINAGOGA DE NAZARET
Lucas 4,14-22



Iniciamos nuestro estudio presentando el texto de Lucas como el evangelio de la misericordia y la ternura de Dios con los hombres. Comentamos después dos de las maneras en que se manifiesta la misericordia del Señor: el perdón y la curación. En un tercer apartado describimos los lugares en los que el Dios de la misericordia sale a nuestro encuentro: la Eucaristía y el rostro sufriente de los pobres. Después indicamos las dos actitudes de la vida que nos permiten experimentar al Dios-Amor: la humildad y la plegaria.

Llegamos, ahora, a la quinta parte de nuestro estudio. La llamada de Jesús a sus discípulos no es algo que tuviera lugar simplemente en el pasado. Jesús nos llama hoy, a todos nosotros, para que seamos sus amigos y seguidores. Leeremos, seguidamente, el programa de Jesús (4,14-22) como la llamada expresa del Señor a todos nosotros, para que vivamos la experiencia del amor

y la misericordia. Contemplaremos después la historia de María (1,1-2), como ejemplo de quien ha vivido en plenitud el proyecto de Dios para sus criaturas.

1. Situación de la narración en el conjunto del evangelio

El tercer evangelio se inicia con dos preludios: los relatos de la infancia de Jesús (1–2) y el ministerio de Juan el Bautista juntamente con las tentaciones de Jesús en el desierto (3–4).

El primer prólogo nos anuncia la clara identidad de Jesús: Él es el Mesías, el Señor (2,11) que se halla en las buenas manos del Padre (2,9). El segundo preludio, concretamente en el relato de las tentaciones, especifica claramente el tipo de mesianismo representado por Cristo. Él es el Mesías, pero no traerá la liberación con una apariencia deslumbrante o con un poder absoluto. Cristo nos salvará desde la vida humilde y compartida, y a partir de la actitud de servicio y entrega (cf 4,1-13).

El episodio de la sinagoga de Nazaret tiene una ubicación especial. Se sitúa a continuación de los relatos de la infancia y constituye, a la vez, la puerta de entrada a la primera gran sección del evangelio: el ministerio de Jesús en Galilea (4,14-9,50). Podríamos afirmar que la perícopa objeto de nuestro estudio sintetiza los elementos de los dos preludios y presenta, por adelantado, lo que será la primera parte del evangelio.

Se inicia –el ministerio de Jesús en Galilea– con el mensaje programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret (4,14-22). Y después, en diferentes trazos, y a lo largo de toda la sección, se van delineando las consecuencias de ese programa. Veamos los grandes ejes en que se despliega el mensaje programático del Señor y los grandes temas de la primera sección:

a) Las narraciones de milagros

Los milagros de Jesús no son signos prodigiosos realizados para impresionar al auditorio. Son la manifestación palpable de la liberación que Jesús ha venido a otorgar a los pobres y a los débiles. En esta sección se concentran la mayoría de los milagros de Jesús. Curación de un endemoniado, de la suegra de Pedro y otras muchas curaciones anónimas (4,31-41); curación de un leproso y de un paralítico (5,12-26); el hombre de la mano seca (6,6-11); curación del siervo del centurión, el hijo de la viuda de Naín (7,1-

17); la tempestad calmada, el endemoniado de Gerasa, la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo (8,22-56).

b) Los relatos de vocación

Observemos que los relatos de vocación están entremezclados con las narraciones de milagros. El objetivo de la descripción de los milagros no consiste en suscitar la admiración por la persona de Jesús. El objetivo de los milagros radica en motivar en quien los presencia la decisión de seguir a Cristo. Por eso ambos tipos de narraciones presentan una cierta alternancia. Los relatos específicos de vocación son: la vocación de los cuatro primeros discípulos (5,1-11); la llamada de Leví (5,27-28); elección de los *Doce* (6,12-16), las multitudes que van en pos de Jesús (6,17-19).

A los discípulos que han aceptado seguirle, Jesús les mostrará la dureza del camino: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y me siga" (9,23). Pero también les presentará el gozo del seguimiento: "Pues de verdad os digo que hay algunos, entre los aquí presentes, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios" (9,27).

c) Aceptación u hostilidad ante la llamada de Jesús

La acción de Jesús suscita la vocación en aquellos que conviven con el maestro, pero también provoca el rechazo de quienes detentan el poder político y religioso. La llamada de Jesús no deja lugar a la indiferencia, implica la adhesión total o el rechazo absoluto.

Los que más fácilmente aceptan el mensaje son los pobres, los marginados y todos aquellos que el sistema social imperante ha rechazado. Los pecadores en casa de Leví (5,29-32); la muchedumbre del pueblo (6,17-19); la pecadora perdonada (7,36-50); las mujeres (8,1-3); los seguidores de Juan Bautista interesados por Jesús (7,18-30). Por el contrario, la buena nueva encuentra reticencias y adversidades en quienes tienen un papel directivo en el ambiente de la época. Las gentes de la sinagoga (4,23-30); los fariseos y los escribas (5,30-39).

d) Palabras de Jesús

La palabra de Jesús es como una semilla plantada en el corazón humano (8,4-15), germina cuando la tierra que la recibe es buena. El enfrentamiento de Jesús con escribas y fariseos no es casual. Surge por dos razones. Por una parte, el hecho de manifestarse en favor de los débiles, supone no estar a favor de quienes dominan en el sistema vigente. Y por otra, aquellas cosas que Jesús dice constituyen una interpretación particular del Antiguo

Testamento, que se enfrenta directamente con la interpretación común de los fariseos.

Jesús afirma la bienaventuranza para los pobres, los hambrientos, los que lloran, los que son odiados e injuriados (6,20-23). Profiere la malaventuranza contra los ricos, los que están saciados, los que ríen, aquellos de quienes se habla bien (6,24-26). Predica el amor a los enemigos, la misericordia y la honradez (6,27-49).

e) La personalidad de Jesús

Todo discípulo se encuentra con la Palabra del Señor. Esta palabra no es neutra, exige una toma de decisión en quien la oye: o se opta por Jesús radicalmente como los primeros seguidores o se le rechaza como hacían los escribas y fariseos. A los que deciden seguirlo, Jesús no les oculta ninguna de las dificultades.

En el primer anuncio de la Pasión, les dice: "El Hijo del Hombre debe sufrir mucho... ser ejecutado y resucitar al tercer día" (9,22). Esta cita del evangelio hace hincapié en la cruz y la Pasión de Jesús, aunque también refiere la Resurrección final. Jesús no se limita a anunciar un mensaje radical y atrayente; Él mismo lo lleva a término, lo padece en su propia persona. En esta referencia bíblica Jesús se manifiesta –preferentemente– como el Cristo sufriente.

Un poco más adelante aparece el fragmento de la transfiguración (9,29-36). El primer relato de la Pasión presentaba el aspecto sufriente de la vida de Jesús, pero dejaba entrever el resquicio de la Resurrección. El relato de la transfiguración muestra en toda su plenitud el aspecto gozoso y triunfante de Jesús. La muerte y la sepultura no tienen la última palabra, la última palabra está siempre en los labios del Dios de la Vida.

El discurso de la sinagoga de Nazaret actúa como una bisagra entre la introducción y la primera sección del evangelio. Recoge el contenido del prólogo: Jesús es el Señor que está en las manos buenas de Dios Padre. Y desde esa certeza, anuncia el gran mensaje de Jesús para todos los hombres y mujeres: la Buena Nueva de la liberación.

2. Lectura del texto (Lc 4,14-22)

Con la fuerza del Espíritu, Jesús volvió a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en aquellas sinagogas y todos se hacían lenguas de él.

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito:

"El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor".

Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él empezó a hablarles:

–Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje.

Todos se declaraban en contra, extrañados de que mencionase solo las palabras sobre la gracia.

(No todas las versiones traducen igual este último versículo. Algunas traducen como hemos hecho nosotros y otras se inclinan por: "...admirados por las palabras de gracia que salían de su boca", o alguna frase parecida. La traducción que presentamos, creemos que es la más ajustada al sentido del texto, pero no tiene por qué ser la única posible).

3. Elementos del texto

a) Nazaret

Nazaret era una aldea pequeña y poco importante, situada en la provincia de Galilea, al norte de Palestina.

Durante el reinado de Herodes el Grande (40-4 a.C.), la zona de Galilea, próxima al lago de Genesaret, experimentó un gran desarrollo. El monarca judío hizo construir ciudades de nueva planta, como era la magnífica ciudad de Tiberias, ubicada al borde del lago.

Esta ingente tarea urbanística dio lugar a que muchos judíos del sur emigraran a Galilea para trabajar en las tareas de construcción. Estos emigrantes vivían en las pequeñas aldeas que circundaban las grandes urbes. Cada día se dirigían a las grandes ciudades para ganarse el jornal. Los habitantes de Nazaret no eran ajenos a esta dinámica social. Algunos de ellos trabajaban en los campos junto a la aldea, pero la mayoría iba a trabajar en la cons-

trucción o en las canteras de las que extraían la piedra para edificar las nuevas ciudades.

Durante el siglo I Galilea era región de contrastes. La cultura griega había penetrado en las grandes ciudades e impregnaba el ambiente social de la época. Por otra parte, las pequeñas aldeas permanecían aferradas al judaísmo tradicional. Esta confrontación cultural y religiosa dio lugar a más de un tumulto. La historia nos narra la rebelión de la población judía, y la dureza con que los romanos sofocaron esta revuelta, crucificando a multitud de judíos en las afueras de la ciudad de Séforis.

En la aldea de Nazaret comienza Jesús su ministerio. Cuando el texto nos cuenta que se crió allí, nos indica las características sociales que influyeron en su educación: vivir en un aldea pequeña en que la mayoría eran emigrantes judíos trabajadores de la construcción o de las canteras; participar de la intensa espiritualidad judía contrapuesta al ambiente liberal y cosmopolita de las ciudades helenizadas; recordar la represión romana contra los intentos judíos de sublevación; etc.

b) La sinagoga

El centro de la religión israelita lo constituía el Templo de Jerusalén. En el año (587 a.C.) el rey Nabucodonosor destruyó el Templo y se llevó a los judíos cautivos a Babilonia. Los judíos exiliados no podían celebrar el culto porque carecían de Templo. Entonces comenzaron a reunirse los sábados, en pequeños grupos, para leer y comentar la Palabra de Dios. Estas reuniones de los judíos para comentar la Palabra de Dios dieron lugar –con el tiempo– a las sinagogas.

Una sinagoga era un edificio en el que se encontraban los judíos cada sábado para leer la Sagrada Escritura y rezar unidos. Habitualmente constaba de dos pisos. En el piso superior se situaban las mujeres, que no participaban directamente en el culto sino que lo seguían a través de una celosía. En la parte baja se situaban los hombres, mayores de edad, que participaban plenamente de la celebración.

Con el tiempo llegó a organizarse muy bien el oficio sinagogal. Se leía siempre un fragmento del Pentateuco y luego alguna página de los Profetas. Acabada la lectura se hacía una homilía que intentaba actualizar la Escritura en la realidad cotidiana de los fieles. La celebración concluía con una plegaria y una invocación al Señor. Además de su función celebrativa, la sinagoga desempeñaba un importante papel catequético, era lugar de instrucción para los varones en todo lo que representaba la fe judía. De la misma manera que las actividades del Templo estaban orientadas por los

sacerdotes y el grupo saduceo, las tareas sinagogales dependían del fervor fariseo.

Jesús, como todo judío practicante, se dirige el sábado a la sinagoga: "Le entregaron el volumen del profeta Isaías, y desenrollándolo... enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán..." (4,17.20).

Démonos cuenta de un detalle curioso: Jesús no "abre" y "cierra" el volumen sino que "lo desenrolla" y lo vuelve a "enrollar". En la sinagoga no se utilizaban libros tal como los conocemos hoy, se empleaban rollos. Los libros bíblicos se escribían sobre pergamino. Consistía en una serie de pieles de animales cosidas entre sí, sobre las cuales se escribía un texto. Cuando el texto estaba escrito se enrollaba alrededor de dos brazos de madera, y cuando debía leerse se desenrollaba.

c) La lectura de Jesús

En la sinagoga Jesús recibe el libro del profeta Isaías, lo desenrolla y procede a su lectura. Vamos a transcribir ahora dos textos: el texto del profeta Isaías que aparece leído por Jesús en la sinagoga, y el texto de Isaías que se halla escrito en libro del mismo profeta. Debemos fijarnos en las pequeñas diferencias que hay entre uno y otro.

– Texto de Isaías leído por Jesús en la sinagoga (Lc 4,18-19)

> 'El Espíritu del Señor está sobre mí,
> porque él me ha ungido
> para que dé la buena nueva noticia a los pobres.
> Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
> y la vista a los ciegos,
> para poner en libertad a los oprimidos,
> para proclamar el año de gracia del Señor'.

– Texto del libro de Isaías (Is 61,1-2)

> 'El Espíritu del Señor está sobre mí,
> porque el Señor me ha ungido.
> Me ha enviado a dar la buena noticia a los que sufren,
> para vendar los corazones desgarrados,
> para proclamar la amnistía a los cautivos
> y a los prisioneros la libertad,
> para proclamar el año de gracia del Señor
> el día del desquite de nuestro Dios'.

Substancialmente los dos textos dicen lo mismo, pero presentan algunas diferencias. Si lo observamos bien notaremos pequeñas variaciones debidas a los matices de la traducción. Pero apreciaremos, también, dos cambios importantes. Jesús cambia la for-

ma de un versículo: Donde Isaías dice "para vendar los corazones desgarrados" él lee "y la vista a los ciegos". Además, omite Jesús parte de un versículo: las palabras de Isaías "el día del desquite de nuestro Dios" no aparecen en la lectura de Jesús.

Fijémonos que en el primer cambio realizado por Jesús, la gente de la sinagoga no protesta. Por el contrario respecto de la segunda modificación la gente le incrimina con dureza: "Todos se declaraban en contra, extrañados de que mencionase solo las palabras sobre la gracia". Vamos a comentar ahora, con sencillez, estos dos cambios:

– Alteración de un versículo

Isaías dice "para vendar los corazones desgarrados" y Jesús lee "y la vista a los ciegos". Notemos algo importante, en esta variación del texto la gente no protesta en absoluto. ¿A qué puede deberse esta variación en el texto del profeta?

El texto hebreo del Antiguo Testamento comenzó a fijarse definitivamente a finales del siglo I. Durante la vida de Jesús, el texto del Antiguo Testamento presentaba cierta fluidez. Sucedía algo semejante a lo que vemos en las traducciones castellanas de la Biblia. Todas las traducciones dicen básicamente lo mismo, pero lo expresan con palabras y matices diferentes. Quizás la versión que leyera Jesús presentara algunos matices diversos del texto leído actualmente por nosotros. Aun considerando las posibles variaciones del texto, nos inclinamos por opinar que este cambio fue una modificación hecha deliberadamente por Jesús. Notemos, sin embargo, que lo escrito en Isaías y lo leído por Jesús no son textos totalmente contradictorios. Ambos describen el sufrimiento humano.

El corazón –en el pensamiento semita– representaba el centro de la persona. En él tenían su lugar apropiado los sentimientos y las opciones del hombre: la amistad, la plegaria, la fe, la capacidad de amar. Tienen el corazón desgarrado aquellos que en su existencia han padecido por cualquier motivo, la palabra de Jesús es el vendaje para estos corazones rotos. El ojo es la lámpara del cuerpo, a través de él percibimos la realidad. El ciego es aquel que no puede ver físicamente, pero metafóricamente representa a todos los impedidos de ver la realidad de su vida o discernir esperanza en su futuro. Las dos expresiones son diversas en cuanto a la forma, pero muy semejantes en cuanto al contenido. A pesar de la semejanza de estas dos expresiones, cuando Jesús sustituye una por otra lo hace por algún motivo concreto.

La expresión "y la vista a los ciegos" aparece en un lugar muy importante del AT: los *Cánticos del Siervo de Yahvé.* Estos cánticos

son cuatro poemas del libro de Isaías (Is 42,1-7; 49,1-9; 50,4-11; 52,12-53,13). Nos hablan de un personaje que será el liberador definitivo de Israel. Pero a este salvador las cosas no le van a ser fáciles. Para salvar a su pueblo deberá padecer el oprobio y el escarnio, pero al final triunfará, y su triunfo otorgará a Israel la liberación definitiva.

Si nos fijamos en el primero de estos cánticos (42,1-7) notaremos que aparece un texto muy semejante al proclamado por Jesús en la sinagoga, y que incluye la frase: "para abrir los ojos a los ciegos":

"Yo, Yahvé, te he llamado en justicia, te he cogido de la mano y te he formado, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes:

para abrir los ojos a los ciegos,
para sacar de la prisión al preso,
de la cárcel a los que viven en tinieblas".

Jesús ha sustituido lo que dice Is 61,1 por lo escrito en Is 42,7. Con ese cambio Jesús nos revela algo fundamental: Él es el liberador definitivo esperado por todo el AT. La liberación que Él propone no será el resultado de un paseo triunfal. Él, como el *Siervo de Yahvé*, experimentará el oprobio, el rechazo y la muerte. Pero la experiencia de fracaso no será el final de su vida. Al igual que el *Siervo*, Él será rehabilitado por Dios y propuesto como luz de las naciones.

Quizás nos hayamos entretenido demasiado en comentar estas figuras del texto. Pero creemos que es importante. El proyecto de Jesús, al igual que el proyecto cristiano, no es simplemente un "proyecto" redactado sobre papel. Es una vida de servicio y entrega. Cuando Jesús lee en la sinagoga el libro de Isaías, ve reflejado en él su propio proyecto. Jesús no se limita a "leer un proyecto". Al incluir esta pequeña frase del primer *Cántico del Siervo*, nos está diciendo que Él mismo se hace proyecto. Él será el primero en experimentar la liberación que predica, y lo será pasando por la dureza de la cruz.

– Eliminación del fragmento de un versículo

La obra de Isaías afirma claramente "...para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios..." (Is 61,2). En cambio Jesús, cuando lee, omite la última parte de este versículo. Evita decir: "...el día del desquite de nuestro Dios", se limita a pronunciar la parte positiva del texto del profeta "...para proclamar el año de gracia del Señor".

La asamblea sinagogal había pasado por alto el primer cambio del texto, pero no tolera el segundo: "Todos se declaraban en con-

tra, extrañados de que mencionase sólo las palabras sobre la gracia" (4,22). La reacción del público nos hace ver que esta omisión no es un matiz del texto, es una omisión realizada conscientemente por Jesús y que altera los ánimos de los reunidos. Ellos sabían que este fragmento se hallaba presente en la obra de Isaías, esperaban con toda lógica que Jesús lo leyera. Pero el Señor cuando llega a ese versículo, concluye la lectura del texto y comienza a pronunciar la homilía.

El mensaje prográmatico de Jesús es en su totalidad mensaje de liberación: liberación a los cautivos, a los pobres, a los ciegos, a los oprimidos. En el programa de Jesús no hay lugar para la venganza y el desquite; sólo tiene cabida la gracia y la misericordia. A nuestro entender casi parece lógico que en el programa del Mesías no haya lugar para la venganza y el desquite. Entonces ¿por qué se enfureció tanto la asamblea sinagogal, cuando Jesús eliminó esta frase?

Las sinagogas estaban en manos de los fariseos. Éstos formaban parte de un movimiento religioso que aguardaba la pronta llegada del Mesías. Se esforzaban, mediante todo un conjunto de prácticas ascéticas, en acelerar la llegada del Salvador. Su notable esfuerzo piadoso los llevaba a considerarse como el prototipo de persona buena y religiosa. La otra gente que no tenía tiempo suficiente para dedicarse con pasión a la ascética, era considerada por los fariseos como gente mala y perversa. A causa de la impiedad de las gentes se retardaba la llegada del reino de Dios.

Los fariseos tenían una interpretación muy particular del texto de Isaías (Is 61,1-2). Opinaban que todo lo referido al "año de gracia" se dirigía especialmente a ellos. Cuando llegara el Mesías e instaurara su reino derramaría su gracia sobre los fariseos, en compensación por el esfuerzo que habían realizado para preparar su venida. Por otra parte, pensaban que la expresión "...el día de la venganza de nuestro Dios" se dirigía en contra del resto del pueblo, que por su supuesta impiedad no posibilitaba la inminencia del reino.

La espiritualidad farisea es retorcida. Ellos se consideran los únicos buenos y dignos de la presencia de Dios. Los demás, aparte de no ser suficientemente dignos de recibir el consuelo divino, son los que impiden la presencia de Dios. Un fariseo se alegra por la gracia y el bien que Dios le otorga, pero también está ansioso por comprobar el castigo que Dios impone a los que no son de su partido.

Podemos suponer la emoción con que la asamblea esperaba la pronunciación de las palabras de desquite que constan en Isaías. Jesús no las pronuncia. En el reino de Dios, que Jesús predica,

caben todos. El mensaje de Cristo es noticia de liberación para todos, y especialmente lo es para todos aquellos a quienes los fariseos tenían por gente nefasta: los pobres, los débiles, los que han perdido el rumbo de la vida...

d) La homilía de Jesús

Una vez concluida la lectura, Jesús enrolla el volumen y lo devuelve al sacristán. La asamblea se sienta aguardando las palabras de Jesús. Su homilía es muy breve: "Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje". Dicho de otra manera: "Todo lo que habéis oído proclamar en el Antiguo Testamento, ha llegado hoy a su plenitud en mi propia persona". Detengámonos unos momentos en cada una de las partes del comentario de Jesús.

– *Hoy*

La palabra *hoy* adquiere una connotación muy especial en el tercer evangelio. Casi todas las veces que aparece el término *hoy* viene acompañado por la palabra *salvación*. Leamos algunos versículos del evangelio, como ilustración: "*Hoy*, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador" (2,11). Cuando Jesús cura al paralítico la gente exclama admirada: "*Hoy* hemos visto cosas increíbles" (5,26), etc.

Jesús lee siempre la Escritura en dimensión de presente, y de esta manera la actualiza en su propia persona. Nosotros no podemos leer el evangelio como si se tratase de algo del pasado. Al leerlo debemos intentar descubrir lo que quiere decirnos hoy en la situación concreta de nuestra vida.

– *En vuestra presencia se ha cumplido este pasaje*

Jesús ha leído en la sinagoga un fragmento breve del profeta Isaías (Is 61,1-2), y anuncia a los judíos que las perspectivas de este pasaje se están cumpliendo en su propia persona. Nosotros, ahora, haremos dos cosas: por una parte intentaremos ver el sentido que presentaba este episodio cuando fue redactado en tiempos de Isaías. Por otra parte veremos las expectativas que suscitaba entre los judíos del siglo I y la lectura de Jesús.

– El sentido de (Is 61,1-2) cuando fue redactado por Isaías

El año 587 es un momento duro para el pueblo israelita. Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruye Jerusalén y se lleva deportados a los habitantes de la Ciudad Santa a la capital de su Imperio. El exilio (587-538 a.C.), fue un tiempo de prueba en el que el pueblo judío necesitó estar muy atento a la voz de Dios para conseguir sobrevivir en aquella situación desesperada. Al comienzo del exilio

Dios habla a su pueblo a través de la voz del profeta Ezequiel. Al final del exilio Yahvé volvió a consolar a su pueblo mediante la palabra, cálida y apasionada, de otro profeta: el autor de Is 40-55, al que denominamos *Segundo Isaías*.

El profeta llamado *Segundo Isaías* iluminó al pueblo exiliado con un mensaje de consuelo: Dios no había abandonado a su pueblo. La situación de exilio en la que se encontraban no era la voluntad de Dios. El sufrimiento del exilio se debía al constante olvido, por parte del pueblo, de la fe en el Dios liberador. El *Segundo Isaías* (Is 40-55) recuerda constante a Israel que Yahvé es el único Dios, el único liberador. El profeta invita, enérgicamente, a los exilados a abandonar la idolatría, a adherirse al verdadero Dios y a volver a Jerusalén.

Dios siempre cumple su Palabra. El año 538 a.C. el rey Ciro el Grande conquista la ciudad de Babilonia. Publica un edicto mediante el que permite a los judíos volver a su patria (Esd 1,2-4; 6,3-5). Los hebreos regresan con la ilusión de contemplar la ciudad de Jerusalén. Cuando llegan a la Ciudad Santa el desengaño no puede ser mayor. Jerusalén es tan sólo un montón de ruinas. El pueblo emprende la tarea de reconstrucción de la ciudad, pero las dificultades crecientes obstaculizan esta tarea: la población se halla diezmada, los judíos que no habían sido deportados reciben mal a los recién llegados, etc. (Esd-Neh).

Ante esta situación de desastre el Señor, una vez más, vuelve a consolar a su pueblo. Otro profeta al que denominamos *Tercer Isaías* compone los capítulos finales del gran libro de Isaías (Is 56-66). El profeta anima a los habitantes de Jerusalén a reconstruir la ciudad y el templo, y a mantenerse con firmeza en el seguimiento de Yahvé. Ante la desolación de Jerusalén les predica el consuelo divino. Pero también les dice que la ayuda de Dios no puede sustituir la responsabilidad humana. Entonces, aquellos hebreos, seguros de la ayuda de Dios y dispuestos a empeñar su vida en ello, recomienzan la difícil tarea de la restauración de Jerusalén, y del seguimiento más fiel del judaísmo.

Jerusalén, lentamente, va reconstruyéndose. El templo y el culto vuelven a instaurarse. Pero queda lejos la experiencia real y cierta de la presencia del reino de Dios entre los habitantes de Jerusalén. En aquel momento, nuestro profeta comunica a sus oyentes el contenido del oráculo que hemos leído (Is 61,1-2). Llegará un día en el que no habrá más desolación ni muerte. Llegará el día en que el mal que castiga nuestra existencia desaparecerá, no habrá pobres, ni cautivos, ni ciegos, ni oprimidos. En todas partes se vivirá la experiencia del reino de Dios; o dicho con otras palabras, "el año de gracia del Señor".

– El sentido de Is 61,1-2 cuando se escuchaba en el siglo I

A partir de la promesa de Isaías los judíos comenzaron a esperar la llegada del Mesías definitivo y la instauración del reino de Dios. La realidad que les correspondía vivir era difícil, pero contaban con la ayuda de Dios y el esfuerzo de su responsabilidad personal.

En tiempos de Jesús la expectación por la inminente aparición del Mesías era inmensa. Continuamente aparecían personajes que se proclamaban "mesías". Todos los grupos religiosos esperaban la inminencia del Mesías. El reino de Dios estaba a punto de manifestarse y, cada grupo, intentaba acelerar su llegada por procedimientos distintos. Todos los grupos judíos coincidían en una cosa: el Mesías vendría con poder y con una apariencia deslumbrante.

– El sentido de Is 61,1-2 en la propia interpretación de Jesús

Jesús afirma que la profecía de Isaías se cumple *hoy* en su persona. Jesús es el verdadero Mesías, el Liberador. Pero su modo de llevar a cabo la liberación será distinta a la esperada por los judíos de su tiempo. Él no es un Mesías poderoso ni deslumbrante. Para marcar la diferencia con los demás "mesías" esperados, Jesús cambia un poco el texto de Isaías. Elimina todo aquello referido a la venganza y modifica un versículo: Él es el Mesías, pero no es el Salvador poderoso y magnificente esperado por sus contemporáneos. Él es el liberador que pasa por el sufrimiento angustioso de la cruz.

No debe extrañarnos la reacción de sus vecinos: "Pero, ¿no es éste el hijo de José?" Todos esperaban al Mesías, pero nadie podía creer que vendría de un pueblo desconocido como Nazaret, ni tampoco que sería hijo de un carpintero.

4. Síntesis final

El episodio de la sinagoga de Cafarnaún nos ha presentado el proyecto de Jesús. Y mostrándonos ese proyecto nos enseña cuál ha de ser el proyecto de vida cristiana. El proyecto de Jesús es muy claro: sintiéndose lleno del Espíritu del Señor, se lanza a proclamar la misericordia y la liberación de Dios. Cristiano es aquel que, lleno del Espíritu del Señor, proclama en su entorno, tanto de palabra como de obra, la liberación de Jesús.

Jesús no se limita a anunciar en Nazaret un plan de vida teórico. Él se compromete con su propia vida en aquel proyecto. Jesús

vivirá en su propia carne la narración del profeta Isaías. Él será el Mesías humilde que, desde la humildad y la entrega, propiciará la salvación para todos.

Él será el salvador, que aparecerá a los ojos de los hombres como un fracasado en la cruz, pero a través de la entrega de su vida nos dará la auténtica Vida: la Vida Nueva que brota el Domingo de Pascua.

El cristiano es aquel que no sólo habla, sino que compromete su vida en aquellas cosas que predica. Aquel que, desde la experiencia de la vida compartida, la humildad y el servicio, transmite a todos la Vida Nueva de Jesús.

LECTIO DIVINA
LA SINAGOGA DE NAZARET
Lucas 4,14-22

Jesús, lleno del Espíritu del Señor, comunica en la sinagoga de Nazaret su proyecto de liberación para todo el mundo. El proyecto de todo cristiano ha de coincidir con el proyecto de Cristo. Cristiano es aquel que, sintiéndose lleno del Espíritu del Señor, siembra en el mundo la liberación misericordiosa de Dios.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor en actitud de silencio y oración. Concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1er Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Nos preguntamos:

* Compara Lc 4,18-19 con Is 61,1-2. ¿Qué cambios observas? ¿A qué pueden deberse estos cambios?
* Al leer el texto de Isaías, Jesús proclama su misión. ¿En qué consiste? (Fíjate en los verbos). ¿Por qué puede cumplir esta misión?

* ¿Qué dice Jesús sobre las palabras que lee del AT? ¿Qué significa lo que dice?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas. También aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, y se pregunta:

* En tu vida, ¿te sientes acompañado por el Espíritu del Señor?
* Este Espíritu, ¿cómo te ayuda a comprometerte en la liberación de los necesitados?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación de Dios. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social...

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

Terminamos nuestro encuentro con un oración comunitaria. Tal vez podríamos leer un fragmento de la *primera Carta de Pablo a los cristianos de Corinto* (1 Cor 13,1-13). Pablo nos recuerda que el amor ha de ser el eje del proyecto cristiano. Acabamos nuestra plegaria rezando juntos el *Padrenuestro.*

9 MARÍA DE NAZARET
Lucas 1–2



El Señor de la misericordia, que perdona y cura, nos lo encontramos en el rostro sufriente de los pobres y en la celebración de la Eucaristía. Para que nuestra vida pueda percibir con claridad al Dios de la misericordia es necesario tener abiertos los ojos del corazón: la humildad y la plegaria.

En el capítulo anterior hemos descrito el programa de Jesús proclamado en la sinagoga de Nazaret (4,14-22). El proyecto cristiano no puede ser otro que el mismo proyecto de Jesús: desde la experiencia de sentirse en las buenas manos de Dios Padre, recorrer nuestra vida sembrando la misericordia que el mismo Dios, anticipadamente, ya ha depositado en nuestras manos.

El evangelio de Lucas nos presenta la figura de María como el mejor ejemplo de quien ha sabido encarnar y vivir el proyecto de Jesús. Ella es la "llena de gracia" que engendra en sus entrañas la liberación de Dios entre los hombres. Ella ha recorrido el camino

cristiano y ha experimentado en plenitud las maravillas de Dios. La teología cristiana nos enseña que María fue concebida sin pecado original. En esa concepción recibió el perdón y la curación del Dios de la misericordia. A los pies de la cruz se encontró con el rostro de los pobres, reflejado en el cuerpo de su hijo que padecía en el patíbulo. En el cenáculo, orando con los discípulos, experimentaba la certeza de la nueva vida del Señor.

María es el modelo de vida cristiana porque ha sabido contemplar su vida con los ojos del corazón, con los ojos de Dios: la humildad y la plegaria. Únicamente con esos dos ojos del alma, bien abiertos, puede el cristiano detectar la presencia salvadora de Dios en todos los acontecimientos de su vida.

1. Situación de la Anunciación y el Magníficat en el conjunto del evangelio

Una obra musical escénica comienza siempre con un preludio. En él, el compositor sintetiza los elementos que van a ser desarrollados en el conjunto de la pieza. Una cosa semejante sucede en el evangelio de Lucas. A modo de una ópera, nuestro texto también constituye una obra larga. Por eso necesita una "obertura", como prólogo de los temas que van a trazarse después.

La introducción a la obra de Lucas la constituyen los relatos de la infancia de Jesús (1-2). Al ejercer la función de preludio, no son un resumen de la historia de Jesús cuando era un niño pequeño. El evangelio de la infancia nos presenta el núcleo esencial de la persona de Jesús y, a la vez, nos indica las características del discípulo de Cristo.

En el prólogo, Jesús es descrito con los trazos que más adelante se desarrollarán en el evangelio: Él es el Señor (2,11) que se sabe en manos de Dios Padre (2,49). Como nos cuentan Simeón y Ana, Él es el Salvador esperado por todo Israel (2,33-38), pero su misión liberadora no le va a ser fácil. Nace en la pobreza de un pesebre como prefiguración del dolor de la cruz (2,12), pero será luz iluminadora de los gentiles y gloria de Israel (2,32).

Las narraciones de la infancia (1-2) ponen ante nuestra mirada algunos personajes que representan el prototipo del discípulo de Cristo. Simeón es el símbolo del Israel piadoso que aguarda ansiosamente la llegada del Señor (2,22-35). Ana es la mujer de edad avanzada y viuda, ejemplo de los pobres y débiles que tienen pues-

ta su única esperanza en la llegada del Salvador (2,36-38). Aunque estas figuras son importantes, el personaje central es María.

María recibe la llamada del Señor: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (1,28). María experimenta la certeza de la bondad de Dios: "para Dios nada hay imposible" (1,37). María responde con generosidad a la llamada y a la confianza depositada en ella por Dios: "hágase en mí según tu palabra" (1,38). María es llamada por Dios (1,26-38), y la respuesta de su vida es narrar las maravillas del Altísimo (1,46-55).

En nuestro comentario procederemos de la siguiente manera: comenzaremos describiendo el relato de la vocación de María (1,26-38) y después describiremos su respuesta en el *Magníficat* (1,46-55).

2. Lectura de la Anunciación (Lc 1,26-38)

A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando donde estaba ella, le dijo:

–Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era aquel. El ángel le dijo:

–No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará para siempre en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin.

María dijo al ángel:

–¿Cómo sucederá eso, puesto que no conozco varón?

El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó:

–He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y el ángel, dejándola, se fue.

3. Elementos de la narración de la Anunciación a María

Al describir los elementos importantes nos ceñiremos a las etapas de la vocación de María.

a) Dios nos ha amado primero

La vida cristiana no es una acción voluntarista nacida del solo deseo personal. La vida cristiana es siempre una respuesta a la voz de Dios que nos llama primero. Dios nos ha amado antes de que naciéramos y lo conociéramos. La opción cristiana es la respuesta positiva del hombre a la voz de Dios que lo llama y lo ama el primero. Cuando el ángel se dirige a María comienza comunicándole la certeza del amor de Dios: "el Señor está contigo", ésa es la razón profunda por la que María puede exultar de gozo. Pero, ¿qué o quién es un ángel?

La palabra "ángel" se origina en la lengua griega y significa "mensajero". En el evangelio de Lucas es propiamente un mensajero de Dios, el ángel es quien revela la verdad de Dios a los hombres. Mediante el anuncio del ángel Gabriel, Dios revela a Zacarías que su esposa Isabel concebirá un hijo (1,5-25). El mismo ángel comunica a María que también ella dará a luz un hijo (1,26-38). El ángel del Señor hace saber a los pastores el nacimiento del Salvador (2,1-20). Según cuentan los discípulos de Emaús, son ángeles quienes anuncian a las mujeres la Resurrección del Señor (24,23).

Los ángeles son quienes revelan a los hombres los designios divinos, pero no se limitan a eso. El tercer evangelio los sitúa siempre en el ámbito de la divinidad. Cuando aparezca el Hijo del Hombre "vendrá en su gloria, en la del Padre y en la de los santos ángeles" (9,26; 12,8.9). Se llenarán de alegría los ángeles de Dios "por un solo pecador que se convierte" (15,10). Lázaro fue llevado por los ángeles hasta el seno de Abrahán (16,22). En el huerto de Getsemaní aparece un ángel confortando al Señor en su sufrimiento (22,43).

Los ángeles son mensajeros de la divinidad pero además de eso participan de la misma proximidad con Dios. Uniendo esos dos matices de la palabra "ángel", el de "mensajero" y el de "alguien muy próximo al campo de la divinidad" podríamos afirmar que un ángel es un *don* de Dios a sus criaturas. No es simplemente el portador de un mensaje, es el portador de una buena noticia que lleva la liberación a quien la recibe. Un ángel es un *don* de Dios a los hombres que implica siempre gracia y liberación. De alguna manera un ángel es una metáfora de la misma presencia de Dios.

En el proceso vocacional de María la iniciativa ha estado en manos de Dios. El Altísimo se ha adelantado a dirigirse a María y le ha comunicado que está con ella. Dios le hace saber que Él es quien la ha amado primero.

b) Las palabras del ángel

Como decíamos antes, el ángel es el *don* de Dios a los hombres para comunicarles gracia y liberación. Por eso Gabriel se dirige a la Virgen con estas palabras: "No temas, María".

El ángel se comunica con la virgen de Nazaret llamándola por su propio nombre: María. Dios nos conoce a cada uno de nosotros personalmente. Él es quien nos ha engendrado. Ante Dios no somos un número, ni siquiera una cosa más entre tantas como hay en la creación. Dios nos conoce a cada uno por su nombre, incluso a veces con un nombre muy familiar. En el AT Dios conoce a su pueblo perfectamente y se dirige a él con nombres muy cariñosos: "gusanillo de Jacob" (Is 41,14), "Yerusum" (Is 44,2), etc.

La llamada del Dios liberador provoca respeto en quien la recibe, pero nunca pavor ni pánico. La voz del ángel quiere suscitar en María la confianza, de ahí las palabras: "No temas". Quizás alguna vez hayamos visto dibujos de imágenes de los antiguos dioses de Mesopotamia. Aquellos dioses con sus siete cabezas, sus manos como zarpas y sus colas a modo de espadas, sí que provocaban miedo en los creyentes. En cambio el Dios de Israel comunica paz a quien acepta su liberación.

En el Antiguo Testamento, cuando Yahvé se dirige a sus elegidos comienza su parlamento con estas palabras: "No temas". Dios dice a Abrahán: "No temas, yo soy para ti un escudo" (Gn 15,1). Cuando Agar está desesperada en el desierto, el ángel de Dios le comunica: "No temas porque Dios ha oído la voz de tu hijo" (Gn 21,17). Cuando Dios habla a sus elegidos, los conoce personalmente y los comunica su confianza, pero también les implica en una misión importante. Abrahán será padre de un gran pueblo (Gn 12,1-3) e Ismael, el hijo de Agar, se convertirá en una gran nación (Gn 21,18).

María, por mediación del ángel, ha aprendido que Dios la conoce por su propio nombre y que ha puesto en ella su confianza. Pero también escucha con respeto el proyecto de Dios ideado para ella: "Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin" (1,31-33).

Cuando Dios nos llama, lo hace desde el conocimiento personal y nos infunde su confianza. Pero aquello a lo que Dios nos llama

no es una simpleza. Dios nos llama a seguir el evangelio de Jesús, y eso, como sabemos todos, no es fácil. La llamada de Dios es un don, pero también impone respeto. Dispone ante nuestra mirada el desafío de emprender el mismo camino de Cristo.

c) El temor de María

María se siente conturbada ante la sorpresa de que Dios le haya concedido el *don* de dirigirse a ella y llamarla. El encuentro con Dios es siempre un momento de misterio. Es la experiencia de entrar en un ámbito nuevo. Después de la grata sorpresa de saberse privilegiada del Señor, María experimenta el temor y el respeto ante el proyecto divino. No entiende cómo Dios puede pedirle algo inaudito: "¿Cómo sucederá eso si yo no conozco varón?". María ante la grandeza divina descubre la pequeñez de sus propios límites. Ella es una mujer virgen que aún no se ha casado con José.

La forma del matrimonio entre los judíos, en tiempos de Cristo, era un tanto compleja. Generalmente, los padres de ambos cónyuges acordaban con muchos años de antelación el matrimonio. Cuando los novios alcanzaban una edad en la que razonablemente podían casarse, tenían lugar los desposorios. Consistían en una ceremonia en la que de una manera formal, y mediante un contrato escrito, se cerraba el compromiso matrimonial de los dos cónyuges. Una vez concluida la ceremonia, cada uno de los novios volvía a vivir con sus padres. Durante el tiempo del desposorio los prometidos vivían con su familia, pero se mantenía en pie el compromiso de fidelidad y el deber de casarse con la persona con quien se habían desposado. Este tiempo servía para estipular la dote, preparar el ajuar y disponer la nueva casa de la pareja.

Al cabo de un tiempo, a menudo un año, los novios contraían matrimonio propiamente dicho. Mediante una ceremonia pública, los prometidos sellaban ante Dios su promesa de fidelidad y comenzaban a cohabitar en su propia casa.

Cuando María recibe el anuncio del ángel se halla desposada con José, pero aún no ha tenido lugar la celebración del matrimonio. María y José vivían cada uno en casa de sus padres aguardando el día de la boda. Como era costumbre entre las parejas judías, no mantendrían entre sí ningún tipo de relación. Según las costumbres de la época, cuando una muchacha desposada con un hombre tenía un hijo con otro, era considerada adúltera y cómo tal era apedreada hasta la muerte. María no puede entender como Dios le pide algo semejante, el tener un hijo, y no precisamente de José, antes del matrimonio; por eso dice al ángel: "No conozco varón".

Cuando percibimos la llamada de Dios nos sobrecoge el misterio. Es entonces cuando de veras captamos nuestros límites. Cuando oímos el proyecto concreto de Dios para nuestra vida, nos damos cuenta que nuestras fuerzas humanas son insuficientes para llevarlo a buen puerto. Ése fue, también, el sentimiento de María: el respeto, el darse cuenta de que por sí sola no se bastaba, el captar sus límites. Pero también junto a aquel temor estaba la fuerza de Dios: "porque para Dios nada hay imposible".

d) La fuerza de Dios

El proyecto de Dios para María es, a ojos humanos, irrealizable: "darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús". Los proyectos de Dios no salen adelante con las solas fuerzas humanas, los proyectos de Dios triunfan con la misma fuerza de Dios. Cuando aceptamos seguir el camino indicado por el Señor, es el mismo Dios quien nos proporciona la fuerza para llevarlo a cabo.

Dios está con María: "El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra... porque para Dios nada hay imposible". Notemos la semblanza existente entre estas palabras y las que pronuncia Jesús en la sinagoga de Nazaret (4,4-22). En la sinagoga Jesús partía de una certeza: "El Espíritu del Señor está sobre mí", y a partir de esa seguridad desarrollaba el proyecto de esparcir la liberación y la misericordia. María experimenta la confianza de sentirse cubierta por la presencia del Altísimo, y desde esa plenitud llevará adelante el proyecto de Dios: dar a luz a quien es la misericordia de Dios entre los hombres.

El proyecto cristiano ha de ser un "calco" del programa de Jesús pronunciado en la sinagoga de Nazaret. Desde la experiencia de sentirnos penetrados por la fuerza de Dios, recorrer nuestra vida sembrando la liberación y la ternura. María es el modelo humanamente palpable de quien ha llevado a término el proyecto de Dios.

e) La respuesta de María

Con la ayuda de Dios la respuesta de María es transparente: "hágase en mí según tu palabra". María se pone en manos de Dios, y pide al Altísimo que su palabra la transforme. La vida cristiana es el camino que se recorre en pos de los pasos de Cristo. Pero también es la serena certeza de experimentar la constante transformación que la Palabra de Dios, calladamente, va obrando en nosotros. Cristiano es aquel cuya vida ha sido forjada por la Palabra de Dios. El Señor, con los cinceles de su Palabra, va puliendo nuestra vida para que seamos imagen viva de Jesús.

Una parte importante del libro de Isaías (Is 40-55) nos describe la transformación que la Palabra de Dios opera en el corazón humano. El pueblo judío tenía su esperanza reseca y agostada en el dolor del exilio. Entonces el profeta le recuerda la potencia vivificadora de la Palabra de Dios: "...pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre" (Is 40,8). Esta gran sección de Isaías (Is 40-55) nos describe como la Palabra de Dios va liberando, con silencio pero con eficacia, al pueblo desterrado. El último capítulo (Is 55,10-12) nos dirá:

"Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo".

Al principio el profeta anunciaba el cambio propuesto por la Palabra de Dios en favor del pueblo abatido. Al final constata que, efectivamente, el pueblo ha sido transformado por la Palabra. María es el ejemplo de quien se deja modelar por la Palabra. El que se deja moldear por la Palabra experimenta la certeza de que "para Dios nada hay imposible". María puso sus límites en manos de la Palabra de Dios, y aquella virgen dio a luz al Salvador por el poder mismo de la Palabra.

4. Síntesis del proceso vocacional de María

* Dios se adelanta a amar y llamar a María. Él la conoce por su propio nombre y el ángel le comunica el proyecto de Dios.
* María experimenta el encuentro personal con Dios; este encuentro no provoca pánico, pero sí que impone el respeto de haber llegado al hondón de su vida y captado los propios límites.
* Al oír las palabras del ángel, María se siente pequeña ante el proyecto de Dios. Ella es virgen y no puede dar a luz una criatura.
* El mensajero divino vuelve a hablarle y le recuerda que los proyectos de Dios salen adelante con la fuerza de Dios.
* María, al haber discernido que será mediante la fuerza de Dios como se llevará a término el proyecto del Altísimo, acepta la invitación del Señor.

* María constata que, aceptar el designio del Señor en nuestra vida, no es otra cosa sino dejarse modelar por la fuerza de la Palabra de Dios.

5. María, mujer forjada por la Palabra de Dios: *Magníficat*

El *Magníficat* (1,46-55) constituye un himno de acción de gracias a Dios. Nos describe, desde el corazón de María, la respuesta de la Virgen a la llamada de Dios. El relato de la Anunciación (1,26-38) nos comenta las etapas externas de la vocación de María. El *Magníficat* nos hace saber cómo la llamada del Señor resonó en el corazón de la Madre de Dios.

La experiencia de Dios anunciada por María en el *Magníficat* refleja plenamente la experiencia de Dios tenida por el pueblo de Israel. Nuestra vivencia de Dios es siempre particular y específica, pero participa totalmente de la presencia de Dios en el seno de la comunidad cristiana. El eco de la voz de Dios en el interior de María, permite discernir la vivencia de Yahvé experimentada por Israel a lo largo de su historia. Una historia que es respuesta a la voz de Dios que suscita en Israel el deseo de santidad: "...sed santos como vuestro Dios es Santo", recuerda a menudo el AT.

En el interior de María y en el corazón de Israel actúa un Dios personal que ama y libera. Veamos cómo es ese Señor:

a) El Dios que salva

La experiencia religiosa se sostiene en una certeza de fe: "...el Señor nos ha liberado de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso" (Dt 6,20-23; 26,5-9). Dios salva porque libera. María, como Israel, se siente salvada y liberada por Dios. El Señor la hizo suya de la misma manera que constituyó a Israel como pueblo de su heredad (Éx 6,7).

b) Dios salva desde la gratuidad

Yahvé eligió a Israel como posesión personal suya. Hubiera podido elegir a otros pueblos más grandes e importantes como eran Egipto o Mesopotamia. Pero el Señor eligió un pueblo pequeño, una nación de la que podía recibir pocas cosas a cambio de la elección. El Dios de Israel actúa gratuitamente. Cuando llama no es para obtener beneficios a cambio. Nos llama para llenarnos, como a María, de su gracia y de su ternura.

En el momento en que Dios llamó a Israel lo constituyó en servidor. Para el AT un servidor no es un esclavo, ni tampoco alguien sometido a la tiranía de otro. El AT nos presenta a Moisés como prototipo de siervo del Señor, aquel que participa de la dimensión liberadora de Dios. María es la sirvienta del Señor, aquella que participará de una manera privilegiada de la gran liberación de Dios en favor de los hombres: la encarnación, la muerte y la Resurrección de Jesús.

c) El Dios que realiza grandes maravillas

Yahvé es el Dios que liberó a Israel de Egipto, pero su misión no concluyó con este acontecimiento. Dios acompañó a su pueblo liberado y realizó constantes maravillas: el maná y las codornices (Éx 16); el pacto del Sinaí (Éx 19-24); derrumbó las murallas de Jericó (Jos 6); etc. Los profetas, la voz de Dios en medio de Israel, nos recordarán la santidad de Dios (Is 6); el amor constante e indefectible de Dios por su pueblo (Os 1-3); la fidelidad permanente de Dios a sus promesas (Miq 7,20). Expresiones, todas ellas, que aparecen en el *Magníficat.*

Los escritos sapienciales, y especialmente los salmos, nos mostrarán el amor delicado del Señor en favor de su pueblo y de cada israelita en concreto (Sal 89,11; 103,17; 111,9). María, recogiendo la plegaria del Salterio nos recuerda: "...su misericordia llega a sus fieles de generación en generación".

El libro de Job (Job 5,11) comenta la proximidad de Dios al sufrimiento de los doloridos, y a los que buscan a Dios sinceramente. Samuel describirá la ayuda constante del Señor a los humildes, los débiles, los que se acercan a Dios como refugio seguro (1 Sm 1,11; 2,1-10). El *Magníficat* recoge, en su texto, la referencia a estos libros. Al igual que con Israel, Dios ha centrado su atención en la humildad de María, su sirvienta.

6. Síntesis final

Lucas nos propone a María como ejemplo fiel del seguimiento de Jesús. Nos la sitúa como paradigma palpable del creyente forjado por la Palabra de Dios. María aparece ante nuestra mirada con los ojos del corazón muy abiertos. La humildad y la plegaria son las dos grandes actitudes que hacen de María el mejor ejemplo del testimonio vivo del Señor.

En el corazón de María late la experiencia del Altísimo descrita en el Antiguo Testamento: el Señor libera. Dios conoce nuestros límites, pero incluso con nuestros límites –si nos dejamos poseer por el Señor– Dios es capaz de hacer grandes maravillas. Dios se deja encontrar por todos aquellos que lo buscan sinceramente. El Señor está cerca de los que padecen. Dios guarda nuestra vida y es siempre fiel a sus promesas.

La maravilla que Dios realiza en nuestra vida consiste en hacernos siervos suyos. Nos invita a participar de su misma vida de amor y eternidad. La vocación cristiana –como la de María– consiste en dejarse amar profundamente por el Señor. Dios nos ama tal como somos, y desde nuestros límites nos hace hombres nuevos mediante su Palabra. Únicamente desde la certeza de sentirnos amados por Dios, podemos engendrar a Jesús en el mundo que nos ha tocado vivir, para la liberación de todos los hombres.

LECTIO DIVINA
MARÍA DE NAZARET
Lucas 1–2

María es la mujer forjada por la Palabra de Dios. Nuestra vida cristiana ha de ser el fiel reflejo de la Palabra de Dios que forja nuestra existencia. Para que la Palabra de Dios modele con eficacia la arcilla de nuestra vida es necesario cultivar dos actitudes: la humildad y la plegaria. En la medida en que la voz de Dios nos trabaje, nuestra vida se convertirá en testimonio de liberación para todos.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 Sm 3,10). Hacemos un breve tiempo de silencio y comenzamos nuestro encuentro con una breve plegaria.

1^er^ Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Estas preguntas pueden ayudarnos a reflexionar sobre el pasaje:

* ¿Cuál es el proyecto de Dios para María? ¿Cómo se va a realizar?
* ¿Cómo reacciona María ante el anuncio del ángel?

* ¿Qué actitudes de María resaltan más en este texto?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad.

* ¿Cómo intentas descubrir en tu vida la voluntad de Dios?
* ¿Cómo te ayuda la figura de María a entender mejor lo que significa seguir a Jesús?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace. Podríamos proponernos leer con más constancia la Palabra de Dios, y anunciarla con mayor tesón.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

Terminemos nuestro encuentro rezando juntos el *Magníficat*. Al rezarlo pidámosle al Señor que su Palabra modele y transforme nuestra vida.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía referente al *Evangelio de Lucas* y a las cuestiones concernientes a la Biblia, es innumerable. No pretendemos exponer una bibliografía exhaustiva. Tan solo indicaremos algunas obras sencillas, que pueden ayudarnos en una ulterior profundización del evangelio. Cada uno de los libros que indicamos presenta, a su vez, un abundante catálogo de libros para profundizar en el tema.

1. Lion Publishing. *Atlas Bíblico.* Estella 1990. Este Atlas contiene los mapas de los diversos períodos de la historia de Israel. Es útil en cuanto nos permite ubicar las narraciones evangélicas en su ámbito geográfico y cronológico concreto.

2. Rossano, P.; Ravasi, G.; Ghirlanda, A. (dir). *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica.* Ediciones Paulinas. Madrid 1990. Encontraremos en esta obra la explicación de numerosos conceptos teológicos y, la descripción de todos los libros bíblicos.

3. González Echegaray, J. *Arqueología y Evangelios.* Verbo Divino. Estella 1994. Presenta una buena descripción de Palestina en tiempos de Jesús. Explica detalladamente muchos elementos de los evangelios: costumbres, ritos, mobiliarios, procedimiento de la crucifixión y enterramiento, etc.

4. Rolland, B. - Saulnier, C. *Palestina en tiempos de Jesús.* (Cuadernos Bíblicos 27). Verbo Divino. Estella 1979. Libro muy breve que describe con gran acierto la situación en la época de Cristo. Se detiene en la explicación de las instituciones (Templo, Sinagoga, Ley) y en los grupos religiosos (fariseos, saduceos, etc). Expone las grandes líneas de la situación política, económica y social del siglo I.

5. Segalla, G. *Panoramas del Nuevo Testamento.* Verbo Divino. Estella 1992. Libro voluminoso. Describe la situación de Palestina en tiempos de Jesús, los diferentes grupos y las instituciones del judaísmo. Comenta las corrientes de pensamiento de la época. Hallaremos también las hipótesis referidas a la redacción de los evangelios.

6. Rigaux, B. *Para una historia de Jesús. El testimonio del evangelio de Lucas*. Desclée de Brouwer. Bilbao 1973. Comienza presentando los aspectos literarios de la obra de Lucas. En una segunda sección procede al comentario del Evangelio. Finalmente concluye esbozando los grandes trazos de la teología lucana.

7. George, A. *El Evangelio según Lucas*. (Cuadernos Bíblicos 3). Verbo Divino. Estella 1989. Libro breve y sencillo que describe la estructura y la teología del tercer evangelio.

8. Fitzmayer, J.A. *El Evangelio según Lucas*. Cristiandad. Madrid 1986-1988. Consta de varios tomos y es un comentario muy erudito. El primer volumen presenta una interesante introducción al evangelio: estado de la investigación; autor, fecha y destinatarios; composición; esquema del evangelio; esbozo de la teología de Lucas. El libro concluye con una inmensa bibliografía. El resto de los volúmenes son de comentario detallado.

9. Rius-Camps, J. *El éxodo del Hombre Libre. Catequesis sobre el Evangelio de Lucas*. Ediciones el Almendro. Córdoba 1991. Presenta las diversas perícopas del evangelio seguidas de un comentario.

10. Stöger, A. *El Evangelio según san Lucas*. Herder. Barcelona 1970. Comentario amplio –dos volúmenes–, pero de fácil lectura. Ayuda a la comprensión espiritual de los textos.

ÍNDICE